



VIDA

NAPOLEON BONAPARTE

1804

1253175
71656171



VIDA
DE
NAPOLEON BONAPARTE.

TOMO VIII.

para suscripcion a S. S. V. L.

VIDA
DE
NAPOLEON BONAPARTE,
PRECEDIDA

DE UN BOSQUEJO PRELIMINAR DE LA REVOLUCION FRANCESA.

ESCRITA EN INGLES

Por sir Walter Scott,

TRADUCIDA LIBREMENTE AL ESPAÑOL

Por M. L.

i adornada con dos láminas.

—000—
TOMO OCTAVO.
—000—

Fondo bibliográfico
Dionisio Ridruejo
BARCELONA: Publica de Sena
POR JUAN I JAIME GASPAR. 10164

1850.

Con las licencias necesarias.

VIDA

DE

NAPOLEON BONAPARTE

PRECEDIDA

DE UN DISCURSO DEL GENERAL EN JEFE NAPOLEON BONAPARTE

LIBRERIA DE OLIVA

Es propiedad de los EDITORES.

1807

LIBRERIA DE OLIVA

1807

LIBRERIA DE OLIVA

LIBRERIA DE OLIVA



Se halla venal,

En Barcelona, librería de OLIVA.

Madrid, en las de PEREZ i CUESTA.

Cádiz, en la de HORTAL i COMPAÑIA.

VIDA

DE

Napoleon Bonaparte.

CAPITULO I.

RESUMEN DEL CAPITULO I.

PREPARATIVOS DE NAPOLEON CONTRA LA INVASION DE LA FRANCIA.—CONDICIONES DE LA PAZ OFRECI-DA DE PARTE DE LOS ALIADOS POR EL BARON DE SAINT AIGNAN.—BASES DEL TRATADO.—CONGRESO DE MANHEIM.—EL LORD CASTLEBROUGH.—MANIFIESTO DE LOS ALIADOS.—RESPUESTA DE BONAPARTE.—SU FALTA DE SINCERIDAD.—ESTADO DE LOS PARTIDOS EN FRANCIA.—GENERALMENTE SE HALLA CANSADA DE LA GUERRA TODA LA POBLACION DE LA FRANCIA, I DESEA LA DEPOSICION DE BONAPARTE.—SUS VANOS ESFUERZOS PARA REANIMAR EL ESPÍRITU NACIONAL.—CONSEJO DE ESTADO EXTRAORDINARIO CELEBRADO EL 11 DE NOVIEMBRE.—SE IMPONEN NUEVAS CONTRIBUCIONES, I SE DECRETA UNA NUEVA CONSCRIPCION DE TRESCIENTOS MIL HOMBRES.—ASPECTO SOMBRIO DEL CONSEJO I VIOLENCIA DE BONAPARTE.—INFORME SOBRE EL ESTADO DE LA NACION, PRESENTADO Á NAPOLEON POR EL CUERPO LEGISLATIVO.—SU INDIGNACION AL RECIBIRLE.—SE PRORROGA EL CUERPO LEGISLATIVO.—SE ENVIAN COMISARIOS Á LOS DEPARTAMENTOS

PARA HACER QUE EL PUEBLO SE LEVANTE. — INUTILIDAD DE ESTA MEDIDA. — ACTIVIDAD INFATIGABLE DEL EMPERADOR. — LLAMAMIENTO DE LA GUARDIA NACIONAL. — NAPOLEON LE CONFIA SU ESPOSA I SU HIJO , I SE DESPIDE DEL PUEBLO. — SALE DE PARIS PARA EL EJÉRCITO EL 25 DE ENERO DE 1814.

CAPITULO I.

Mientras que á las puertas de Francia se pasaban aquellas escenas, se esforzaba el emperador para hacer marchar á la defensa del territorio frances un ejército que, hasta cierto punto, correspondiese á la idea que deseaba se formase de la gran nacion. Repartió á lo largo de la línea del Rhin los setenta ú ochenta mil hombres que tenia consigo, sin dejarse arrastrar de la opinion de los que creian que este número no era suficiente para defender semejante extension de fronteras. Los soberanos aliados, por otra parte, hacian avanzar sucesivamente sus inmensas masas sobre la orilla derecha del Rhin, masas que por lo menos constaban de quinientos mil hombres, comprendidos en ellas los cuerpos de reserva.

Los escrúpulos del emperador de Austria, i el respéto que generalmente imponian á la coalicion el valor de los franceses i los talentos de su gefe, influyeron en aquella época sobre los consejos de los aliados, i resolvieron ofrecer otra vez condiciones de paz al emperador de Francia, antes de comenzar de nuevo hostilidades, cuyos resultados debian ser extremados.

Se escogió para aquel efecto al baron de Saint Aignan, diplomático frances distinguido, que residia en una de las cortes de Alemania, el cual, habiendo caido en poder de los aliados, fué puesto en libertad, i tuvo el encargo de asegurar al emperador de Francia que se hallaban dispuestos á entablar un tratado bajo el pie de la igualdad. El gobierno ingles anunció tambien públicamente, que estaba pronto á entrar en negociaciones de paz, i que haria grandes concesiones para obtener un resultado tan feliz. Se le presentaba pues á Napoleon otra ocasion para negociar bajo condiciones, que á la verdad le habrian despojado de la injusta supremacia que habia querido abrogarse sobre los consejos europeos; pero que le habrian dejado un puesto elevado i honroso entre los soberanos de Europa. Mas el carácter absoluto de Napoleon, hacia de él un mal negociador, á no ser que hubiera tenido entre sus manos el poder suficiente para dictar las condiciones. La tenacidad obstinada de sus resoluciones, ventajosa en muchas ocasiones, le fué entonces desfavorable, porque le impidió el prevenir el momento de una necesidad inevitable, lo que hubiera podido hacer sacrificando, por amor á la paz, una parte de lo que aun tenia poder para ceder ó retener.

Las condiciones que aun entonces proponia el príncipe de Metternich, se dirigian solo á sustraer la Alemania de la influencia de la Francia i á obtener la restitucion de las provincias ilirias. Diferíanse los destinos de la Holanda i de la España hasta una paz general, en la cual la Inglaterra seria parte contratante. Mas á pesar de que Bonaparte podia mirar como pérdidas la Polonia i la Iliria, i como imposible el defender la línea del

Elba i el Oder contra los ejércitos reunidos de los aliados, rehusó el aceptar aquellas condiciones, á menos que quedasen bajo la influencia francesa las ciudades anseáticas, i ni siquiera envió su adhesion al tratado modificado en este sentido hasta despues de haber espirado la tregua concluida por el congreso.

Las condiciones que se propusieron á Napoleon, i cuya aceptacion podia procurarle la paz i la garantía de su dinastia, se habian, pues, hecho mas rigurosas en razon de las ventajas de sus enemigos.

Por parte de la Gran Bretaña asistió el conde de Aberdeen, bien conocido por su gusto por la literatura i por sus talentos, á las negociaciones que se abrieron con el baron de Saint Aignan. Las bases del tratado propuesto por los aliados era, que renunciando la Francia al engrandecimiento desmesurado que debia á las conquistas de Bonaparte, volveria á entrar en sus límites naturales, formados por el Rhin, los Alpes i los Pirineos; con lo que quedaba en posesion de las ricas provincias de la Bélgica. Se estipuló positivamente la independenciam de la Italia, de la Alemania i de la Holanda. La España, á quien las armas de la Gran Bretaña favorecidas por sus propios esfuerzos la habian casi libertado del yugo de los franceses, debia igualmente volver á tomar su independenciam bajo la dominacion del rey Fernando.

Tales eran las principales condiciones propuestas. Pero la ambicion de Napoleon habia tomado un vuelo demasiado elevado para que hubiera querido contentarse con un grado de poder semejante al que podia obtener de las negociaciones. Su frase favorita en semejantes ocasiones, frase que re-

cientemente habia puesto en boca de Maria Luisa, era la de que no podia ocupar un trono, cuya gloria se hallase empeñada.

Por ambos lados se proclamaba durante aquel tiempo el deseo de la paz, sabiendo muy bien que los franceses en particular no dejarian de concebir una opinion ventajosa del partido que pareciera mas dispuesto para hacer que todo el mundo gozase de aquel estado de reposo i de tranquilidad, por el cual entonces se suspiraba universalmente.

Los monarcas aliados publicaron un manifiesto quejándose, sin motivo, de los preparativos que Bonaparte hacia para reclutar su ejército; porque, sea que pensase en la paz ó en la guerra, era igualmente natural que Napoleon tratase de aumentar sus medios de resistencia, cuando se hallaban rodeadas las fronteras de la Francia por los ejércitos aliados; el resto de aquel documento oficial era mas sincero, porque en él habia mas verdad. Se decia que la victoria habia conducido á los aliados hasta las orillas del Rhin, pero que no querian aprovecharse de sus ventajas, sino para proponer á Napoleon una paz fundada en la independencia de la Francia i la de todos los demas paises. Añadíase que deseaban «que la Francia fuese grande, poderosa i feliz, porque el poder de la Francia, era una de las bases fundamentales del sistema social en Europa. Se hallaban dispuestos á garantizarla una extension de territorio mas considerable que él jamas habia tenido bajo la dominacion de sus reyes, pero querian al mismo tiempo que reinase la tranquilidad en Europa. En una palabra, sus miras eran de arreglar una pacificacion bajo tales condiciones que, por medio de garantias neutras i de una balan-

za de poder bien combinada, pudiesen preservar á la Europa de las calamidades sin número que durante veinte años habian despedazado al mundo." Aquella pública declaracion parecia decir que la guerra de la coalicion, aun no se dirigia contra la persona i dinastia de Napoleon, i que no atacaba mas que su sistema de supremacia arbitraria. Los aliados declararon ademas, que no dejarian las armas de la mano hasta que se hubiese arreglado el estado político de la Europa sobre principios invariables i reconocidos por la santidad de los tratados.

La respuesta de Bonaparte se vé en una carta de Caulaincourt á Metternich con fecha de 2 de diciembre; declaraba que Napoleon adoptaba el principio que hacia apoyar la pacificacion propuesta en la independenciam absoluta de los estados de la Europa, de modo que ninguno de ellos pudiese en lo sucesivo abrogarse la superioridad ó la supremacia en tierra ó en el mar. Se anunció, pues, que S. M. adheria á las bases generales i á las ideas abstractas comunicadas por M. de Saint Aignan. «Estas acarrearán, añadia la carta, grandes sacrificios por parte de la Francia; pero S. M. los haria gustoso, si haciendo la Inglaterra lo mismo por su parte, proporcionase el medio de hacer una paz general i honrosa para todas las partes.»

En tanto hacian los aliados avanzar sus cuerpos de reserva con la mas posible brevedad, i Bonaparte por su lado hacia cuanto podia para reclutar sus fuerzas. A este efecto habia tomado sus medidas mucho tiempo antes que hubiesen sido necesarias; desde el 9 de octubre habia presidido la emperatriz Maria Luisa, en calidad de regenta, una asamblea del senado, celebrada expresamente

para llamar nuevos reclutas á los ejércitos. Era la emperatriz para cada individuo un objeto de interés i de compasion, al mismo tiempo que anunciaba ella misma la guerra que acababa de estallar entre su padre i su esposo; pero pusieron en la boca de la jóven soberana, sin tener ningun miramiento por la decencia, aquella censura poco juiciosa de su propio pais. »Nadie, dice, puede saber tan bien como yo lo que tienen que temer los franceses si se dejan vencer por los aliados.»

Se criticó tambien mucho su última frase, como dando á los sentimientos personales del soberano mas importancia de la que hubiera debido atribuirle en un momento de tan grande extremidad. »Conociendo hace cuatro años los mas secretos pensamientos de mi esposo, sé cuanto sentiria su corazon si se hallase colocado sobre un trono envilecido i reducido á ceñirse una corona despojada de gloria.» El decreto del senado, cuerpo pasivo segun costumbre, ordenó una leva de doscientos ochenta mil conscriptos.

Cuando Bonaparte llegó á San Cloud, despues de haber conducido á Maguncia los restos de su antiguo grande ejército, se hallaban sus negocios en peor estado que lo que se habia imaginado. Mas antes de detallar las medidas que tomó para restablecerlos, es preciso consagrar un momento de atencion á los dos partidos que existian en Francia, i que debian adquirir una fuerza real, á medida que fuese cayendo el poder imperial.

El primero se componia de los adictos á los Borbones, á quienes la continúa fortuna de Bonaparte los tenia hacia mucho tiempo reducidos al silencio, pero este partido existia siempre. Enton-

ces empezó á levantar la cabeza, i desde el mes de marzo de 1813, se organizó en el centro de la Francia una confederacion realista. Los individuos mas distinguidos eran, segun dicen, los duques de Duras de la Tremoville i de Fitz James, MM. Polignac, Ferrand, Adrien de Montmorency, Sosthene de la Rochefoucauld, Sesmaisons i La Rochejaquelein.

Otra faccion interior que de ningun modo deseaba que volviesen los Borbones, pero que al mismo tiempo, era enemiga del poder de Napoleon, se componia de los antiguos demócratas i gefes republicanos con sus mas celosos partidarios. No podian estos mirar con indiferencia la mano atrevida de un soldado déspota recoger todos los frutos de una revolucion, por la cual se habian sufrido tantos males, vertido tanta sangre i cometido tantos crímenes. Veian con una mezcla de verguenza i de despecho, que el resultado de todos sus trabajos i sistemas habia sido el establecimiento monstruoso de un despotismo militar, en comparacion del cual no habia ningun gobierno de la Europa que no pudiese pasar por liberal, exceptuando tal vez el de Turquía.

Aquella clase de políticos no podia querer que volviese la familia, á cuyo destierro habia contribuido, porque era una razon para que temiese la reaccion que podria ser la consecuencia de aquel acontecimiento; pero deseaba desembarazarse de Napoleon, cuyo gobierno parecia igualmente incompatible con la paz i la libertad. A Jouché i á otros varios les vino á la imaginacion la idea de una regencia, como un medio plausible de conseguir su intento. Pensaban que el Austria podria aprobar aquel proyecto, nombrando á Maria Lui-

sa presidenta del consejo de regencia, como tutora de su hijo, el cual sucederia á la corona cuando tuviese la edad competente. Se creyó que aquel incidente proporcionaria al mismo tiempo la ocasion de introducir en la constitucion principios liberales. Mas aunque no se trasluzca lo que aquellos teóricos pretendian hacer de Napoleon, es cierto que solo su muerte, reclusion ó destierro perpétuo hubiera podido impedir, que un hombre semejante obtuviese un completo ascendiente sobre un consejo de regencia presidido por su muger en nombre de su hijo.

Una gran parte de la poblacion de la Francia sin tener miras bien diferentes sobre su futuro gobierno estaba descontenta con el de Bonaparte, quien, despues de haber agotado el pais en hombres i dinero, parecia que queria acabar entregándole á la venganza de la Europa. Gimiendo con la opresion de nuevas contribuciones i de la nueva conscripcion, deseaban con ansia su deposicion, sin ocuparse de qué modo se le remplazaria. Mas cuando todos van á una, pronto ocupan su imaginacion los medios de realizarle, i asi la mayor parte de aquellos que antes no tenian mas que una especie de descontento general, concluyeron por adherirse á una de las dos facciones mas pronunciadas de realistas ó liberales.

Los unos por la hostilidad absoluta en que estaban contra Napoleon, i los otros por la completa indiferencia que tenian sobre su destino, resfriaron generalmente aquella disposicion á resistir la invasion de los extrangeros, sobre la cual habia contado Napoleon como la que ciertamente debia hacer la guerra nacional para un pueblo lleno de honor, cual eran los franceses. No se omitió es-

fuerzo alguno para disipar aquella apatía i des-
pertar el espíritu de resistencia. No obstante eran
necesarias nuevas cargas para pagar los gastos de
la campaña que iba á abrirse, i para reclutar las
filas claras del ejército. Es verdad que Napoleon
sacó de su tesoro particular una suma de treinta
millones; pero al mismo tiempo se doblaron las
contribuciones públicas, sin que lo sancionase el
cuerpo legislativo i aun sin consultarle, i efecti-
vamente en aquel momento no estaba reunido.
Dos dias despues de su llegada á Paris, justificó
Napoleon en un consejo de estado extraordinario,
celebrado el 11 de noviembre, aquel aumento de
cargas públicas con que abrumaba un pais lleno
de descontento i de apuros. »En los tiempos or-
dinarios, decia, estaban calculadas las contribu-
ciones sobre el quinto de la renta de cada indivi-
duo; pero atendida la urgencia de las circunstan-
cias, no habia ningun motivo que impidiese el
que subieran al cuarto, tercio ó mitad de la ren-
ta total. En el hecho, concluyó, las contribucio-
nes no conocen límites, i si hay leyes que dicen
lo contrario, son leyes mal hechas que no mere-
cen ninguna atencion.»

Entonces se leyó al consejo un decreto del se-
nado para una nueva conscripcion de trescientos
mil hombres, que debian levantarse entre aque-
llos que habian salido libres de las conscripciones
anteriores i que estaban mirados como exentos
del servicio militar. A aquella lectura se siguió
un silencio profundo i lleno de tristeza.

Pero Bonaparte no pudo comunicar á los de-
mas el ardor marcial que le animaba; solo se pre-
veia por la nacion, segun el sistema del que la
governaba, debia hallarse expuesta á los mayores

peligros, i que aun suponiendo un éxito completo, no recogeria la Francia mas que cipreses, mientras que Napoleon segaria los laureles. Este era el sentimiento que principalmente dominaba en el cuerpo legislativo. Se encargó la redaccion de un informe sobre el estado de la nacion á una comision de cinco de sus miembros, individuos del senado los mas distinguidos por su sabiduria i moderacion; lo que hizo en términos respetuosos para Napoleon, pero que manifestaban tambien á las claras la conviccion de que obraria con prudencia, poniendo un término á sus proyectos de ambicion exterior, comprando la paz á aquel precio i volviendo al mismo tiempo á sus súbditos algun grado de libertad interior. Para reanimar el espíritu público i obligar á que todos los franceses concurriesen á la defensa general, no faltaba, segun decian, mas que garantizar á la nacion que se continuaria la guerra con la sola mira de asegurar la independenciam de la Francia i de su territorio. En fin, despues de varios argumentos, se concluia el informe con la proposicion de suplicar á S. M., que mantuviese la constante ejecucion de las leyes, que aseguran á los franceses la libertad, la seguridad, la propiedad i el libre ejercicio de los derechos políticos. Pero Napoleon demasiado impetuoso para escuchar la voz de la política i de la filosofia, se abandonó á toda la violencia de un resentimiento que, aunque fuera de razon é imprudente, era no obstante bastante natural con respecto á aquellos que lo motivaban. Inmediatamente se decidió á prorogar una asamblea que habia manifestado semejantes síntomas de oposicion. Se cerraron i guardaron por soldados las puertas del lugar de las conferencias; i los diputados en-

viados ante el trono del emperador, recibieron una reprension que era una especie de filípica, i despidió atropelladamente á los individuos del cuerpo legislativo. Esto dió á conocer hasta un grado singular la vehemencia natural del carácter de Napoleón: su costumbre de mirar la constitucion como un drama, en el cual hacia él todos los papeles, desde el de príncipe hasta el de pueblo; la confianza que tenia en su genio extraordinario, que ponía atrevidamente en la balanza contra toda la Francia, i el mal gusto de algunas espresiones suyas. La prorogacion del cuerpo legislativo, á la verdad única rama de la constitucion imperial que tuviese la menor pretension á un origen popular, no servia mas que para aumentar la desconfianza del público, que entonces vió la desunion entre el emperador i los representantes del pueblo, á la que se reunian otras circunstancias que amenazaban en aquel momento. Las opiniones discordaron mas á cada instante, i hubo menos disposiciones que nunca para esforzarse á una defensa comun.

Con el fin de dar un impulso mas favorable al espíritu de la nacion, echó mano Napoleon de un medio, que en tiempo de la república produjo un efecto universal. Envió veinte i siete comisarios especiales á los diferentes departamentos, para que despertasen la energia amortiguada de sus habitantes i les obligasen á tomar las armas. Pero los senadores i consejeros encargados de esta mision carecian de la terrible energia de los pro-cónsules republicanos; i aunque investidos como ellos de los poderes mas arbitrarios, no tenian ni el celo furioso, ni el desprecio de todas las preocupaciones de humanidad que habian manifestado

aquellos feroces demagogos. Su mision produjo muy poco efecto; ni la conscripcion fué un manantial de levas tan fecundo, como lo habia sido otras veces, pues habian usado tanto la lanceta, que la vena no corria ya con tanta facilidad.

La infatigable actividad de Napoleon se esforzaba para suplir lo que le faltaba; todo el dia se ocupaba sin cesar en pasar revista á sus tropas, inspeccionar los almacenes i prepararse para una resistencia desesperada. Por la noche, hasta muy tarde, se veia la luz por entre las vidrieras de su cuarto particular en el piso mas alto de las Tullerías. Logró levantar doce regimientos, i se preparó para aumentar sus fuerzas con tropas viejas, llamando á Suchet que estaba en Cataluña, i dejando un vacío en el ejército de Soult que se hallaba en las fronteras, el cual se proponia llenar con nuevas levas.

Uno de los actos que mas prueba que Napoleon conocia toda la grandeza del peligro, fué el partido que tomó de hacer un llamamiento á la guardia nacional de Paris i distribuirla armas. Solo en el último apuro podia resolverse á echar mano de aquella fuerza, pero tuvo precision de hacerlo, sabiendo por lo tanto que manifestando en aquel momento una falta de confianza en los ciudadanos armados, arriesgaba infundir el descontento que temia: dió á su salida para las fronteras un aire de solemnidad, convocando en las Tullerías una junta de los oficiales de la guardia nacional. Se presentó en medio de ellos acompañado de la emperatriz i de su hijo, i con un acento que penetró todos los corazones, los anunció, que hallandose pronto á ponerse á la cabeza de su ejército, confiaba á la fidelidad de los ciudadanos de

Paris la seguridad de su capital, su muger i su hijo. Cualesquiera que fuesen los justos motivos de quejas que pudiesen tener contra la conducta política de Napoleon, nadie fué tan poco generoso para recordárselos en aquel momento. Un gran número de oficiales participaron de la emocion que manifestaba él mismo, i algunos mezclaron sus lágrimas á las que derramaba la emperatriz inquieta i afligida.

Aquella escena sucedió el 23 de enero, i el 25 abandonó Napoleon la residencia de la dignidad real, en la que estaba destinado, que no volveria á entrar sino despues de haber sufrido estrañas vicisitudes de fortuna; i lleno de funestos presagios, partió para el campo de batalla, en donde no tenia medios proporcionados que poder oponer á los inmensos ejércitos que entonces se precipitaban sobre la Francia.

CAPITULO II.

RESUMEN DEL CAPITULO II.

DECLARACION DE LAS MIRAS DE LOS ALIADOS CUANDO ENTRARON EN FRANCIA.—ENTRAN EN SUIZA I SE APODERAN DE GINEBRA.—EL PRÍNCIPE SCHWARTZENBERG PASA EL RHIN.—BLUCHER.—CONDUCTA DEL PRINCIPE REAL DE SUECIA.—LENTITUD DE LOS ALIADOS.—INFERIORIDAD NUMÉRICA DE LAS FUERZAS DE NAPOLEON.—BATALLAS DE BRIENNE I DE LA ROTHIERE.—EMBARAZO DE BONAPARTE; PIENSA ABDICAR LA CORONA.—ATACA CON FELIZ ÉXITO EL EJÉRCITO DE SILESIA EN CAMP ANBERT.—BLUCHER SE VÉ PRECISADO Á RETIRARSE.—EL EJÉRCITO ALIADO DE LOS ALIADOS SE APODERA DE NOGENT I MONTE-REAU.—LE ATACA NAPOLEON I SCHWARTZENBERG LE EMBIA UNA AMONESTACION.—TOMA DE MON-TEREAU POR ASALTO.—VIOLENCIA DE BONAPARTE CON SUS GENERALES.—LOS AUSTRIACOS SE DECIDEN Á HACER UNA RETIRADA GENERAL HASTA NANEY I LANGRES.—SUS MOTIVOS.—INDIGNACION I EXCESOS DE LAS TROPAS AUSTRIACAS.—RESPUESTA DE NAPOLEON Á LA CARTA MONITORIA DEL PRÍNCIPE SCHWARTZENBERG.—ENVIAN AL PRÍNCIPE WENCESLAO AL CUARTEL GENERAL DE BONAPARTE PARA TRATAR DE UN

ARMISTICIO. — LOS FRANCESES BOMBARDEAN Á TROYES, I ENTRAN EN ÉL EL 23 DE FEBRERO. — EJECUCION DEL REALISTA GONAUT. — IMPOSICION DE LA PENA DE MUERTE CONTRA TODOS LOS QUE LLEVEN LOS EMBLEMAS DE LOS BORBONES, I CONTRA TODO EMIGRADO QUE SE REUNA Á LOS ALIADOS. — OJEADA SOBRE LOS MOVIMIENTOS ANTERIORES DE LAS FRONTERAS.

CAPITULO II.

Ya era tiempo que Napoleon se presentase personalmente en el campo de batalla, porque las fronteras orientales de su imperio, atacadas en todos los puntos, ofrecian á los ejércitos invasores los medios de entrar en él sin casi ninguna resistencia. Habian principiado los soberanos aliados sus operaciones con un sistema tan prudente i moderado bajo el punto de vista política, quanto atrevido i decisivo bajo el aspecto militar.

No les habian ingreido las ventajas que obtuvieron durante la campaña anterior. Les habian costado caras; i los acontecimientos habian probado, que si era posible resistir i vencer á Napoleon, era necesario para conseguirlo oponer fuerzas mas numerosas á sus ejércitos compuestos de soldados viejos, i amontonando contra él tales masas, á las cuales no pudiesen resistir sus talentos i capacidad. Tambien tenian presentes los esfuerzos desesperados que podian hacer los franceses i la Francia, i les pareció prudente manifestar la moderacion de sus designios de modo que no fuese posible equivocarse.

Su manifiesto exponia que no era su intencion imponer á la Francia ninguna forma particular de gobierno. Solo deseaban que quedase reducida á los límites de su antiguo territorio, miembro pacífico de la república europea, dejando á los demas estados, como reclamaba para sí misma, el pleno goce de los derechos de la libertad é independencia. Los soberanos aliados pretendian abolir un sistema que decidia de la suerte de los imperios mas bien por el derecho de la fuerza, que por el de la igualdad. Querian se suprimiese enteramente el dominio del fuerte sobre el débil; todo pretexto de usurpacion fundado en pretendidos límites naturales, ó en otros términos, sobre el derecho de un estado poderoso contra un estado que no podria resistir á sus usurpaciones. En una palabra, era su intencion restablecer el equilibrio de los poderes, que hacia mucho tiempo era el objeto positivo de los hombres de estado mas sabios de la Europa. Es muy singular que de las tres naciones que entonces se hallaban unidas para oponerse á las agresiones de Bonaparte, el Austria i la Rusia hubiesen sido las primeras á dar un ejemplo de despojo violento i contrario á todos los principios, repartiéndose la Polonia; i que el hombre, cuya coalicion tenia por objeto el reprimir las empresas ilegales, hubiera servido él mismo de instrumento para castigarlas á su vez con su injusticia.

Por lo que respecta á la naturaleza de los cambios que podian hacerse en los arreglos interiores de la Francia para restablecer el equilibrio de los poderes, declararon los monarcas aliados que lo mirarian con indiferencia. Si Napoleon podia resolverse á la pacificacion general que se pro-

ponian, no pretendian tener el derecho de oponerse á que conservase la autoridad. No hacian la guerra á la persona de Bonaparte, sino al sistema de usurpacion militar. Sí, por el contrario, no podia la Francia volver al estado de paz sin cambiar de gefe, era la Francia misma la que debia considerar el cambio que la convenia. Los soberanos aliados se hallaban decididos á no tolerar por mas tiempo que obrase arbitrariamente con respecto á los demas estados; pero la dejaban en la plena libertad de adoptar el gobierno i escoger el soberano que quisiese, en la extension de su territorio.

Limitados los motivos de su invasion á un objeto tan justo i moderado, resolvieron los aliados al mismo tiempo activar bastante sus medidas para probar á los Franceses que tenian á su disposicion los medios de apoyar sus pretensiones con la fuerza, i á este efecto se decidieron á pasar las fronteras. Desde Basilea hasta Maguncia, i desde Maguncia hasta la embocadura del Escalda, estan las fronteras de la Francia i de la Bélgica defendidas por el Rhin, barrera natural, fuerte por sí misma, i cubierta con una triple línea de fortalezas, entre las cuales hay algunas de primer orden. Mas allá de Basilea, en donde el Rhin separa la Francia de la Suiza, es inaccesible la frontera; pero no podia operarse en aquella línea sin violar la neutralidad que habia reclamado la Suiza, i que Bonaparte habia mirado como una barrera en aquella parte de la frontera amenazada; neutralidad en fin, que los aliados se hallaban en una especie de necesidad de reconocer, segun su propio principio de respetar los derechos de los neutrales. No obstante la extrema facilidad de entrar en Francia

por aquel lado, indujo al Austria i á la Prusia á no escuchar sus escrúpulos i á no tener ningun miramiento por la neutralidad de la Suiza.

El 21 de diciembre pasó el Rbin el mariscal príncipe Schwartzenberg por cuatro puntos con el ejército austriaco, i marchó sobre Langres como estaba convenido de antemano. Poniendo en sus movimientos toda la precision i la extrema lentitud que caracteriza las maniobras austriacas, respetando las fortalezas desguarnecidas i los desfiladeros abandonados, como si los hubiesen hallado en estado de defensa, en vez de presentarse los austríacos delante de Langres el 27 de diciembre, no llegaron hasta el 17 de enero de 1814. Hacia mucho tiempo que se habia manifestado una séria intencion de defender aquella plaza, i estaba guarnecida por un destacamento de la guardia vieja de Bonaparte, Pero la aproximacion de numerosos refuerzos austríacos, inutilizó los preparativos que se habian hecho, i todas las tropas francesas evacuaron á Langres, excepto como unos trescientos hombres que el dia 17 se entregaron al general Giulay. Inmediatamente avanzó sobre Dijon una division austríaca, i Dijon se rindió el 19 de enero.

La ciudad de Leon, segunda del imperio, habia casi caido por si sola en poder de los austríacos. Pero los habitantes se manifestaron dispuestos á defenderla, i se retiró el general austríaco Bubna, á la llegada de un refuerzo de tropas para proteger una ciudad de aquella importancia.

Mientras que de este modo avanzaba en Francia el ejército grande á las órdenes de Schwartzenberg, el de Silesia, que era el nombre que se habia dado al que comandaba el viejo Blucher i que se componia como anteriormente, de Prusia-

nos i de Rusos, habia hecho iguales progresos, á pesar de que halló mas dificultades i se le opuso mas resistencia.

Todavía tenían los aliados un tercero ejército que llamaban el del norte de la Europa. Estaba originariamente mandado por el príncipe real de Suecia, i se componia de Suecos, Rusos i Alemanes. Pero el príncipe real, cuya asistencia habia sido de una importancia tan grande en la campaña de 1813, no tomó segun parece una parte activa en la de 1814.

El general Bulow i sir Tomas Graham habian destrozado en Merxem las tropas francesas que habian podido reunirse; i aunque todavía flotaba la bandera francesa en Amberes i Berg-op-Zoom, podia mirarse la Holanda como libertada. Bien pronto llegaron á los Países Bajos, i se pusieron en comunicacion con Bulow, el general Winzingerode, á la cabeza de las tropas rusas, i los Sajones bajo las órdenes de Thielman formando el cuerpo que habia sido destacado, como acabamos de decirlo, del ejército del norte de Alemania.

Los habitantes de Francia en general, no acogian ni bien ni mal á los aliados. Aqui los recibian con aclamaciones; alli se les oponia alguna resistencia; en ninguna parte hallaban una oposicion desesperada. Los aliados hicieron cuanto podia exigir la disciplina para mantener el buen orden entre las tropas; pero con tantos cuerpos franceses, de hulanos, de croatas, de cosacos, que no tienen mas paga que lo que pueden robar, era imposible que no sucediesen algunas transgresiones. Era no obstante indispensable el servicio de aquellas tropas irregulares; sobre todo los Cosacos podian llamarse los ojos del ejército. Acostumbra-

dos á obrar en pequeños destacamentos, atrevesaban los bosques, pasaban los rios, i muy á menudo se presentaban imprevistamente en las ciudades situadas á muchas millas del ejército á que pertenecian, dando con esto á los Franceses una idea exagerada del número i actividad de las tropas aliadas. Aquellos árabes del norte, como los llamaba Napoleon, se anunciaban siempre como la vanguardia de una fuerza considerable, para la cual ordenaban preparar víveres i alojamientos, i los habitantes llenos de terror cedian á cuanto les pedian. No se les acusa de haber cometido actos de crueldad sin haberles provocado, pero en general eran incapaces de resistir á la tentacion del saqueo. Sus excursiones i las de las demas tropas ligeras, eran un verdadero azote para el territorio frances.

Se decidió que el ejército grande se detendria algun tiempo en Langres con la esperanza de que Napoleon, renovando la negociacion cuya escena debia trasferirse á Chatillon del Sena, evitaria el peligro que le amenazaba, aceptando las condiciones de los aliados; ó que la nacion francesa, acontecimiento aun menos probable, se fastidiaria de un monarca guerrero, cuya ambicion habia atraido tantas desgracias sobre el pais. Entre tanto rehusaron los aliados las ofertas de los realistas que se presentaron á nombre i en los intereses de la familia proscripta, asegurando uniformemente que no apoyarian con su autoridad ninguna expresion de los sentimientos del pueblo frances, á no ser que aquella expresion saliese de alguna porcion del reino, que no pudiera suponerse se hallaba influida por la presencia de sus ejércitos. Es que entonces contaban principalmente sobre el efecto

de las negociaciones entabladas con el gefe que poseia el trono.

Pero Napoleon, tan firme en sus resoluciones, como los aliados eran indecisos en las suyas, sabiendo que era el alma del ejército i dueño absoluto de sus acciones, conocia todo el ascendiente que tiene un general atrevido, activo i hábil sobre un enemigo de talentos inferiores i de dudosa determinacion. El ejército grande de los aliados presentaba un frente de noventa i siete mil hombres; el del mariscal Blucher era de cuarenta mil, i entre los dos formaban una fuerza disponible de ciento treinta i siete mil hombres. Apenas podia oponerles Napoleon cincuenta mil hombres de tropas viejas, sin comprender el ejército de Suchet en Cataluña, el de Soult cerca de Bayona, i las guarniciones de las ciudades: no podia esperar añadir á aquellas fuerzas mas de setenta mil conscriptos. Bien pronto se probó, que el que poco tiempo antes habia conducido quinientos mil hombres á las orillas del Vístula, i trescientos mil á las del Elba, no podia entonces reunir para defender la capital de su imperio una fuerza disponible de mas de setenta mil.

Una guerra defensiva era sin duda muy ventajosa para un gefe que sabia tambien aprovecharse de ella. Los caminos reales por donde debian avanzar los aliados, formaban un medio círculo ó un cuarto de círculo de radios convergentes, de los cuales Paris era como su centro, segun lo hemos dicho en otro lugar. Un ejército mucho menor podia, pues, oponerse á una fuerza mas considerable, porque, colocado entre Paris i el enemigo, debia ocupar los mismos caminos sobre una línea de comunicacion mucho mas estrecha, que la

de los aliados que se hallaban mas distantes del centro i sobre caminos divergentes, colocados á mayor distancia los unos de los otros. Con aquella posicion ventajosa para contravalancear una gran inferioridad númerica, avanzó Bonaparte para defender el objeto mas importante que hubo disputado jamas, i lo hizo con un talento sin igual.

Habiendo llegado á Chalons el 26 de enero, tomó el emperador el mando de su ejército, tal cual habia podido formarle, reuniendo las tropas de los mariscales Victor, Marmont, Macdonal i Ney, que todos se habian retirado de las fronteras. Se hallaba de tal modo reducido el ejército frances, que aquellos grandes é ilustres generales que otras veces tenian cada uno á sus órdenes de sesenta á setenta i cinco mil hombres, no tenian entre todos mas que una fuerza de cincuenta i dos mil hombres, á los cuales no podia añadir Napoleon mas que unos veinte mil que trahia de Paris. Pero nadie entendia mejor que Bonaparte aquella gran máxima militar, que la victoria, por lo general, no depende de la superioridad general del número, sino del arte de obtener esta en el mismo campo de batalla.

Blucher se encontraba, como de costumbre, el primero en la banguardia, i Napoleon resolvió conceder á aquel enemigo activo é inveterado el honor terrible de su primer ataque, con la esperanza de sorprender el cuerpo de ejército de Silesia, antes que pudiese recibir socorros del ejército de Schwartzemberg. El mariscal tuvo aviso del proyecto del emperador, i no perdió un instante para concentrar sus fuerzas en el pueblo de Brienne cerca del nacimiento del Aube. Está situado aquel pueblo á la falda de un collado; no tiene

mas que dos calles, la una sube al castillo que en otro tiempo era una escuela real, donde se educaban los jóvenes destinados á la carrera militar, i la otra conduce á Arcis del Aube. Parte del castillo está rodeado de un parque ó cerca. En la escuela militar de Brienne, es donde Napoleon habia adquirido los primeros elementos de aquella ciencia militar que casi habia puesto á sus pies todo el mundo, hasta el dia que se ligó contra él, i allí fué donde vino á principiar lo que parecia ser los últimos esfuerzos para ganar la victoria, como ciertos animales que, segun dicen, cuando se hallan acosados muy de cerca por los cazadores, hacen la última tentativa para volver á encontrar el punto de donde han salido.

La prontitud de los movimientos de Napoleon engañó la esperanza de Blucher; estaba comiendo en el castillo con su estado mayor; el general ruso Alsufieff ocupaba el pueblo de Brienne, i el cuerpo del general Sacken estaba colocado en columnas sobre el camino de Brienne á la Rothiere. De repente se oyó un tumulto horrible. La caballeria rusa, en número de dos mil hombres, habia sido completamente rechazada por la de Napoleon. Al mismo tiempo atacaba Ney el pueblo, i un cuerpo de granaderos franceses que, favorecido por la naturaleza desigual del terreno, cubierto de arboledas, habia logrado introducirse en el parque, amenazaba hacer prisioneros á cuantos se hallaban en el castillo. Blucher i sus oficiales no tuvieron mas tiempo que el de apoderarse de una poterna, donde se vieron obligados á hacer bajar sus caballos por una escalera i de este modo se escaparon con mucha dificultad. Alsufieff con su resistencia atrevida defendió el pueblo contra Ney,

i Sacken avanzó para sostener á Alsufieff. Los Cosacos cayeron tambien sobre la retaguardia de los franceses en el parque, i la seguridad personal de Bonaparte se halló comprometida en la refriega. A su lado fueron muertos varios hombres, i se vió obligado á sacar la espada para defenderse. En el mismo instante del ataque, llamó su atencion la vista de un árbol, que reconoció ser el mismo bájó el cual tenia costumbre, estando en la escuela militar de Brienne, de leer la *Jerusalen libertada*, del Tasso, en las horas de recreo. Si el velo del destino se hubiera corrido entonces á la vista del jóven alumno, i le hubiera presentado su propia imágen llevando la corona imperial, i disputando en aquel mismo sitio á los Escitas del desierto su vida i su poder; cuan maravilloso le hubiera parecido aquel presagio, cuando este simple concurso de circunstancias imprime sobre el espíritu de los que vuelven sus ideas sobre lo pasado, un sentimiento de veneracion profunda por las vias ocultas de la providencia! Lefebvre Desnouettes recibió una herida mortal combatiendo á la cabeza de la guardia. El fuego se apoderó del pueblo i le redujo á cenizas; pero á las once de la noche cesó el ejército de Silesia de hacer esfuerzos para volverle á tomar, i Blucher, retirándose de Brienne, tomó posicion detras de aquel pueblo, en el camino de la Rothiere.

La batalla de Brienne no tuvo un resultado decisivo; fué tanto menos satisfactoria para Bonaparte, quanto que la parte de las fuerzas de Blucher que tomó parte en la accion, no llegaba á veinte mil hombres, i que la sola ventaja que habia sacado fué la de quedar dueño del campo de batalla. Napoleon vió frustrado completamente su

principal proyecto, que era el de separar á Blucher del ejército grande. Por lo tanto era necesario anunciar aquella accion como una victoria, i hubo mucha dificultad para representarla como tal. Pero cuando en seguida se descubrió que no habia sido mas que una viva escaramuza, sin resultado de importancia, no sirvió aquel engaño momentáneo mas que para dañar á la causa de Napoleon.

Habiendo recibido Blucher el 1º de febrero refuerzos considerables del ejército grande, se preparó para tomar á su vez la ofensiva. Hubiera querido Napoleon evitar un encuentro, pero una retirada pasando el Aube sobre el puente del Egmont único medio de atravesar aquel rio caudaloso i apenas vadeable, hubiera expuesto su vanguardia á ser destruida; arriesgó, pues, una accion general. Blucher atacó al mismo tiempo sobre tres puntos diferentes la línea del ejército frances, en los pueblos de la Rothiere, Danville i Chaumont. La batalla en la cual se distinguió el príncipe real de Wurtemberg, se disputó con valor durante todo el dia; pero en la noche fueron rechazados los franceses en todos los puntos, i Bonaparte se vió precisado á retirarse, pasando sobre el Aube, despues de haber perdido mil prisioneros, i setenta i tres piezas de artilleria. Ney destruyó el puente del Egmont por orden del emperador. No conocian los aliados toda la estension de su ventaja, i no trataron de inquietar á los franceses en su retirada.

En un consejo general de guerra, que entonces se celebró en el castillo de Brienne, se resolvió la separacion de los dos ejércitos, á pesar de haber reconocido recientemente la ventaja de po-

derse sostener mutuamente; que Blucher, avanzando ácia el norte, i reuniéndose bajo sus órdenes la division de York i la de Kleist, que ocupaban San Dizier i Vitry, se aproximaria á Paris siguiendo la Marne, mientras que el príncipe Schwartzenberg i el ejército grande marchaban ácia la capital costeando el Sena.

Bonaparte dirigió su retirada ácia Troyes, donde llegó en un estado deplorable, despues de haber pasado el Aube. Pero su union con la guardia vieja cuya llegada i buen estado volvieron el valor á las tropas desconcertadas que habian sido batidas en la Rothiere, dió un nuevo impulso al ardor de sus soldados, é hizo renacer la confianza entre las nuevas levás. Aprovechándose de la separacion de los dos ejércitos de los aliados, resolvió marchar contra el de Blucher. Mas para ocultar aquel designió, envió de antemano una pequeña division á Bar sur Seine para alarmar á los austríacos atacando su ala derecha. Inmediatamente se imaginó Schwartzenberg, que Bonaparte iba avanzar por aquel lado con todas sus fuerzas. Pero aturdido con la idea de que podia ser rodeado su flanco izquierdo, dirigió el general austríaco el grueso de su ejército en aquella direccion, suspendiendo de este modo su marcha proyectada sobre las orillas del Sena, i aumentando al mismo tiempo la distancia que separaba el ejército grande del de Silesia. Habiendo logrado Bonaparte engañar á Schwartzenberg con aquel ardid, evacuó á Troyes, dejó á los mariscales Victor i Oudinot para oponerse á los austríacos con fuerzas muy desproporcionadas i marchó en persona contra Blucher.

Durante este tiempo, Blucher dejando á Napoleon en presencia del ejército grande i no du-

dando que los austríacos le ocuparían bastante, avanzó apresuradamente á lo largo de la Marne, obligó á Macdonald á retirarse de Chateau Thierry, i puso su cuartel general en Vertus. Sacken que conducía su vanguardia, adelantó sus tropas ligeras hasta la Ferté sous Jouare, i se encontró mas cerca de Paris que el emperador. El general York habia avanzado hasta Meaux, i Paris estaba en el mayor sobresalto.

Bonaparte estaba tan aturdido en vista de la difícil posicion de sus negocios, que se presentó á su imaginacion un pensamiento que la posteridad le hubiera atribuido con dificultad, si el mismo no lo hubiese confesado. El plan que se ofreció á su mente, fué el de sacrificar su poder á la paz de la Francia i abdicar la corona en favor de los Borbones, mientras tenia todavia entre sus manos medios de resistencia. Conocia que habia reinado i peleado bastante tiempo por su gloria, i creia con razon que semejante acto de generoso sacrificio llenaria la medida de su fama. Pero una máxima sugerida, decia, por M. Fox, le recordó que los monarcas restablecidos sobre su trono, no perdonan jamas á los que han ocupado su lugar. Prevaleció al fin el espíritu de egoismo i desconfianza, i la esperanza de deshacer i derrotar el ejército de Silesia, le pareció preferible á un acto de sacrificio desinteresado que le hubiera grangeado el eterno reconocimiento de la Europa; el filósofo amigo de la humanidad se convirtió en guerrero conquistador.

El ejército de Napoleon debia entonces pasar desde el camino real de Paris á Troyes al de Châlons á Paris, que era el teatro de las operaciones de Blucher. Era preciso ejecutar aquel movimien-

to por marchas de flanco en medio de un pais impracticable; pero si lo conseguia, proporcionaba al emperador el medio de atacar de improviso el ejército de Silesia por el flanco i retaguardia. Los caminos de travesia que juntan los caminos reales en Francia, apenas pueden transitarse en invierno por las comunicaciones ordinarias, i todavia lo son menos para un ejército que tiene un tren de artilleria i carros. Bonaparte tenia que atravesar un pais cortado de bosques, pantanos, zanjas i obstáculos de toda especie, el tiempo era detestable, i sin los esfuerzos extraordinarios del corregidor de Barbonne, que reunió quinientos caballos para tirar los cañones, hubiera sido preciso abandonarlos en el camino, no obstante, á fuerza de perseverancia, ejecutó Napoleon aquella marcha forzada el 10 de febrero, i por consiguiente se halló á su discrecion el flanco del ejército de Silesia. Este avanzaba sin esperar semejante ataque. Sacken conducia la vanguardia; le seguia el general ruso Alsufieff, i Blucher en persona mandaba la retaguardia, que formaba el cuerpo principal de ejército. No pensaban todos mas que en avanzar ácia Paris; marchaban con precipitacion i sin precauciones, i habian dejado entre sus divisiones una distancia que les exponia á ser atacados en detalle.

Bonaparte cayó en Champ Aubert sobre la division central de Alsufieff, la rodeó, la deshizo, la derrotó completamente, tomó su artillería, hizo dos mil prisioneros, i el resto de ella se salvó en los bosques, no pensando cada uno mas que en su seguridad individual. Entonces se hallaban todas las fuerzas del emperador colocadas entre la vanguardia de Sacken i el cuerpo principal que conducia Blucher. Se dirigieron ácia el primero,

que Napoleon encontró cuando menos lo esperaba, porque habiendo sabido Sacken la accion que se dió en Champ Aubert, habia hecho inmediatamente una contramarcha para socorrer á Alsufieff, ó por lo menos reunirse á Blucher. Pero fué destruido por la fuerza superior de los franceses, i habiendo perdido la cuarta parte de su division, cerca de cinco mil hombres, se vió obligado á abandonar el camino real por el cual avanzaba Blucher, i retirarse por el de Chateau Thierry. Alli se reunió con el general York i el príncipe Guillelmo de Prusia; pero no estando aun en disposicion de hacer cara á los franceses, no pudieron hacer mas que asegurar su retirada destruyendo el puente sobre el Marne. Entonces empezó la guerra á tomar un aspecto el mas horroroso. Los rezagados i fugitivos que no habian podido pasar el puente antes de destruirle, fueron hechos pedazos por los paisanos; usando de represalias saquearon los soldados aliados la pequeña ciudad de Chateau Thierry, i cometieron en ella todos los excesos imaginables. La derrota de Sacken se verificó el 12 de febrero.

No obstante, ignorando Blucher la fuerza de las tropas que habian atacado su vanguardia, avanzaba para sostenerla; i en un pais descubierta i sin cotos, se encontró de un golpe en presencia de todo el ejército de Napoleon, animado con la doble victoria que ya habia obtenido, i tan numeroso, que era indispensable que los Prusianos se retirasen. A pesar de verse Blucher sorprendido, no por eso perdió su valor. No teniendo mas que tres regimientos de caballeria, no podia deber su seguridad sino á la firmeza de su infantería. La formó en batallones cuadrados, protegida por su ar-

tillería , i de este modo principió su retirada por divisiones que se relevaban sucesivamente cubriendo los batallones que se retiraban de la retaguardia con el fuego de los otros que estaban firmes, i que en seguida los cubrian con el suyo , cuando á su voz se retiraban. La caballeria francesa , á pesar de ser bastante fuerte para cargar á un mismo tiempo los costados i las espaldas , no pudo romper un solo cuadro. Despues de haber hecho los Prusianos muchas leguas retirándose de este modo , sin adelantar un paso sin batirse , estuvieron próximos á ser cortados por una columna considerable de caballería francesa que , habiendo hecho un cerco para adelantarles , se habia colocado en batalla sobre el camino real para detener la marcha. Sin vacilar un instante , atacó Blucher inmediatamente á los franceses con un fuego de artillería i mosqueteria tan mortífero , que se vieron obligados á abandonar su posicion i dejar el paso libre. Tambien encontraron los Prusianos ocupado por el enemigo el pueblo de Etoges , por donde debian pasar precisamente , pero tambien se abrieron alli un camino con las armas en la mano. Aquella expedicion llamada del Marne , es mirada como una de las obras maestras militares de Napoleon ; porque una marcha de flanco , emprendida por en medio de un pais tan difícil , i conseguida tan completamente , no tiene acaso igual en la historia. Por otro lado , si se hallaba comprometida la reputacion de Blucher por la demasiada seguridad de su marcha , la restableció por la prudencia con que efectuó su retirada. Si el ejército que mandaba en persona hubiera tomado parte en el destino de su vanguardia , es probable que no se hubiera entrado en Paris.

En aquella ocasion veian en fin los Parisienses pruebas positivas de que Napoleon habia salido victorioso. Largas filas de prisioneros atravesaban sus calles; se desplegaron las banderas; resonaba el cañon; las prensas imprimian, i se unia el pùlpito para revelar i exagerar los peligros de que habian escapado los ciudadanos, i el mérito de su salvador.

En medio de la alegria bien natural en semejante circunstancia, tuvieron los parisienses la noticia repentina de que la ciudad de Fontaineblau se hallaba ocupada por los húsares húngaros, i la de que en las cercanias de Nangis se habian visto no solo los cosacos, sino tambien los tártaros, los baskiros los kalmukos, tribus de un aspecto salvaje i bárbaro, especie de monstruos asiáticos, á los cuales la credulidad popular atribuye un gusto decidido por la carne de los niños. Aquel renuevo de señales de un próximo peligro provenia de que el ejército grande de los aliados habia tomado Nogent i Montereau á la bayoneta, i habia establecido el cuartel general de los monarcas en Pont del Sena. A la alarma que hubo entonces en Paris, se siguió otra inmediata. Habiendo sabido Schwartzenberg los reveses sufridos en el Marne, no solo avanzó ácia la capital en tres direcciones, sino que hizo marchar ácia Provins una parte de tropas de su derecha para amenazar las espaldas i las comunicaciones de Napoleon. Cesando entonces el emperador de perseguir á Blucher, hizo una contramarcha sobre Meaux; i dirigiéndose desde allí á Guignes, se reunió al ejército de Oudinot i de Victor, que se retiraba en presencia de Schwartzenberg. Alli encontró los refuerzos que habia sacado de España, cerca de veinte mil hombres de excelentes

tropas que ya habian dado pruebas de valor. A la cabeza de aquel ejército hizo cara á Schwartzberg; i el 17 de febrero empezó á tomar la ofensiva en todos los puntos. El éxito correspondió á sus esfuerzos, tomó Nangis, i destruyó casi enteramente en Mormant el cuerpo que mandaba el conde Pahlen. El príncipe real de Wurtemberg se vió precisado á retirarse á Montereau.

La aproximacion de su terrible enemigo alarmó de tal suerte á los aliados, que se encargó al conde Parr, edecan del príncipe Schwartzberg, de parte de los soberanos aliados, llevase un mensaje á Napoleon, para manifestarle la sorpresa de su movimiento ofensivo, puesto que habian dado orden á sus plenipotenciaros en Chatillon, para firmar los preliminares de paz bajo las condiciones consentidas por el enviado frances Caulaincourt.

Aquella carta quedó algunos dias sin respuesta, i durante este tiempo se esforzaba Napoleon para aprovecharse de sus ventajas. Volvió á tomar el puente de Montereau, despues de un ataque desesperado, en el cual el príncipe real de Wurtemberg se ilustró por el valor con que le defendió. Durante el curso de aquella accion, ejerció de nuevo Napoleon su antigua profesion de oficial de artilleria, i apuntó el mismo muchos cañones, con gran satisfaccion de sus soldados. Temblaron por tanto cuando aquel fuego llamó la atencion del enemigo, cuyas balas principiaron á dirigirse contra la bateria francesa. «Andad, hijos míos, dijo Bonaparte burlándose de sus temores, aun no se ha fundido la bala que debe matarme.»

En la noche del 22 de febrero se recibió la respuesta á la carta de Schwartzberg, pero estaba exclusivamente dirigida al emperador de Aus-

tria ; en ella declaraba el emperador de Francia, que se hallaba dispuesto á tratar segun las bases de la declaracion de Francfort ; pero reclamaba contra las condiciones que su enviado Caulaincourt habia propuesto á los plenipotenciarios de las demas potencias. En una palabra, todo el contenido de aquella carta indicaba, no que Napoleon quisiese hacer una paz general con los aliados, sino un vivo deseo de concluirla separadamente con el Austria, para disolver la coalicion, lo cual era contrario al espíritu i á la carta de los aliados, espresado con claridad en su mensaje á Napoleon.

El emperador Francisco i sus ministros habian resuelto no escuchar ninguna proposicion, cuyo objeto fuese separar al Austria de la coalicion. Decidióse, pues, de antemano no contestar á aquella carta ; pero el deseo de ganar tiempo para que llegasen los cuerpos de reserva del ejército grande que se aproximaban á las fronteras de la Suiza á las órdenes del príncipe de Hesse Hombourg, i para unirse con el ejército del norte, mandado por Bulow i Winzingerode, con el de Silesia, les determinó á aceptar la oferta de una suspension de hostilidades. Teniendo todo esto en consideracion, se envió al príncipe Wenceslao de Lichtenstein al cuartel general de Napoleon para tratar de un armisticio. Parecia que el emperador se habia entregado á las mas bellas esperanzas, é invitó á los austríacos á que no se sacrificasen á las ideas egoistas de la Rusia i á la miserable política de la Inglaterra. Nombró por comisario al conde Flahault, para tratar de una línea de demarcacion, i le encargó que se reuniera al enviado de los aliados en Lusigny el 24 de febrero.

En la noche del 23 bombardearon los franceses á Troyes, que evacuaron las tropas aliadas, con arreglo á su último plan de campaña. El 24 entraron los franceses en la ciudad, i para obstentar el triunfo de Napoleon, se llevaron consigo los enfermos i los heridos que habian abandonado los aliados. Al mismo tiempo pasaba una escena no menos deplorable, aunque de otra especie.

En medio de las grandes esperanzas que la entrada de los aliados en Francia habia hecho concebir á los enemigos del gobierno de Bonaparte, cinco individuos, entre los cuales los mas notables eran el marques de Vidranges i el caballero de Gonault, se habian puesto la escarapela blanca i desplegado otros emblemas de la fidelidad por la familia desterrada. No obstante, apenas habia entrado Napoleon en Troyes, cuando fué preso el caballero Gonault, (los demas realistas se habian escapado felizmente,) conducido ante una comision militar, condenado á ser fusilado i ejecutado inmediatamente. Murió con la mayor entereza, gritando: ; *viva el rey!* Un decreto violento i entonces fuera de tiempo, pronunció la pena de muerte contra cualquiera que llevase los emblemas de los Borbones, i contra todos los emigrados que se reuniesen á los aliados.

En esta época de la retirada de Schwartzberg de Troyes, i del movimiento de Blucher ácia el Marne, es preciso que nos separemos de las tropas que peleaban en el interior de la Francia, para echar una ojeada sobre lo que sucedia en las fronteras, en donde las operaciones de los aliados, aunque en un terreno distante, propendian á reforzar los ejércitos de invasion i disminuir los medios de defensa de Napoleon.

Es difícil que los habitantes de un territorio en paz se figuren los males que tuvo que sufrir el país que era el teatro de aquella guerra sangrienta. Mientras que Bonaparte, semejante á un tigre rodeado de perros i cazadores, tan pronto amenazaba á uno de sus enemigos, como se arrojaba con furor sobre otro, i que, desconcertándolos i embarazándolos todos con la rapidez de sus movimientos, no podia á pesar de eso destruir á los que atacaba, de miedo de procurar una ocasion favorable á los que se hallaban á cubierto de sus tiros, se hallaba la escena de aquella guerra fecunda en vicisitudes asolada del modo mas inhumano. Desesperados los soldados de ambos partidos con las marchas rápidas en caminos cubiertos de nieve ó por en medio de pantanos, se hicieron crueles i desapiadados; i separándose de sus columnas en todas las direcciones, se entregaban á todos los excesos imaginables contra los habitantes.

Los aldeanos se refugiaban con sus familias en las cuevas, en las canteras i en los bosques, en donde las mugeres i sus hijos perecian acosados del hambre ó de los rigores de la estacion, mientras los hombres, formando pequeños cuerpos, aumentaban los horrores de la guerra, pillando los comboyes de los dos ejércitos, atacando los débiles destacamentos de todas las naciones, i matando los enfermos, heridos i rezagados. Las ciudades i las aldeas que habian sido la escena de un combate, eran muchas veces presa de las llamas, no solamente en las acciones importantes de que hemos hablado, sino en una multitud de escaramuzas que hubo en diferentes puntos. Los bosques no ofrecian ningun asilo; las Iglesias no eran un santuario; la misma tumba no ofrecia un abri-

go á los restos de la humanidad. Por todas partes se quemaban los pueblos, se saqueaban i devastaban los cortijos, se destruian las casas; nada se respetaba, ni lo que era el fruto de una industria retirada, ni lo que componia la felicidad doméstica. Los lobos i demas animales salvages, se multiplicaban de un modo espantoso en los cantones que la mano del hombre habia assolado con una ferocidad igual á la suya. De este modo, usando de terribles represálias, i á algunas leguas de la capital, se devolvian á la Francia los males que sin merecerlo habia hecho sufrir á la España, á la Prusia, á la Rusia i á casi todas las naciones de la Europa. Tales eran las consecuencias de un sistema que, teniendo por solo principio i única ley la fuerza militar, habia enseñado á las naciones unidas de la Europa á emplear, para rechazar sus agresiones, unos medios todavia mas terribles que los que ellas habian sufrido.

CAPITULO III.

RESUMEN DEL CAPITULO III.

OJEADA SOBRE LOS ACONTECIMIENTOS MILITARES QUE PASABAN EN LAS FRONTERAS DE FRANCIA.— DEFECCION DE MURAT QUE SE DECLARA EN FAVOR DE LOS ALIADOS.— SUS CONSECUENCIAS.— AUGEREAU SE HALLA EN LA NECESIDAD DE ABANDONAR EL PAIS DE GEX I DEL FRANCO CONDADO.— PIERDE LA FRANCIA EL NORTE DE ALEMANIA I LA BÉLGICA.— SE ENCARGA A CARNOT EL MANDO DE AMBERES.— BULOW I WINZINGERODE SE REUNEN A BLUCHER.— EL DUQUE DE WELLINGTON SE ABRE PASO ENTRE EL PAIS DE LOS GAVES.— ESTADO DE LOS REALISLAS EN EL OESTE DE LA FRANCIA.— MEDIDAS QUE TOMARON LOS DUQUES DE BERRI I DE ANGULEMA I DEL CONDE DE ARTOIS.— ENTRAN EN FRANCIA LOS DOS ÚLTIMOS.— WELLINGTON DERROTA Á LOS FRANCESES EN ORTHEZ.— LOS HABITANTES DE BURDEOS SE RINDEN VOLUNTARIAMENTE AL MARISCAL BRESFORD, I SE PONEN LA ESCARAPELA BLANCA.— DETALLE DE LAS NEGOCIACIONES DE CHATILLON.— TRATADO DE CHAUMONT, POR EL QUE SE OBLIGAN DE NUEVO LOS ALIADOS Á CONTINUAR LA GUERRA CON VIGOR.— NAPOLEON PRESENTA EN CHATILLON UN CONTRAPROYECTO MUY DESCABELLADO.— ROMPIMIENTO DEL CONGRESO DE CHATILLON.

CAPITULO III.

Mientras que Napoleon peleaba en los campos de Paris para conservar su existencia como monarca, ocurrían en las fronteras acontecimientos que influían mas ó menos sobre su destino, i casi todos de un modo poco favorable.

Habíase confiado la defensa de Italia al príncipe Eugenio Beauharnais, virey de aquel reino. Por todos títulos era digno de aquella confianza, pero la defección de Murat le privó de los medios que le quedaban para cumplir su encargo. Muy á menudo hemos tenido ocasion de hablar de Murat por haberse distinguido en el campo de batalla, mas bien como un soldado lleno de valor i de impetuosidad, que como un gefe discreto; como soberano tenia muy poco derecho á la fama. Tenia un carácter blando, pero vanidoso, poseyendo pocos talentos i ninguna instruccion.

No habia ocultado Napoleon el desprecio que le inspiraba su falta de inteligencia, i despues de la retirada de Rusia, le censuró en un boletin con rodeos, pero de modo que pudiera entenderle.

El resentimiento de Murat le indujo á escuchar las proposiciones del Austria, i por medio de aquella potencia que tenia interés en recobrar sus provincias de Italia, se decidió la Inglaterra no sin trabajo á dar su consentimiento. En consecuencia de un tratado hecho con el Austria, se declaró Murat á favor de los aliados, é hizo marchar sobre Roma un ejército de treinta mil Napolitanos para ayudar á arrojar á los franceses de la Italia.

No tardó en ocupar á Ancona i Florencia cuando ya habia en Italia un ejército de treinta mil austríacos. La aparicion del ejército de Murat, tomando el partido del Austria, aunque se ceñia á una guerra de proclamas, era suficiente para aniquilar toda la influencia de los franceses en Italia, i asi es que su defeccion produjo el efecto de desconcertar las medidas que Napoleon habia tomado para recobrar la frontera del sudoeste de la Francia. Augereau habia recibido la órden de avanzar sobre Leon i recibir los refuerzos que Eugenio debia enviarle de Italia, atravesando los Alpes. Habia calculado que aquellos refuerzos darian al mariscal frances una superioridad decidida, que le pondria en estado de subir ácia el nacimiento de la Saona, llamar á las armas á los guerreros montañeses de los Vosges, cortar las comunicaciones del ejército austríaco, encender una guerra nacional i organizar las guerrillas á espaldas de los aliados.

Augereau no se halló en estado de ejecutar el encargo que se le habia confiado, porque no recibió los refuerzos que esperaba de Italia; en la situacion en que se hallaba Eugenio, no podia deshacerse de ninguna porcion de sus tropas. El príncipe de Hesse Hombourg se aseguró sin dificultad de los desfiladeros de la Saona; en su consecuencia Augereau se vió precisado á abandonar al pais de Gex i el Franco Condado, i volverse al pie de las murallas de Leon.

El norte de la Alemania i la Bélgica se hallaban igualmente perdidos para la Francia, i no estaban ya bajo su influencia; pues aunque es cierto que Hamburgo se sostenia todavía, aquella plaza estaba sitiada, ó por mejor decir bloqueada por

las tropas aliadas mandadas por Bennigsen, á quien el príncipe real de Suecia habia encargado de aquel sitio.

Durante este tiempo el veterano republicano Carnot desplegaba tanto valor como sabiduría en la defensa de Ambéres. Aquel hombre célebre como ingeniero i como hombre de estado, se habia opuesto constantemente á cada paso que Napoleon habia hecho para llegar al poder arbitrario, habia votado contra su nombramiento como cónsul perpetuo i en seguida como emperador. No parece que Napoleon estuviese resentido por aquella oposicion; antes de su elevacion sin ejemplo, debia muchas obligaciones á Carnot, i en lo sucesivo se acordó de ellas, hasta el punto de hacer pagar todas sus deudas en un momento de apuro. Carnot, por su lado, miró la invasion de la Francia como una señal para todo frances de emplear todos sus talentos en la defensa de su patria; ofreció sus servicios al emperador, i este le confió el mando de Ambéres.

Todavía ocupaban tambien los franceses á Ber op Zoom. Sir Tomas Graham estuvo muy cerca de apoderarse por un golpe de mano de aquella plaza, una de las mejor fortificadas del mundo entero.

No obstante el general Graham recibió refuerzos de Inglaterra, i con la ayuda de Suecos i Daneses, i de los cuerpos Belgas i Holandeses, se halló en estado de impedir las salidas de Ber op Zoom y de Ambéres.

Estando tan cercana la libertad de los Países Bajos, marchaba Bulow adelante sobre la Fere, i concluyó por ocupar la ciudad de Laon. Allí se reunió con Winzingerode el 26 de febrero, quien atravesó el bosque de los Ardennes, dejando al

príncipe de Suecia en observacion delante de Juliers, Vanloo i Maestricht. Despues Bulow i Winzingerode, con sus dos ejércitos adicionales, se pusieron en comunicacion con Blucher, cuya retaguardia formaron desde entonces, lo que le hizo ganar mas que lo que habia perdido por sus derrotas en Montmirail i Champ Aubert.

Todavía parecia mas sombrío el horizonte en la frontera del Sudoeste. Habiendo entrado en Francia el duque de Wellington se hallaba en estado de abrirse un camino por entre el pais de los Gaves; es decir, un pais de barrancos ahondados por rios i torrentes. Mantenía una disciplina tan severa i pagaba con tanta exactitud las provisiones que necesitaba en el pais, que le daban voluntariamente cuanto podia necesitar, mientras que el ejército de Soult que se hallaba en el mismo pais de aquel mariscal, no podia obtener víveres sino de muy mala gana, en pequeña cantidad i por medio de requisiciones militares.

En todo el oeste de la Francia se vieron aparecer mil agentes del partido realista, que despertaban entonces despues de un sueño de veinte años. Burdeos, con su corregidor realista el conde Linch i la mayoría de sus habitantes, era el punto central de aquella asociacion en el medio dia. Una gran parte de los ciudadanos de aquella gran poblacion se habian regimentado é incorporado secretamente, tenían armas en su poder, habian ocultado en sus almacenes piezas de artilleria, pólvora i balas. El célebre La-Rochejaquelein inmortalizado por la obra sencilla i sublime de su esposa, fué al cuartel de los Ingleses á defender la causa de los realistas, haciendo muchos viages arriesgados á Burdeos i de Burdeos al cuartel general.

El abate Jagualt, eclesiástico realista, habia organizado una insurreccion en la Santoña i en el Vendee; los hermanos La Roche, Aimon preparaban el Perigord; el duque de Duras habia enganchado un millar de antiguos nobles en la Torraine. En fin, los Chuanes se hallaban dispuestos á levantarse de nuevo bajo las órdenes del conde de Vitray i de Franquilo, gefe célebre, á quien se habia dado el sobrenombre de *capitan sin miedo*. En Angers, Nantes i Orleans, numerosas tropas de conscriptos refractarios, desesperados con la sentencia de proscripcion lanzada contra ellos, se hallaban prontos á tomar las armas en defensa de los Borbones, bajo el mando del conde de Lorge, M. de Airac, el conde Carlos de Autichamp, el conde de Suzannet i Cadoudal, hermano del célebre Jorge que no le cedia en valor i resolucion.

En tanto se decidieron valerosamente los príncipes de la casa de Borbon á arriesgar sus personas en Francia, i á ver por sí mismos, si su presencia podria despertar mas i mas los antiguos recuerdos en una crisis tan interesante.

Apesar de que el ministerio ingles no quiso apoyar directamente los proyectos de la familia de Borbon, no podia, escuchando los principios ordinarios de la justicia, reusar á los miembros mas activos de aquella estirpe desgraciada, la libertad de obrar como mejor les pareciese, en el interes de su causa i la de sus partidarios. Cuando pidieron el permiso de ir á Francia, les respondieron, que los príncipes de la casa de Borbon eran huéspedes de la Gran Bretaña i no prisioneros, i que, aunque el estado actual de los negocios públicos impedia que la Inglaterra autorizase espresamente los pasos que gustasen dar, eran no obs-

tante libres de dejar su territorio i volverse cuando se les antojase. Consiguiente á una sancion concebida en términos tan generosos, se embarcó el duque de Angulema para san Juan de Luz, con el objeto de pasar al ejército del duque de Wellington, el duque de Berri salió para Jersey, para ponerse en correspondencia con los realistas de Bretaña, i el conde de Artois pasó á Holanda, desde donde marchó á las fronteras de Suiza i mas tarde entró en Francia detras de los ejércitos austríacos. Los movimientos de aquellos dos príncipes no produjeron ningun resultado importante.

El duque de Berri se detuvo en la isla de Jersey, recibiendo de Francia algunas noticias desagradables con relacion á la fuerza del gobierno que existia, i descubriendo, segun dicen, una conspiracion para decidirle á desembarcar en un punto, en donde necesariamente quedaria preso por Bonaparte.

El conde de Artois entró en Francia, i fué recibido en Vesoul con mucho entusiasmo. Pero los comandantes i generales austríacos no excitaron aquel movimiento, i recibieron con una frialdad que se aproximaba al desprecio, la proposicion que hizo el conde de Artois, de levantar cuerpos de realistas en la Alsacia i en el Franco condado.

La llegada del duque de Angulema al ejército del duque de Wellington tuvo consecuencias mas inmediatas. No pudo recibirse alli á su alteza real, mas que como voluntario; pero muy en breve se desarrolló el efecto que produjo su presencia. La Rochejacquelein que habia consagrado á la causa real sus dias, sus noches, su fortuna i su vida, apareció bien pronto en el campamento ingles, i apresuró al general para que dirigiese su marcha

sobre Burdeos, asegurándole que luego que aquella ciudad se viese libre del ejército de Soult que se hallaba en sus cercanías, se declararía inmediatamente por los Borbones, á cuyo acontecimiento se seguiria el levantamiento de la Guyenne, del Anjou i del Languedoc. La humanidad i la política hicieron todavia vacilar al duque de Wellington. Sabia muy bien, que sucede muchas veces, que el entusiasmo patriótico promete lo que no puede cumplir, é invitó al enviado celoso de los realistas, á que cuidara de no declararse antes de tiempo; puesto que todavia continuaban las conferencias de Chatillon, i aun habia grandes riesgos de una paz entre los aliados i Napoleon.

Allí principió, pues, contando desde el 14 de febrero, una serie de sabias maniobras, por medio de las cuales el duque de Wellington, persiguiendo paso á paso la division del ejército frances que se hallaba en la orilla izquierda del Adur, la rechazó sucesivamente mas allá de los Gaves, de Mauleon i Oleron. Sobre la derecha de aquel último Gave, tomaron los franceses una fuerte posicion delante de la ciudad de Orthez, en donde Soult resolvió disputar el terreno, habiéndosele reunido Clausel con un refuerzo considerable. El duque de Wellington principió su ataque por la derecha del enemigo, tomando por asalto el pueblo que dominaba la posicion, i últimamente completó la derrota de los franceses mas arriba de Orthez. Durante algun tiempo se aprovechó el mariscal Soult de la actividad de sus tropas, para conservar á lo menos la apariencia de una retirada en regla, haciendo altos i tomando nuevas posiciones; pero al último, forzado de una línea á la otra por las maniobras de los ingleses, sufriendo

nuevas pérdidas á cada alto, i amenazado por la proximidad rápida de la division del general Hill, su retirada se convirtió en una derrota, en la que el ejército frances tuvo una gran pérdida. Batallones enteros de conscriptos se dispersaron enteramente, i muchos abandonaron sus fusiles en montones regulares, como indicando su resolucion bien decidida de no volver á tomar las armas.

Otra accion que se dió cerca de Aires, mandada por el general Hill, i el paso del Adur en Bayona, por sir John Hope, maniobra que puede compararse á una gran batalla campal, dieron una nueva influencia á los ejércitos británicos. Fué sitiada Bayona; quedó abierto el camino de Burdeos, i Soult, á quien apenas le quedaba la apariencia de un ejército, se retiró ácia Tarbes, para unirse con los cuerpos franceses que podian volver de España.

La batalla de Orthez, i las maniobras brillantes i sabias que la precedieron i siguieron, sirvieron para establecer la superioridad de las fuerzas británicas en ciertos puntos que hasta entonces se les miraba como inferiores.

Hallándose de este modo los habitantes de Burdeos en libertad de seguir su inclinacion, i animados con la aproximacion de un destacamento de quince mil Ingleses, á las órdenes del mariscal Beresford, salieron en tropel de la ciudad para recibir al duque de Angulema. Se calcula que su número ascendia por lo menos á diez mil almas. El corregidor conde Linch, dijo al general ingles en una corta arenga, que si avanzaba como vencedor, no tenia necesidad de su intervencion para obtener las llaves de Burdeos; pero que si llegaba como aliado del soberano legítimo de la Francia,

estaba pronto á presentárselas con todas las señales de amor, de honor i de respeto. El mariscal Beresford reiteró sus promesas de proteccion, i manifestó la confianza que tenia en la lealtad de la ciudad de Burdeos. El corregidor dió entonces el grito, por tanto tiempo olvidado, de ¡*Viva el rey!* i millares de hombres que le rodeaban, repitieron mil veces aquel mismo grito. Arrancando el conde de Linch la escarapela tricolor de su sombrero, puso en su lugar la blanca de los Borbones. Imitóse universalmente aquel ejemplo, i á la señal convenida, se vió flotar la antigua bandera del realismo en la cima de las torres y campanarios, en medio de las aclamaciones generales.

Aclamaciones igualmente vivas acompañaron la entrada del duque de Angulema en aquella ciudad. A la llegada del príncipe se congregaron los habitantes á su alrededor con un gran celo. El arzobispo i el clero de la diócesis le hicieron su homenaje; se cantó el *Te Deum* con gran aparato, las banderas reunidas de Francia, Inglaterra, España i Portugal se enarbolaron sobre las murallas de la ciudad, i se dejó en ella al lord Dalhousie para mandar á los Ingleses.

Echemos ahora una rápida ojeada sobre la marcha de aquella notable negociacion, cuya historia secreta es no obstante desconocida hasta el dia. Las primeras proposiciones de paz, comunicadas por el baron de Saint Aignan, se habian discutido en Francfort. Las condiciones ofrecidas entonces á Napoleon eran, que la Francia, renunciando á todas sus demas conquistas, tomara por límites el curso del Rhin i la barrera de los Alpes. Napoleon habia aceptado aquellas condiciones, como que debian ser la base del tratado, pero con una re-

serva que le proporcionaba un pretexto para romperle á su antojo, es decir, que se concedería á la Francia la libertad del comercio i de la navegacion, ataque indirecto contra la ley marítima, tal cual la mantenía la gran Bretaña. El conde de Aberdeen que representaba la Inglaterra, negociador hábil i completo, respondió que la Francia gozaria de toda la libertad de comercio i navegacion que tenia derecho de esperar. De este modo se abrió un asunto de discusion muy importante, i puede ser que ninguna de ambas potencias sintió hallar el medio de suspender la marcha del tratado, segun el aspecto que tomarian los acontecimientos de la guerra.

Caulaincourt duque de Vicencio, ministro de relaciones exteriores, era el representante de Napoleon en Chatillon, en aquella ocasion importantísima. Sus primeras instrucciones, fechas en 4 de enero de 1814, le imponian las bases propuestas en Francfort, que conservaban la Bélgica á la Francia i concedian á esta potencia lo que Napoleon llamaba entonces sus límites naturales. Ultimamente recibió Caulaincourt poderes ilimitados, para conducir la negociacion á un fin dichoso, salvar la capital i evitar una batalla de que dependian las últimas esperanzas de la nacion.

El duque de Vicencio llegó á Chatillon del Sena que se habia declarado neutral para celebrar las conferencias. En aquel memorable congreso el conde Stadion representaba al Austria, el conde Razumowski á la Rusia, el baron Humboldt á la Prusia, i la Gran Bretaña tenia en él tres comisarios, el lord Aberdeen, el lord Cathcart i sir Carlos Stewart. Los franceses estuvieron muy corteses, i ofrecieron tambien á los ministros ingleses

la ventaja de comunicar directamente con Londres por Calais, de cuya política les dieron estos las gracias, pero no quisieron aprovecharse de ella.

Los comisarios de los aliados no tardaron mucho tiempo en manifestar lo que habian previsto los temores de Napoleon. Declararon que ya no podian admitir las basas propuestas en Francfort. Para obtener la paz, era preciso que la Francia volviese á entrar en sus antiguos límites, lo que equivalia á quitarle la Bélgica; i Napoleon negándose á esto, respondió á Caulaincourt, que desechaba el tratado i que preferia correr la suerte mas rigurosa de la guerra. Se dice que añadió: „¡Todavía estoy mas cerca de Munich que ellos de Paris!”

Sus consejeros no desanimaron; en un momento de mas calma obtuvieron los ministros que estaban cerca de su persona, su consentimiento para que continuase la negociacion. Ordenó que se enviasen á Paris las condiciones propuestas por los aliados, i que se pidiese á cada uno de sus consejeros privados su opinion individual sobre aquella cuestion. Todos, exceptuando al Conde Lacuée de Cessac, opinaron que debian aceptarse las condiciones propuestas en Chatillon. Habiendo recibido Caulaincourt aquella sancion el 9 de febrero, escribió á los comisarios de los aliados que, si se convenia inmediatamente en un armisticio, estaba pronto á consentir que la Francia volviese á entrar en sus antiguos límites con arreglo á las basas propuestas. Tambien prometia, suponiendo que se acordase el armisticio, que la Francia cederia inmediatamente algunas plazas fuertes de las que estaba obligada á entregar, luego que se aceptasen aquellas condiciones. Pero la oferta de aque-

lla cesion estaba acompañada de estipulaciones secretas, que esplicaremos mas adelante. Los aliados se declararon dispuestos de aceptar aquellos preliminares, i en aquel dia pudo mirarse la guerra como concluida.

Pero durante aquel tiempo, las ventajas que Napoleon habia obtenido sobre Blucher en Montmirail i en Champ Aubert, le habian puesto, segun decia, en una situacion superior á la necesidad en que se habia hallado despues de la batalla de Brienne. Desde el campo de batalla de Chateau Thierry escribió á Caulaincourt, que tomase una actitud menos humillante entre los miembros del congreso, i despues de la derrota del príncipe de Wurtemberg en el puente de Montereau i la retirada de Troyes, pareció haber resuelto romper la negociacion.

Cuando Schwartzenberg preguntó, como hemos visto, que significaba el movimiento ofensivo de Napoleon, á pesar de cuanto se habia convenido en el congreso, le respondió con una carta para el emperador de Austria, en la que desechara las condiciones á que habia consentido Caulaincourt, i se esplicó, con respecto á ellas, en términos que hubieran excitado la indignacion general en Paris, si se hubieran conocido: «Seria hacer desaparecer, decia, la Francia del mapa de la Europa; seria realizar el sueño de Burke; seria poner á la Inglaterra en posesion de Amberes i de los Países Bajos, i jamás lo consentiré.»

En el mismo sentido i en la misma época escribia Napoleon desde Nangis á Caulaincourt que, «cuando le dió carta blanca, era para salvar á Paris, i que entonces estaba ya en salvo; que era para evitar el riesgo de una batalla, i que aquel

riesgo ya se habia corrido i ganádose la batalla." En su consecuencia revocaba los poderes extraordinarios con que se hallaba investido su embajador.

En fin, el éxito momentáneo que obtuvo Napoleon en el campo de batalla, considerándole bajo su verdadero punto de vista, era tal, que muy lejos de poder animar al emperador para continuar la guerra, hubiera podido por el contrario proporcionarle una ocasion preciosa para hacer la paz, antes que le hubieran puesto la espada á la garganta. Las condiciones que en aquel momento pasagero de ventaja hubiera aceptado, habria aparecido de buena voluntad, en lugar de haber tenido positivamente que arrancárselas por la necesidad. Puede añadirse que los aliados, aturdidos con sus pérdidas, le habrian probablemente hecho condiciones mas favorables; i no hay duda de que, teniendo presentes sus talentos militares, hubieran ejecutado las que se hubiesen convenido.

Parece lo mas cierto que Napoleon no tuvo nunca el desigño serio de hacer la paz en Chatillon; i mientras que su negociador Caulaincourt se hallaba autorizado para proponer á los aliados que les cederia las plazas fuertes de la frontera, recibió del duque de Bassano las instrucciones secretas siguientes: »El emperador desea que eviteis esplicaros con claridad relativamente á todo lo que pueda tener conexion con la rendicion de las fortalezas de Amberes, Maguncia i Alejandria, si os veis precisado á consentir en aquella cesion, teniendo S. M. el desigño de dejarse guiar por la situacion militar de los negocios, aun cuando hubiese ratificado por sí mismo el tratado; esperad, pues, hasta el último momento. La mala fe de los aliados con respecto á las capitulaciones de Dresde,

Dantzick i Gorcum , nos autoriza á evitar que nos engañen. Reducid , pues , aquellas cuestiones á un arreglo militar , como se hizo en Presburgo , Viena i Filsit. S. M. desea que no perdais de vista la disposicion en que se encontrará *de no entregar aquellas tres llaves de la Francia* , si los acontecimientos militares , en los cuales tiene todavía fundadas esperanzas ; le permiten dispensarse de ello , *aun cuando hubiese firmado él mismo la cesion de todas aquellas provincias*. En una palabra , desea S. M. poder , despues del tratado , obrar segun dicten las circunstancias hasta el último momento. Desea tambien que queméis esta carta en cuanto la hayais leído.”

Los aliados , por su parte , probaron que la tenacidad de Napoleon habia fortalecido su resolucion de continuar la guerra , lejos de destruirla. El 1º de marzo se concluyó un nuevo tratado entre el Austria , la Rusia , la Prusia i la Inglaterra , que llamaron el tratado de Chaumont. Las altas partes contratantes se obligaron á mantener un ejército de ciento i cincuenta mil hombres , consintiendo la Gran Bretaña en adelantar cuatro millones de libras esterlinas para subvenir á los gastos de la guerra que debia continuarse sin interrupcion , hasta que la Francia hubiese vuelto á entrar en sus antiguos límites. Lo que acabó de indicar las disposiciones de ambos partidos , fué que los comisarios militares que se habian reunido en Lusigny para arreglar las condiciones de un armisticio , se separaron con el pretexto de no poder ponerse de acuerdo sobre una línea conveniente de demarcacion. La negociacion principal continuó prolongándose en Chatillon , pero sin dejar á los que estaban bien informados por ambos lados la

menor esperanza de que el resultado fuese favorable.

Uno de los gefes de la secretaria de Bonaparte llamado Rumigny , trajo al emperador el dia 7 de marzo, por la tarde despues de la batalla sangrienta de Craonne , el ultimatum de los aliados , que insistian en que el enviado frances tratase bajo la basa que le habian propuesto ; es decir , que entrase la Francia en sus antiguos límites , ó que Caulaincourt presentase un contraproyecto. Aquel plenipotenciario pedia instrucciones ; pero parece que Bonaparte, demasiado hábil para dejar de ver el resultado de su tenacidad , era muy orgulloso para volverse atrás , i habia determinado , como un leon acosado , no rendirse sin hacer pagar cara su derrota. Habiéndose pasado el 10 de marzo sin que Caulaincourt hubiese recibido respuesta ninguna de Bonaparte , se prolongó por cinco dias más el término que se le habia concedido para dar su ultimatum ; esperando probablemente el plenipotenciario frances que algun acontecimiento decisivo en el campo de batalla determinaria á su amo á aceptar las condiciones de los aliados , ó le autorizaria á exigir las mas favorables.

Caulaincourt hacia el papel de un ministro hábil i de un negociador activo. Prolongó la negociacion tanto como pudo , i durante aquel tiempo, empleó todos los argumentos posibles para obligar á su amo á que aceptase las condiciones de los aliados. Por lo tanto al cabo se vió en la precision de presentar un contraproyecto , i esperaba que á lo menos serviria para dilatar la negociacion. El plan que ofreció , no solamente era demasiado vago para poder entretener á los aliados , sino que se alejaba mucho de los puntos adoptados por to-

das las partes, como debiendo ser la base de las conferencias, para que se detuviesen en escucharle un solo instante. Pedia Napoleon entre otras cosas toda la línea del Rhin, una gran parte de la del Waal, la fortaleza de Nimega, que habria reducido á ser puramente nominal la independencia de la Holanda, i la Italia i Venecia para Eugenio Beauharnais. Los plenipotenciarios reunidos recibieron aquellas proposiciones imperiosas con tanta sorpresa como disgusto. Declararon inmediatamente disuelto el congreso; i de este modo se concluyeron los temores de muchos hombres que consideraban mas peligro para la Europa en un tratado cualquiera hecho con Bonaparte, que en la continuacion de la guerra que sostenia contra los aliados.

En medio de aquellos acontecimientos importantes, una casualidad que no era la menòs notable, quiso que Caulaincourt, abandonando Chatillon, encontrase al secretario de Bonaparte que llegaba en posta para traerle los plenos poderes explícitos que inútilmente habia solicitado tanto tiempo. Si Napoleon hubiera tomado aquella determinacion definitiva de someterse á las circunstancias un solo dia antes, hubieran continuado las negociaciones de Chatillon, i hubiera quedado en posesion del trono de Francia. Pero ya era demasiado tarde.

CAPITULO IV.

RESUMEN DEL CAPITULO IV.

MARCHA NAPOLEON CONTRA BLUCHER QUE SE HABIA APODERADO DE SOISSONS. — ATACA AQUELLA CIUDAD SIN RESULTADO FAVORABLE. — BATALLA DE CRAONNE DADA EL 7 DE MARZO SIN RESULTADO DECISIVO. — BLUCHER SE RETIRA Á LAON. — BATALLA DE LAON, DADA EL DIA 9. — NAPOLEON SE VÉ PRECISADO Á RETIRARSE EL DIA 11 CON GRAN PÉRDIDA. — ATACA A REIMS QUE ABANDONAN LOS RUSOS. — DERROTA EN BAR SUR AUBE DE LAS DIVISIONES Francesas Mandadas por OUDINOT I GERARD, QUIENES Á IMITACION DE MACDONALD, SE VEN EN LA PRECISION DE RETIRARSE SOBRE EL CAMINO REAL DE PARIS. — NAPOLEON OCUPA A ARCIS. — BATALLA DE ARCIS EL DIA 20. — MACDONALD, OUDINOT I GERART SE REUNEN Á NAPOLEON EN LA NOCHE SIGUIENTE. — NO OBSTANTE SE RETIRA BONAPARTE SOBRE LAS DOS ORILLAS DEL AUBE CON MUY Poca PÉRDIDA.

CAPITULO IV.

Habíase, pues, vuelto á desenvainar la espada, i no debia descansar ni volver á envainarse hasta haberse arruinado uno de los dos partidos.

Después de haber pesado bien todos los inconvenientes, se decidió Napoleón á volver sus armas contra Blucher, como que era su mayor enemigo personal, el mas rápido en sus movimientos i el mas constante en sus resoluciones. En presencia del ejército grande dejó á Oudinot, Macdonald i Gerard, con la esperanza de que, aunque inferiores en número, podrian hacer creer á Schwartzberg que Napoleón en persona estaba con ellos, i determinar de este modo á los austríacos á continuar su retirada, ó por lo menos impedirles de tomar la ofensiva. Con este intento debian avanzar las tropas francesas ácia Bar sur Aube, i ocupar, si era posible, las alturas inmediatas. Los soldados debian gritar *viva el emperador!* como si Napoleón estuviese en medio de ellos. Luego se echó de ver que, como los mariscales no tenian entre todos una fuerza de cuarenta mil hombres, comprendidas las tropas de Macdonald, les era imposible llenar de un modo eficaz el deber de que estaban encargados. Mientras tanto continuó Napoleón su marcha contra Blucher, suponiendo que todavia podia sorprenderle, como lo hizo cuando los prusianos marchaban sobre Paris. Con este designio avanzó lo mas pronto que pudo ácia la Ferté, Gaucher, á donde llegó el 1º de marzo. Pero Sacken i York, que hubieran sido las primeras víctimas de aquella maniobra, puesto que sus divisiones se hallaban en la orilla izquierda del Marne cerca de Meaux, pasaron aquel rio en la Ferté sous Jouare, i se reunieron con Blucher, el cual se resolvió entonces á retroceder para encontrar las tropas de Bulow Winzingerode. Debe tenerse presente que, aquellos dos generales venian de las fronteras de la Bélgica.

Una gran elada repentina habia hecho transitable un terreno pantanoso, en el cual no se podia caminar la víspera, sino con mucha dificultad. Aquella circunstancia fué muy ventajosa para los prusianos. Napoleon destacó las fuerzas que mandaba Marmont i Mortier, las cuales habia reunido á las suyas, i les encargó que siguiesen é incomodasen en su retirada al feld mariscal prusiano, i tomando él mismo en persona una línea mas corta, ocupó la ciudad de Fismes, casi á mitad de camino de Reims á Soissons. La posicion de aquella última plaza fué entonces de la mayor importancia.

Casi era una suerte igual á la de un juego de pares ó nones, la de saber cual de ambos partidos ocuparia aquella plaza. Los rusos la habian tomado el 15 de febrero; mas como la evacuaron inmediatamente, la ocupó Mortier el 19, i puso en ella una guarnicion de quinientos polacos, que se creian capaces para defenderla con valor; no obstante, intimidado el comandante el 2 de marzo con la marcha de Bulow á la cabeza de treinta mil hombres, i con la amenaza que aquel general hizo de asaltar inmediatamente i no dar cuartel, se entregó aquella plaza. Las banderas rusas flotaron entonces en Soissons, i llegando Blucher al pie de las murallas de aquella plaza, se halló libre para reunirse con su retaguardia, i dar ó reusar una batalla segun lo juzgase conveniente, en el instante mismo en que Bonapaate, habiendo rodeado su costado, esperaba obligarle á una accion muy desventajosa.

Pasó Napoleon el Aisne en Bery an Bac, con el intento de atacar el ala izquierda del ejército de Blucher, el cual, reconcentrado entonces, se habia acampado ventajosamente entre el pueblo

de Graonne i la ciudad de Laon, de modo que pudiese asegurarse una retirada sobre la fuerte posicion que ofrece esta última ciudad.

El 7 de marzo á las once de la mañana principiaron los franceses la accion con el mayor valor. Ney atacó la posicion por el flanco derecho, el cual se hallaba defendido por un barranco, i Victor, ardiente de manifestar su celo, hizo esfuerzos increíbles en el frente. Pero la defensa que correspondió al ataque, fué igualmente tenaz, i la batalla fué una de las mas sangrientas i mas disputadas que hubo durante toda la guerra. Eran las cuatro de la tarde, i todavia no habian conseguido los franceses rechazar á los rusos en ningun punto, cuando éstos recibieron orden de Blucher para retirarse del terreno disputado, i reunirse al ejército prusiano en la excelente posicion de Laon que el mariscal miraba como una escena de accion mas favorable. No se perdieron cañones ni se hicieron prisioneros, i, á despecho de una carga general de la caballeria francesa, se retiraron los rusos.

Napoleon persiguió en persona á los Rusos en su retirada hasta una posada entre Graonne i Laon, que se llamaba del Angel custodio, donde pasó la noche. Allí fué donde le encontró Rumigny, cuando le presentó la carta de Caulaincourt, pidiendo al emperador instrucciones definitivas; i allí fué tambien donde no pudo sacar de él mas que la respuesta ambigua de que, si era preciso que recibiera azotes, á lo menos seria por la fuerza. En esta posada fué igualmente donde formó su plan para atacar la posicion de Blucher al otro dia por la mañana, i desembarazarse asi definitivamente de aquel ejército de Silesia que, durante cuarenta

i dos dias, habia sido el objeto de sus inquietudes, espacio de tiempo durante el cual, apenas se habian pasado dos dias sin algun combate serio, sea de frente, sea en la retaguardia. Napoleon recibió escelentes informes para el plan de ataque que proyectaba, por medio de un oficial retirado llamado M. Bussy de Bellay, el cual habia sido compañero suyo en la escuela de Brienne; vivia aquel oficial en las cercanias, i conocia perfectamente el terreno. Le recompensó inmediatamente, nombrándole su edecan i concediéndole un sueldo considerable. Cuando su plan de ataque se halló concluido, dicen que gritó; »Veo que esta guerra es un abismo sin fondo; pero estoy decidido á ser yo el último que se trague.»

Solo un dia se pasó entre la sangrienta batalla de Graonne i la de Laon. El dia 9 aprovechándose Napoleon de una densa niebla, extendió sus columnas de ataque hasta el pie de la altura, sobre la cual se halla situado Laon. Se hizo dueño de dos pueblos, llamados Semilly i Ardon, i se dispuso á abrirse camino ácia la ciudad, trepando la montaña. Aclaró el tiempo, i el ataque de los franceses fué rechazado con un fuego terrible que salia de los terrados, de las viñas, de los molinos de viento i de todos los puntos que les eran ventajosos. Dos batallones de *juegers*, * cuyo ataque impetuoso lo fué todavía mas por la rapidez de la pendiente, volvieron á tomar los dos pueblos, i pareció se habia abandonado á Laon por aquel lado. No obstante los franceses continuaron conservando la posesion de una parte del pueblo de

* Cazadores prusianos.

(Editor.)

Clacy. Marmont hizo en fin algunos progresos, al anochecer se encontró vivaqueando delante del enemigo, i en posesion de la parte del pueblo disputado. Pero no estaba destinado á quedarse allí hasta la salida del sol.

El dia 10, á las cuatro de la mañana, hora en la cual Bonaparte, levantándose antes de amanecer, pedia su caballo, le presentaron dos dragones desmontados que le traian la desagradable noticia, de que el enemigo habia hecho un *hourra* * sobre el ejército Marmont, le habia sorprendido en su vivaque, i le habia dividido, tomado ó dispersado toda su division; solo ellos dos habian escapado de aquel desastre para venir á anunciarle el acontecimiento. Toda la artillería del Mariscal se habia perdido, i creian que estaba muerto ó prisionero. Se enviaron oficiales á reconocer el hecho, i su informe confirmó la verdad de todos aquellos pormenores, excepto lo que concernia la situacion personal del mariscal. Se hallaba este en el camino de Reims cerca de Corbeil, ocupado en reunir los fugitivos. A pesar de aquella pérdida, i como si hubiera querido insultar la mala fortuna, renovó Napoleon el ataque en Clacy i Semilly; pero todas sus tentativas fueron infructuosas, i se decidió á renunciar á su empresa. El dia 11 se retiró de delante Laon, habiendo frustrado todos sus esfuerzos, i perdido treinta cañones i mucha gente.

Napoleon hizo alto en Soissons, i los franceses ocuparon de nuevo aquella ciudad, la cual habia evacuado Langueron cuando Blucher reconcentró su ejército.

* Voz rusa, que significa penetrar por entre el ejército enemigo. (*Editor.*)

Mientras que se hallaba en Soissons, supo Napoleon que Saint Priest emigrado frances i general al servicio de la Rusia, habia ocupado á Reims. Napoleon conoció inmediatamente que la posesion de Reims restableceria la comunicacion entre Schwartzemberg i Blucher, i neutralizaria ademas las ventajas que habia querido asegurarse haciéndose dueño de Soissons. Partió, pues, de Soissons para Reims, i despues de un ataque que duró hasta muy entrada la noche, habiendo sido herido el general ruso, se apoderó el miedo de sus tropas i evacuaron la plaza. Durante el ataque de Reims, llegó Marmont con las fuerzas que habia podido reunir despues de su derrota de Athies, i contribuyó á asegurar el feliz éxito.

Napoleon se quedó tres dias en Reims para reclutar su ejército destrozado i darle algun descanso. Le trajeron refuerzos de todos los puntos en donde era posible encontrar soldados. Jansaens, oficial holandés, dió pruebas de un raro talento militar, conduciendo al ejército que estaba en Reims, un cuerpo de cerca cuatro mil hombres, movimiento muy difícil, atendiendo á que tenia que atravesar un pais que en gran parte estaba ocupado por las tropas enemigas.

La estancia de Napoleon en Reims fué notable por haberle proporcionado los últimos medios de corresponder con sus ministros sobre los negocios públicos. Hasta entonces un auditor del consejo de estado habia tenido semanalmente el parte de los ministros al cuartel general del emperador, i en él habia recibido sus órdenes. Pero una multitud de causas imposibilitó aquella comunicacion regular durante el resto de la campaña.

Mientras que Napoleon perseguia á Blucher,

le daba batalla i experimentaba definitivamente una derrota, no eran mas dichosos sus tenientes generales en presencia del ejército grande de los aliados. El mariscal Oudinot i el general Gerard habian quedado con veinte mil hombres, sin comprender en ellos otro cuerpo de ejército á las órdenes de Macdonald, con orden de apoderarse de las alturas de Bar sur Aube, é impedir que Schwartzenberg pasase aquel rio. En su consecuencia hicieron un movimiento ácia adelante, i despues de una accion bastante viva que dejó la ciudad en su poder, se hallaron tan cerca de las tropas aliadas que todavia ocupaban los arrabales, que no pudo evitarse una batalla, i los generales franceses no tuvieron otra alternativa que la de ofrecerla ó aceptarla. Tomaron el primer partido, i alcanzaron algunas ventajas que debieron al atrevimiento de su empresa. Mas los aliados hicieron avanzar sus numerosas reservas, i pusieron en línea su tren inmenso de artilleria. Los franceses, despues de haber tomado posicion en las alturas de Vernonfait, fueron atacados i rechazados en desorden. Algunos hermosos cuerpos de artilleria que habian llegado de España, fueron destruidos. Los franceses fueron rechazados al otro lado del Aube, la ciudad de Bar del Aube fué tomada, i los generales vencidos no pudieron reunir sus fuerzas hasta Vandoeuvre, pueblo casi á mitad de camino entre Bar i Troyes.

La derrota de Oudinot i Gerard obligó al mariscal Macdonald que defendia la línea del rio por encima de Bar, á abandonar la fuerte posicion que ocupaba en la Ferté sur Aube, para retirarse sobre Troyes. Retiróse, pues, ácia Vandoeuvre. Mas, á pesar de que aquellos tres ilustres genera-

les, Macdonald, Oudinot i Gerard, hubiesen asociado sus talentos i reunido sus fuerzas, no pudieron defender á Troyes, i se vieron precisados á retirarse sobre el camino real de Paris. De este modo se estableció por segunda vez, durante aquella guerra fecunda en acontecimientos tan variados, el cuartel general de los monarcas aliados en la antigua capital de la Champaña, i su ejército grande recobró, por la victoria de Bar del Aube, todo el territorio que habia abandonado á consecuencia del exito feliz que Bonaparte obtuvo en Montereau. Este ejército amenazó por segunda vez avanzar sobre Paris, siguiendo el curso del Sena, despreciando todos los obstáculos que pudiera oponerles una débil línea que se esforzaron á defender sobre la orilla izquierda Macdonald, Oudinot i Gerard.

Mas Schwartzemberg no tuvo una confianza tan completa en su posicion, cuando supo que Napoleon habia tomado á Reims, i que en la noche del 17 habia ocupado Ney á Chalons del Marne, á la cabeza de una fuerte division. Aquella noticia hizo una fuerte impresion sobre el consejo de guerra del Austria.

A media noche se celebró un consejo para determinar los movimientos ulteriores de los aliados. Decidieronse, pues, estos á bajar al Aube, reunir su ejército en Arcis, dar una batalla á Napoleon, si consentia aceptarla; i si la rehusaba, marchar atrevidamente sobre Paris. Lo que sobretodo les decidió desde aquel instante á aproximarse de la capital lo mas pronto posible, fué la noticia que los señores Polignac trajeron al cuartel general. Hicieron una relacion animosa de los progresos que habia hecho la causa de los realistas en la me-

trópolis, i de las medidas generales que se tomaban con actividad para asociar los intereses de los Borbones, i los de todas aquellas personas, á quienes el descontento del sistema de administracion de Bonaparte, el odio á su persona, ó el temor de ser envueltos con todo el pais en su ruina cercana, hacian desear la caida del gobierno imperial. Talleyrand se hallaba á la cabeza de aquellos confederados, i todos estaban decididos á manifestarse cuando lo permitiese la proximidad de los aliados. Aquella noticia importante que venia de un manantial tan seguro, confirmó á los aliados en su resolucion de marchar ácia Paris.

Durante este tiempo, hallándose Napoleon en Reims, como llevamos dicho en los dias 15 i 16 de marzo, concibió vivas inquietudes sabiendo la pérdida de la batalla de Bar, la retirada de los mariscales mas allá del Sena, i las demostraciones del ejército grande para pasar otra vez aquel rio. Partió de Reims el 17 como hemos visto; i enviando á Ney para que se apoderase de Chalons, marchó en persona sobre Epernay con el objeto de colocarse sobre el costado derecho i la retaguardia de Schwartzenberg, en el caso de que este avanzase sobre el camino de Paris. En Epernay supo que, alarmados los aliados con sus movimientos, se habian retirado sobre Troyes, i que se hallaban en el punto de retirarse mas allá del Aube i probablemente hasta Langres. Supo tambien que los mariscales Macdonald i Oudinot habian vuelto á marchar adelante desde que los enemigos habian empezado á retirarse. Redobló su celeridad para reunirse con aquellos dos generales dotados de tan noble constancia, i remontó el Aube hasta Bar, donde contaba caer sobre Sch-

wartzenberg, no dudando que su ejército se alejase de las orillas del Aube.

Bonaparte se engañó grandemente en sus cálculos por justos que fuesen, según los informes que había recibido. Creía dirigir sus operaciones sobre la retirada de los aliados; esperaba no encontrar mas que una retaguardia en Arcis; hasta hablaba burlándose de hacer prisionero á su suegro en su retirada.

Napoleon arrojó con facilidad los cuerpos de caballeria i los tiradores que tenia delante de sí, los cuales habian dejado los aliados mas bien para reconocer su marcha, que para oponerle una seria resistencia. Atravesó el Aube en Plancey, i continuó su marcha por la orilla izquierda del rio con el cuerpo de Ney i toda su caballeria, al mismo tiempo que la infanteria de su guardia avanzaba por la derecha; hallándose así su ejército, según la espresion militar francesa, *á caballo* sobre el Aube. A su llegada habian los aliados evacuado á Arcis, i los franceses le habian ocupado en la mañana del 20 de marzo. Forma aquella ciudad la salida de una especie de desfiladero, en donde se hallan establecidos una porcion de puentes estrechos sobre una multitud de rios pequeños, de arroyos i de fosos que alimentan el Aube, sobre el cual se halla un puente en la ciudad misma. Al otro lado de Arcis hay una llanura, donde se veia maniobrar algunos escuadrones de caballeria que parecian ocuparse en hacer un reconocimiento. La caballeria francesa recibió orden de atacar las tropas ligeras de los aliados, pero fueron sostenidas al mismo tiempo por regimientos enteros i artillería, de modo que aquel ataque no fué feliz. Los escuadrones franceses fueron rechazados sobre Ar-

cis en un instante; i con motivo de los diversos obstáculos que oponian aquella ciudad i sus cercanias, tuvo la infanteria mucha dificultad en desfilar para sostenerlos. Napoleon manifestó, como lo hacia siempre en todos los casos apurados, el mismo valor heróico de que habia dado pruebas en Lodi i Brienne. Desenvainó su espada, se arrojó en medio de las filas rotas de sus soldados de caballeria, les exortó á que se acordasen de sus antiguas victorias, i detuvo al enemigo con una carga impetuosa, en la cual el emperador i los oficiales de su estado mayor, pelearon cuerpo á cuerpo á sus contrarios. La lanza de un cosaco le puso en un peligro personal; pero su edecan Girardin desvió aquel golpe dirigido contra él. Su mameluco Roustan peleó denodadamente á su lado, i recibió una gratificacion en premio de su valor. Aquellos esfuerzos desesperados dieron lugar á la infanteria para desfilar de la ciudad. Llegó la guardia imperial, i el combate se hizo muy acalorado. El número superior de los aliados les hizo acometer en todos los puntos: incendiaron la ciudad de Arcis, i solo la noche separó los combatientes, determinando los que atacaban renunciar á su ataque.

Macdonald, Oudinot i Gerard, á la cabeza de las fuerzas con las cuales habian recientemente conservado la defensiva sobre el Sena, se reunieron á Bonaparte en el curso de la noche. La cuestion importante que faltaba decidir, era saber si con aquel refuerzo arriesgaria una accion contra el ejército grande, al que todavia era muy inferior en número. Schwartzenberg, con arreglo á la última resolucion de los aliados, colocó su ejército en batalla en las alturas de Mesnil la Comtesse. Considerando Napoleon la fuerza superior del ene-

migo i la ausencia de algunos cuerpos que no habian llegado todavia, se decidió por último á no aceptar una batalla en circunstancias tan desventajosas. Empezó, pues, una retirada que por su direccion debia ser la crisis de su destino. Se retiró como habia avanzado, á lo largo de las dos orillas del Aube; i aunque perseguido i ostigado en aquel movimiento, que no pudo verificar sino atravesando Arcis i todos sus desfiladeros, fué conducida tan bien su retaguardia que casi no tuvo ninguna pérdida. »Es igualmente de notar que Bonaparte, dice un escritor, con una fuerza que no pasaba de veinte i cinco á treinta mil hombres, se haya arriesgado en semejante posicion en presencia de ochenta mil enemigos, i que se escapase de ellos impunemente.»

CAPITULO V.

RESUMEN DEL CAPITULO V.

PLANES DE BONAPARTE EN SU DIFICIL POSICION. — NAPOLEON SE DECIDE Á PASAR DETRÁS DE LA FRONTERA ORIENTAL, I ATRAVIESA EL MARNE EL 22 DE MARZO. — OJEADA SOBRE LOS ACONTECIMIENTOS QUE HUBO EN LAS CERCANIAS DE LEON, ETC. — MARCHA DE LOS ALIADOS SOBRE PARIS. — DERROTA DE LOS FRANGESES POR DIFERENTES LADOS. — MARMONT I MORTIER SE RETIRAN SOBRE LOS MUROS DE PARIS CON SUS TROPAS DESANIMADAS I DESORGANIZADAS. — HASTA QUE PUNTO PUEDE DEFENDERSE PARIS. — ESFUERZOS DE JOSÉ BONAPARTE. — LA EMPERATRIZ MARIA LUISA I LAS AUTORIDADES CIVILES DEL GOBIERNO ABANDONAN LA CAPITAL. — ATAQUE DE PARIS EL DIA 30, I DERROTA COMPLETA DE LOS FRANCESES. — DEMANDA DE UNA TREGUA; ES CONCEDIDA. — JOSÉ BONAPARTE HUYE CON TODA SU COMITIVA.

CAPITULO V.

Habiéndose manifestado la fortuna contraria á Napoleon hasta el punto de obligarle á reusar una batalla que se le habia ofrecido, i á colocarse en-

tre dos ejércitos que cada uno de ellos era mas numeroso que el suyo, era preciso que tomase una resolucion pronta i decisiva.

Las maniobras de Schwartzenberg i de Blucher tenian evidentemente por objeto reunirse entre ellos, i Bonaparte habia creido necesario retirarse en presencia del ejército de Silesia que se hallaba en Laon, i del ejército grande que estaba en Arcis. Delante de Leon podia Napoleon contar con reunirse con el ejército de Veteranos de Suchet que habia llegado de Cataluña, i hubiera estado cerca de aquella cadena de fortalezas, cuyas guarniciones eran bastante numerosas para formar un ejército, si las reunian todas.

Hacia algun tiempo que habian principiado los preparativos para organizar una fuerza semejante i poner los paisanos sobre las armas. Se habian despachado agentes fieles que llevaban órdenes cerradas en la vaina de sus cuchillos, en el collar de sus perros ó sobre su persona para instruir á los comandantes del buen placer del emperador. Muchos fueron cogidos por las tropas aliadas que bloqueaban las plazas fuertes, i ahorcados como espías; pero otros llegaron á su destino.

Parecia que Bonaparte, tanto por necesidad como por eleccion, habia preferido abrirse un paso por en medio del círculo de los cazadores que le rodeaban, con la esperanza de reforzar su ejército con las guarniciones que retiraria de las plazas fronterizas, i de los guerreros paisanos de la Alsacia i del Franco Condado; con aquellos refuerzos debia dirigirse rápidamente sobre las espaldas de los enemigos, antes que tuviesen tiempo de ejecutar ó tal vez combinar un sistema de operaciones ofensivas.

No podia dudar Napoleon, lo que el mismo habia dicho al pueblo frances, que el principal objeto de los aliados, era el de una marcha, ó como él le llamaba, un *hourra* sobre la capital. Todos los movimientos ácia delante que habian hecho Blucher ó Schwartzenberg, no tenian mas que aquel solo objeto. Mas ellos habian abandonado uniformemente aquel proyecto todas las veces que habia hecho una demostracion para impedirle; esta era la razon porque no sospechaba que podrian tomar la resolucion atrevida de marchar directamente sobre Paris, dejando á sus espaldas obrar todo el ejército frances sobre una línea de comunicacion con la Alemania. Se nota que los jugadores de agedrez que arriesgan los gambitos mas aventurados, son aquellos que menos se hallan en estado de defenderse cuando son atacados con el mismo denuedo, i que en la guerra los generales cuya táctica ordinaria i favorita, es la de avanzar i atacar, han sido con mucha frecuencia sorprendidos por un enemigo que adoptaba de improviso un sistema análogo de maniobras ofensivas. Napoleon estaba, pues, acostumbrado á ver, que sus antagonistas ponian todo su conato en precaver sus golpes, mas bien que en dárselos; no dejaba de tener razon en contar con el recuerdo de la rapidez de sus movimientos, de la energia de sus ataques i del terror de su nombre; estaba, pues, bien lejos de temer, que los aliados adoptasen un plan de operaciones que no tenia ninguna conexion con las suyas, i que en lugar de vigilar ó impedir sus movimientos detrás de su ejército los conduciria directamente á tomar posesion de su capital.

Efectuando aquel movimiento decisivo, desea-

ba vivamente el emperador apoderarse de Vitris que estaba en la línea de su marcha; pero el oficial que mandaba aquella ciudad, que tenia bajo sus órdenes una guarnicion de cinco mil hombres, i era muy intrépido, respondió negativamente á la intimacion que se le hizo. No hallándose Napoleón en disposicion de aventurar un golpe de mano sobre aquella plaza, pasó el Marne el 22 de marzo, por un puente de balsas construido en Frigincourt, desde donde continuó su marcha ácia la frontera oriental, aumentando á cada paso la distancia que le separaba de su capital i de sus enemigos á un mismo tiempo.

Durante aquel intervalo, hubo en las cercanias de Leon acontecimientos que propendian directamente á debilitar las ventajas que Napoleón podia lisonjearse obtener en la parte del sudoeste de las fronteras de Francia por el lado de Suiza, i la de animar los muchos enemigos que su gobierno tenia en Provenza, en donde los realistas habian tenido siempre un partido considerable.

Los refuerzos enviados por los Austríacos á las órdenes del general Bianchi, i los cuerpos de reserva que trajo el príncipe de Hesse Hombourg, habian restablecido su superioridad sobre el ejército de Augereau. Fué derrotado en Macon el 11 de marzo, en una batalla que habia dado para mantener su línea sobre el Saona. Lo fué segunda vez en San Jorge el 18, i se vió precisado á retirarse en gran desorden, teniendo apenas los medios de defender el Isere, retirándose á lo largo de este rio. Quedando de este modo Leon á descubierto, abrió sus puertas á Bianchi, i los ciudadanos, despues de cuanto habian oido decir de las pérdidas que habian sufrido los aliados, vieron

con sorpresa i alarma desfilan en las calles de su ciudad un cuerpo intacto de sus tropas, compuesto de sesenta mil hombres. Napoleon no estaba probablemente instruido de aquella derrota de Augereau cuando se determinó á marchar ácia la frontera, i creyó poder contar con la cooperacion del ejército de Leon.

Los aliados que en su último consejo estaban decididos á hacer la prueba decisiva de una marcha sobre Paris, no supieron desde luego como explicar la desaparicion de Napoleon, i no pudieron adivinar á donde se habia ido. Aquella circunstancia ocasionó alguna vacilacion i pérdida de tiempo. En fin interceptaron un correo frances, i los pliegos que llevaba dirigidos por Bonaparte á su gobierno de Paris, les pusieron en el caso de conjeturar el verdadero motivo i la direccion de su marcha. Una carta escrita de la propia mano del emperador á Maria Luisa, confirmó la certidumbre de aquella informacion. A pesar de aquel cambiamento inesperado de circunstancias, los aliados no insistieron menos en la resolucion osada que habian tomado ya. Para ocultar la verdadera direccion de su marcha i abrirse una comunicacion con el ejército de Silesia, trasportó Schwartzberg su cuartel general á Vitris, haciendo un movimiento de flanco, á donde llegó el 24, dos dias despues de la intimacion hecha por Napoleon á aquella ciudad. Blucher hizo al mismo tiempo avanzar su ejército desde Laon á Chalons, reorganizado entonces enteramente, despues de la sangrienta batalla que habia dado.

Por una medida previa i necesaria, se dejó al general Ducca sobre el Aube con una division de austríacos para defender sus depósitos, mantener

abiertas sus comunicaciones i vigilar por la seguridad del emperador de Austria, el cual no juzgó tal vez delicado el acercarse personalmente á Paris á mano armada, con los demas soberanos, mientras que su propia hija gobernaba aquella ciudad con el título de regenta.

Habiéndose tomado aquella medida importante, se adoptó otra no menos necesaria para engañar á Napoleon i observarle. Pusieronse diez mil hombres de caballeria escogida bajo las órdenes de los generales emprendedores Winzingerode i Czernicheff, los cuales con cincuenta piezas de artilleria debian seguir la marcha de Napoleon, impedir sus comunicaciones con los departamentos que habia dejado, interceptar los correos que venian de Paris, ó que traian informes sobre los movimientos de los ejércitos de los aliados, i presentar en toda ocasion un frente que hiciese creer á Napoleon, que su cuerpo formaba la vanguardia de todo el ejército de Schwartzenberg. Durante este tiempo las tropas ligeras rusas i prusianas barrian los caminos, é interceptaron cerca de Somme puis un convoy de artilleria i municiones que pertenecia á la retaguardia de Napoleon, quedando en su poder veinte cañones i una fuerte escolta. Igualmente detuvieron muchos correos que llevaban á Napoleon pliegos importantes de Paris. Uno de ellos era portador de noticias tan crueles que jamas pudo recibir un potentado cayendo de lo alto de su grandeza. El paquete de que estaba encargado, informaba á Napoleon del desembarco de los ingleses en Italia; de la entrada de los austríacos en Leon; de la situacion crítica de Augereau; de la declaracion de Burdeos en favor de Luis XVIII; del movimiento de Wellington sobre Tolosa; del

estado de descontento del espíritu público i de la aniquilacion de los recursos nacionales. La mayor parte de aquellas noticias eran desconocidas de los soberanos aliados i de sus generales, mas las recibieron con sensaciones bien diferentes de las que hubieran producido en el espíritu de la persona á quien los pliegos iban dirigidos.

Durante aquel tiempo, luego que Blucher conoció, que sus movimientos empezaban á ser mas libres por la marcha de Bonaparte desde Chalons á Arcis, habia vuelto á tomar la ofensiva, i habia rechazado detrás del Marne los cuerpos de Mortier i de Marmont que habian quedado delante de él para observarle. Pasó el Aisne cerca de Bery au Bac: queriendo volverse á apoderar de Reims, hizo saltar las puertas, i tomó la ciudad por asalto. Despues de haber obtenido estas ventajas, se puso en marcha sobre Chalons i Vitry. Blucher se habia dirigido hasta alli ácia el sudeste á fin de reunirse con Schwartzenberg, pero entonces recibió el rey de Prusia la órden deseada de marchar ácia el oeste, i avanzar directamente sobre Paris. El ejército grande se dirigia ácia el mismo fin, i ambos ejércitos se pusieron en movimiento en líneas correspondientes i en comunicacion el uno con el otro.

Marmont i Mortier, que se retiraban delante de Blucher ácia el Marne, tenian órden de avanzar sobre Vitri, probablemente porque aquel movimiento les habria colocado sobre las espaldas de Schwartzenberg, si hubiera abrazado el partido de alejarse de la línea del Aube como Napoleon lo esperaba.

Mientras que toda la caballeria estaba ocupada en perseguir á los mariscales, la infanteria de los aliados se aproximaba de la Ferté Champenoise,

cuando se oyó en las cercanias un fuego bien sostenido, i bien pronto se vió aparecer una columna considerable de infanteria, marchando en cuadros, perseguida i cargada muchas veces por escuadrones de caballeria, que al instante se reconoció que pertenecian al ejército de Silesia. Este cuerpo de infanteria, compuesto de cinco mil hombres, venia de Paris con un comboy considerable de provisiones i municiones. Iba á Montmirail, cuando fué descubierto i atacado por la caballeria de Blucher. Fuera de estado de poderle hacer frente, cambió de marcha, i trató de ganar la Ferté Champenoise, con la esperanza de hallar alli al emperador ó á Marmont i Mortier: tuvo de este modo la desgracia de caer en Scyla queriendo huir de Caribdis. Se componia aquel cuerpo de conscriptos i guardias nacionales que nunca habian visto el fuego. No obstante, ni el extremo á que se veian reducidos, ni su sorpresa, encontrando desde luego un ejército enemigo i despues otro, no pudieron determinar aquellos valientes jóvenes á rendirse. En fin, la artillería sonó por todas partes contra los franceses; escuadrones sobre escuadrones los cargaron á su vez; fué tomado el convoy, i toda la escolta quedó muerta, herida ó prisionera.

Los aliados continuaron de este modo avanzando ácia Paris, i las divisiones maltratadas de Mortier i Marmont, cerradas de cerca por la caballeria, perdieron una retaguardia de mil i quinientos hombres cerca de la Ferté Gaucher. En Crecy se dividieron en dos cuerpos, que se retiraron el uno sobre Meaux i el otro sobre Lagny.

Cerca de diez mil hombres de guardias nacionales hicieron un esfuerzo para detener una columna del ejército de Silesia, pero sus esperanzas

salieron completamente fallidas; el general Horne penetró al galope hasta el centro mismo de la masa de infantería francesa, é hizo prisionero con su propia mano al general que la mandaba. Cuando Blucher se aproximó á Meaux, le evacuó la guarnicion que hacia parte del ejército de Mortier, haciendo saltar un gran almacén de pólvora. Esto sucedia el 28 de marzo, i en la noche del mismo dia avanzó la vanguardia del ejército de Silesia hasta Claye, de donde desalojó una parte de las divisiones de Marmont i Mortier, despues de una accion bastante viva. Entonces se retiraron aquellos dos mariscales bajo los muros de Paris, formando sus tropas desalentadas i desorganizadas, únicas fuerzas regulares con que podia contarse para defender la capital, á excepcion de la guarnicion.

Los ejércitos aliados continuaron avanzando ácia el gran objeto de sus operaciones, dejando sin embargo á los generales Wrede i Sacken con un cuerpo de ejército de treinta mil hombres sobre la línea del Marne, para oponerse á cualquiera tentativa que pudiera hacerse para inquietar el ejército i socorrer la capital.

A la excepcion de aquel ejército que se dejó detrás para cubrirlas, todo el resto de las fuerzas aliadas avanzó en columnas por los tres caminos reales de Meaux, Lagny i Soissons, amenazando de este modo toda la parte de Paris situada al nordeste. Los príncipes aliados i sus ejércitos victoriosos tenian en fin á su vista aquella capital, cuyo soberano i sus soldados habian dominado tanto tiempo en las suyas; aquel Paris que, poco contento con su alto rango entre las ciudades europeas, habia fomentado una guerra contínua hasta que todo se sometiera á su imperio; aquella ciu-

dad orgullosa que se vanagloriaba de ser la primera, tanto en las armas como en las ciencias, de ofrecer el depósito de todo lo mas admirable que han producido las bellas artes, i de dar lecciones, tanto de gusto como de leyes, á todo el continente de Europa.

La posicion de Paris por el lado del norte, por donde se aproximaban los aliados, se halla tan fuertemente defendida como puede estarlo otra cualquiera ciudad del mundo sin fortificacion. Por lo tanto el arte habia añadido muy poco para la defensa de la ciudad, á excepcion de algunos miserables reductos que los franceses llaman *tambores*, cuyo objeto era proteger las puertas de la ciudad. Pero la línea exterior era muy fuerte, como se verá por la siguiente relacion: las alturas que rodean la ciudad por el lado del este, se elevan rapidamente sobre una grande llanura, i forman una especie de cordillera angosta i escarpada que se termina tambien con la misma rapidez del lado de la ciudad, que parece la protegen como un baluarte natural. El extremo meridional de aquella cordillera que se apoya en el bosque de Vincennes, estendiéndose al sud hasta las orillas del Marne, se llama las alturas de Belleville i de Romainville, recibiendo aquellos nombres de dos hermosos pueblos que se encuentran alli, de los cuales Billeville es el mas inmediato, i Romainville el mas distante de la capital. Estan cubiertas aquellas alturas de bosquecillos pintorescos, i adornados de un gran número de hermosas casas de campo con jardines, huertos, viñas i arboledas. Aquel sitio era en tiempos pacíficos el paseo favorito de los parisienses, á donde se iban á divertir; pero ahora iban á verse ocupados por inquilinos

bien diferentes que habian venido para celebrar otras fiestas.

El otro costado de Paris está casi indefenso, mas para atacarle, hubiera sido preciso desde luego que los aliados pasasen el Sena, como lo hicieron con éxito feliz el año siguiente; pero en aquella época en que, para lograrlo, no podia atrasarse su empresa, no tenian tiempo para hacer esta tentativa; porque era probable que Napoleon, llamado por el peligro que corria su capital, caeria sobre su retaguardia. Se vieron, pues, obligados á preferir un ataque repentino i mas arriesgado, dirigido contra el costado mas fuerte de la ciudad, al medio mas lento, aunque mas seguro, de rodear la línea formidable de defensa, cuya descripcion nos hemos encargado de hacer.

Desde que los aliados habian pasado el Rhin, tres veces se habia visto la capital de la Francia amenazada con la aparicion de tropas enemigas á veinte millas de Paris; pero siempre se habia salvado del peligro por la rapidez de los movimientos del activo Napoleon. Animados los parisienses con aquel recuerdo, tuvieron noticia por cuarta vez, pero sin alarmarse mucho, de que los cosacos se habian presentado en Meaux. Rumores sordos empezaron no obstante á inquietar los ánimos: se decia que, habiendo sufrido pérdidas de alguna consideracion las divisiones de Marmont i Mortier se retiraban sobre la capital, noticia que muy pronto se vió confirmada por el número de heridos que entraron en la ciudad con un aire de consternacion, i cuyos discursos desanimaban á todo el mundo. En seguida llegaron todas las partidas de paisanos, huyendo sin saber como delante de un enemigo, cuya bárbara rapiña habia sido por tan-

to tiempo el objeto de todas las conversaciones, trayendo consigo sus familias casi desnudas i muertas de hambre, sus yuntas, sus carros, sus ganados i la parte de sus muebles que habian podido sacar á toda priesa. Aquellos desgraciados fugitivos cubrian los baluartes de Paris, paseo ordinario de los elegantes; i con sus informes exagerados i contradictorios aumentaban todavia mas la idea terrible que ya se hacian los parisienses de la tempestad que se acercaba.

El gobierno, dirigido principalmente por José Bonaparte, á nombre de su cuñada Maria Luisa, hacia cuanto podia para alentar al pueblo, ponderando sus medios de defensa, i sosteniendo con descaro, que las tropas que se acercaban á Paris, no formaban mas que una columna aislada que casualmente habia avanzado ácia la capital, mientras que el emperador cortaba, dividia i aniquilaba la masa del ejército confederado. El domingo anterior al ataque, se pasó una gran revista de las tropas destinadas á defender la capital. Ocho mil hombres de tropas de línea que formaban la guarnicion de Paris, á las órdenes del general Girard, i treinta mil hombres de guardias nacionales, mandadas por Hullin, gobernador de la ciudad, desfilaron en buen orden en el gran patio de las Tullerías, seguidos de sus trenes de artillería, de sus cuerpos de zapadores, de sus cajones de municiones i de sus carros de bagages. Era este un espectáculo que imponia i animaba hasta que se acordasen, que aquellas tropas no estaban destinadas á hacer lejanas conquistas, como muchos centenares de miles de hombres que habian visto igualmente desfilar otras veces en aquel mismo sitio, pero que formaban la última esperanza de Paris i

que debian defender cuanto contenia con una batalla dada bajo sus muros. Los restos del cuerpo de ejército de Marmont i Mortier no hicieron parte de aquella parada. Sus batallones disminuidos i el desorden de su equipo, no eran á propósito para inspirar confianza al espíritu público. Se reunieron i colocaron en la línea de defensa, de que ya hemos hablado, fuera de las puertas de la ciudad. Mas los dos mariscales entraron en Paris, i asistieron á los consejos de José Bonaparte.

El gobierno hizo preparativos para retirarse detras del Loire, ó por lo menos por aquel lado. Maria Luisa, aunque dotada de todas las virtudes domésticas, no tenia el valor de una amazona. Por una parte su situacion era penosa en una guerra entre su padre i su marido; por otra obedecia i probablemente de buena gana, á las órdenes que la habia dado Napoleon de alejarse de la capital si el peligro era inminente; en consecuencia salió de Paris con su hijo; el jóven Napoleon manifestó, segun dicen, una repugnancia por aquella salida, la cual en un niño parecia ser de mal agüero. Casi todas las autoridades civiles del gobierno de Bonaparte abandonaron la metrópoli á un mismo tiempo, despues de haber destruido los registros particulares de la alta policia, i se llevaron consigo las joyas de la corona i una gran parte del tesoro público. Se quedó José Bonaparte, i guardó con él á Cambaceres, segun dicen, un poco contra la inclinacion de aquel gran funcionario, archicanciller del imperio. Hechos aquellos arreglos, publicó José por la madrugada del 29, una proclama asegurando á los ciudadanos de Paris que se quedaria con ellos. »En ella hablaba de los enemigos, como una columna separada del

ejército que venia de Meaux, i exhortó á los parisienses á conservar el honor del nombre frances con una corta i viva resistencia hasta que llegase el emperador, que declaró se hallaba en camino para venir á su socorro.”

El siguiente dia entre tres i cuatro de la mañana, los tambores tocaron llamada, i se reunió la guardia nacional.

Eran cerca de las ocho cuando los parisienses, á quienes la inquietud habia reunido en tropel en las puertas de san Dionisio i de Vincennes, salidas de Paris que correspondian con dos puntos principales de la línea, se apercibieron, por la fusileria que resonaba en sus oidos como las gruesas gotas de lluvia que preceden una tempestad, que habia ya principiado la obra de destruccion. Poco despues, por el lado de Belleville, un fuego de peloton i el estruendo sostenido de la artilleria anunciaron que la accion se habia hecho general en aquella parte de la línea.

Las baterias francesas dirigieron contra los aliados en toda la línea un fuego sostenido. Muchas estaban servidas por los alumnos de la escuela politécnica, jóvenes de doce á diez i seis años que manifestaron la mayor actividad i el valor mas arrojado. La infanteria francesa, formada en columna, se precipitaba de las alturas cada vez que encontraba ocasion de detener los progresos de los aliados. Cada vez era rechazada por los rusos, i cada nueva tentativa daba lugar á nuevos combates, i cubria la tierra de mayor número de muertos, al paso que habia continuas escaramuzas entre los tiradores dispersados en los bosquecillos, en las viñas i en los jardines de las casas de campo situadas en aquellas alturas. En fin, por orden

de Barclay de Tolly , general en jefe de los rusos, se suspendió el ataque de las alturas hasta que las operaciones de los aliados en los demas puntos permitiesen renovarle con menos riesgo. Se volvieron á llamar i formar en filas los regimientos rusos que se habian dispersado para obrar como tiradores ; parece que los franceses aprovecharon aquella ocasion para apoderarse del pueblo de Pantin , i tomar en aquel combate una superioridad momentánea.

A eso de las once Blucher habiéndose contentado con observar i bloquear un cuerpo de tropas francesas que ocupaba la pequeña ciudad de San Dionisio , hizo marchar las columnas del general Langeron contra el pueblo de Aubervilliers , i habiendo triunfado de la resistencia tenaz que encontró , les hizo avanzar por el camino de Clichy contra la extremidad de las alturas de Montmartre , mientras que las divisiones de Kleist i de York avanzaban para atacar de frente los pueblos de Pantin i de la Villette , i sostenian de este modo el ataque del centro i de la derecha de los franceses. Los defensores de Paris fuertemente atrincherados i protegidos por excelentes baterias, opusieron la resistencia mas formidable ; i como el terreno era desigual é impracticable para la caballeria , fueron muy maltratadas las columnas que les atacaron.

En fin , despues de un combate obstinado por ambas partes, fué tomado el pueblo de Charonne, á la extremidad derecha de las alturas , i toda la línea de defensa ocupada por el ala derecha de los franceses , cayó en poder de los aliados. Su caballeria ligera principió á penetrar desde Vincennes hasta las puertas de Paris , i la punteria de sus cañones i morteros colocados sobre las alturas se volvió contra la ciudad , i despues consiguieron ar-

rojar sobre la ciudad el centro de los franceses. Durante este tiempo el ala derecha del ejército de Silesia se acercaba hasta el pie de la altura de Montmartre, i el cuerpo del conde Langeron se preparaba para asaltar aquel último puesto que se defendía todavía, cuando se vió parecer una bandera parlamentaria para pedir que cesasen las hostilidades.

Parece que José Bonaparte se habia presentado por la mañana á los defensores de la ciudad, recorriendo todas las filas acompañado de su estado mayor, i reiterando á todos los cuerpos que tomaban parte en la accion, la seguridad de que viviria i moriria con ellos. Hay motivo para pensar, que sino creia precisamente que preparativos de ataque tan extensos fuesen hechos por una sola division de los aliados, á lo menos se imaginaba no tener que hacer mas que con uno de sus dos ejércitos, i no con la totalidad de sus fuerzas reunidas. Fué desengañado por un individuo llamado Peyre, el cual, segun unos, era oficial de ingenieros agregado al estado mayor del gobernador de Paris, i segun otros, inspector del cuerpo de pomperos de aquella ciudad. Parece que Peyre habia caido la noche anterior entre las manos de una partida de cosacos, i por la mañana habia sido conducido en presencia del emperador Alejandro que se hallaba en Bondy. En el camino habia tenido ocasion de poder calcular la fuerza inmensa de los ejércitos que se hallaban entonces sobre los muros de Paris. El emperador Alejandro se valió de aquel oficial para hacer conocer la intencion de los soberanos aliados de conceder condiciones favorables á la ciudad de Paris, con tal que capitulase antes de forzar sus puertas, i le advirtió que si prolongaban la defensa mas de

aquel tiempo, no dependeria ya de él, ni del rey de Prusia, ni de sus generales el impedir la destruccion total de aquella ciudad.

M. Peyre, elevado de este modo al grado de comisario ó de enviado de las cabezas coronadas, fué puesto en libertad, i llegó á las líneas francesas, no sin riesgo i dificultad, en medio de un fuego que se cruzaba por todas partes. Fué conducido á José, á quien dió parte de su mensaje, i le presentó las proclamas dirigidas á la ciudad de Paris que el emperador Alejandro le habia entregado. José vaciló, tan pronto inclinándose á capitular, tan pronto volviendo á tomar ánimo i determinándose á correr la suerte de las armas. Quedó en aquel estado de irresolucion, i la sangre corria á su alrededor hasta cerca del medio dia. Entonces las columnas enemigas amenazaban atacar á Montmartre, i pasando por encima de su cabeza en el sitio donde estaba con su estado mayor las balas i bombas de las baterias que habian establecido para favorecer aquella empresa, envió Peyre al mariscal Marmont que hacia las funciones de general en jefe, para llevarle la autorizacion de pedir una cesacion de hostilidades. En el mismo instante huyó José con toda su comitiva, abandonando asi las tropas que habia empeñado en una resistencia sangrienta i sin esperanza, cuyos riesgos habia solememente prometido partir con ellas. Marmont, Moncey i los demas generales que mandaban la defensa, vieron entonces, que ya no les quedaba ningun medio de continuarla con éxito feliz; estaba tomada toda la línea, á excepcion solamente del puesto de Montmartre que estaba rodeado, i al cual iba á darse el asalto de frente i por ambos costados. El príncipe real de Wur-

temberg habia ocupado Charenton, i por este medio era dueño del puente de Sena; marchando desde alli á Paris por el camino real, sus puestos avanzados hacian ya escaramuzas en la puerta llamada del trono.

En tan críticas circunstancias el mariscal Marmont envió una bandera parlamentaria al general Barclay de Tolly para pedirle una suspension de armas, á fin de convenir en las condiciones de la rendicion de Paris. Fué concedido el armisticio, con la condicion de que se entregaria á los aliados el pueblo de Montmartre, único punto susceptible de defensa en la línea que todavia ocupaban los franceses. Se nombraron comisarios por ambas partes para arreglar las condiciones de la rendicion de la ciudad.

La discusion fué muy corta. Las tropas regladas francesas tuvieron el permiso de alejarse libremente de Paris, i el dia siguiente debia entregarse la metrópoli á los soberanos aliados, á cuya generosidad estaba recomendada.

De este modo se concluyó el ataque de Paris, despues de una batalla sangrienta, en la cual perdieron los defensores mas de cuatro mil hombres entre muertos i heridos, i mas del doble los aliados que tenian que forzar reductos, trincheras i baterias bien defendidas. Quedaron dueños de la línea en todos los puntos, i tomaron unos cien cañones. Cuando vino la noche, los fuegos multiplicados que coronaban toda aquella línea de alturas sobre las cuales vivaqueaban entonces los vencedores, anunciaron á los habitantes aturridos de la metrópoli de la Francia, cuan numerosos i poderosos eran los ejércitos, entre cuyas manos acababa de ponerlos la suerte de la guerra.

CAPITULO VI.

RESUMEN DEL CAPITULO VI.

ESTADO DE LOS PARTIDOS EN PARIS. — MISION DE LOS REALISTAS Á LOS SOBERANOS ALIADOS. — SU RESPUESTA. — ESFUERZOS DE LOS BONAPARTISTAS. — SENTIMIENTOS DE LAS CLASES MAS BAJA I MEDIANA DE PARIS. — FUERZA I CONFIANZA CRECIENTE DE LOS REALISTAS. — TROPEL DE GENTES QUE SE REUNEN EN LOS BALUARTES PARA VER ENTRAR LOS ALIADOS. — INCONSTANCIA DEL CARÁCTER FRANCES. — SON RECIBIDOS LOS ALIADOS CON ACLAMACIONES DE ALEGRIA.

CAPITULO VI.

Se habia dado i ganado la batalla, pero aun quedaba una gran cuestion, i muy dudosa; cual era la de saber de que modo se aprovecharia de aquella victoria para que produjese resultados mas importantes, que los que se siguen ordinariamente á una simple ocupacion militar de la capital de un enemigo.

Mientras descansaban la mayor parte de los habitantes, aniquilados con las fatigas i las inquietudes,

tudes de aquella jornada, se celebraron en la ciudad de Paris, durante la noche siguiente del ataque, muchos conciliábulos secretos animados por diferentes principios. Los unos, aun entonces mismo, se esforzaban todavía para reorganizar medios de resistencia; los otros trataban de encontrar lo que la política moderna llamaba un *mezzo término*, algun medio entre el riesgo de sostener á Napoleon, i el de volver á llamar la familia desgraciada.

En fin, en una junta particular de los principales realistas, entre los cuales figuraban los nombres ilustres de los Rohan, La-Rochefoucault, Montmoreney i Noailles, se resolvió enviar una diputacion á los soberanos aliados para conocer sus intenciones si era posible. M. Deuhet encargado de aquella mision, la ejecutó corriendo los mayores riesgos, i volvió á Paris con la respuesta de que los aliados habian resuelto evitar toda apariencia de querer dictar leyes á la Francia sobre el género de su gobierno, i la eleccion de la familia que debia ocupar el trono; que con mucho gusto i alegria reconocerian á los Borbones, pero que no podia ser sino de resultas de una declaracion pública en su favor. M. Douhet trajo al mismo tiempo una proclama de los aliados, firmada por Schwartzenberg, la cual, sin pronunciar el nombre de los Borbones, se habia hecho para favorecer poderosamente su causa. Se declaraba en ella las disposiciones amistosas de los aliados respecto á la Francia, i se presentaba el poder del gobierno que por entonces oprimia aquel pais, como el único obstáculo para hacer la paz. Decian en ella los soberanos aliados, que no deseaban mas que ver en Francia un gobierno saludable que cimentase la union amistosa de todas las naciones.

Pertenecia á la ciudad de Paris proclamar su opinion i acelerar la paz del mundo.

Apoyados los realistas con aquel documento importante que hacia ver á las claras los deseos secretos de los aliados, resolvieron hacer un esfuerzo en la mañana del 31 de marzo. Su primer proyecto era tomar las armas i reunirse en número de quinientos nobles; pero renunciando prudentemente á aquel plan, se decidieron á alejar toda apariencia de fuerza, i no emplear con los ciudadanos sino medios de persuasion.

Durante aquel tiempo, no estaban quietos los amigos del gobierno imperial. La conducta de las clases bajas durante la batalla sobre las alturas, habia tomado un carácter alarmante. Durante algun tiempo, habian oido el trueno lejano del combate con una suerte de terror estúpido; habian visto con un asombro pasivo la marcha acelerada de las tropas que se apresuraban á ir á reforzar las líneas. Mas en fin las numerosas reñiones que se formaban en los baluartes i sobre todo en las calles inmediatas al palacio real, tomaron una apariencia mas activa. Empezóse á ver salir de los arrabales i de los barrios oscuros aquellos miembros degradados de la sociedad, cuyas labores mercenarias no encuentran descanso sino en la francachela grosera, invisibles las mas veces á las clases mas respetables de la sociedad, pero que los hacen aparecer en los tiempos de agitacion i de calamidad pública para aumentar la confusion i el terror general. Aquellos seres oscuros se reúnen en los momentos de peligro público, como lo hacen, segun dicen, los pájaros de mal agüero i los reptíles dañosos al principio de un uracan en los trópicos; i sus conciudadanos ven, con tanto

disgusto como terror, unas fisonomias que les son tan desconocidas, como si aquellos seres hubieran salido de un pais lejano i salvaje.

Una gran parte de Paris se compone de esta clase de habitantes peligrosos, como sucede en todas las grandes capitales. Las reuniones frenéticas de semejantes hombres, eran las que habian excitado i ejecutado los principales horrores de la revolucion, i aquellos mismos seres parecian entonces decididos á señalar el fin de ella con la destruccion de la metrópoli. La mayor parte de aquellos bandidos estaban sometidos á la influencia de Bonaparte i sus agentes, empleaban aunque en vano diversos artificios para estimularlos.

Sin embargo la situacion de la capital seguia en el mismo estado de fermentacion, i manifestando el pueblo alternativamente síntomas de terror pánico, de furor i desesperacion. Pidió pues, armas, se hizo una distribucion parcial, i no hay duda ninguna de que si Napoleon hubiese llegado en aquel momento de crisis, hubiera habido una batalla sangrienta, de cuyas resultas, habria Paris sufrido probablemente la misma suerte que Moscou. Pero cuando cesó de oirse el cañon, cuando fueron conocidas del público la huida de José i la capitulacion de la ciudad, cesó repentinamente el conflicto tumultuoso de las pasiones; sucedió el silencio, i la calma impasible é imperturbable de la guardia nacional, mantuvo una tranquilidad perfecta en la metrópoli.

En la mañana del 31, se vieron grupos de realistas que se reunian en la plaza de Luis XV, en el jardin de Tullerias, en los baluartes i en otros parages públicos, en donde distribuian las proclamas de los aliados, i hacian oir el grito tan-

to tiempo hacía olvidado de ; *viva el rey!* Desde luego, los que habían tomado parte en aquella empresa fueron los únicos que osaron repetir una señal tan arriesgada; pero poco á poco se aumentó el gentío, los gefes montaron á caballo, i distribuyeron escarapelas blancas, flores de lis i otros emblemas de la dignidad real, desplegando al mismo tiempo banderas hechas con sus pañuelos. Les apoyaron las señoras de su partido; la princesa de Leon, la vizcondesa de Chateaubriand, la condesa de Choiseul i otras señoras de alto rango, se manifestaron entre la muchedumbre, repartieron con profusion los emblemas de la antigua dinastia, é hicieron pedazos sus vestidos para hacer escarapelas blancas, cuando consumieron las que llevaban. En un momento se disipó la tendencia á la discordia, i la atencion de los parisienses de todas las clases se fijó en el espectáculo imponente i terrible de los aliados que principiaban á entrar en la ciudad.

Los soberanos aliados habían recibido de antemano los magistrados de Paris en el pueblo de Pantin, i Alejandro se había explicado en términos todavía mas claros que los de su proclama. Decía que hacía la guerra á Napoleon solo; á un hombre que había sido su amigo, pero que había abjurado aquel título para ser su enemigo i hacer experimentar grandes males á su imperio: que por lo tanto no venía con la intencion de usar de represalias, sino para concluir una paz sólida con el gobierno que adoptase la Francia. »Estoy en paz con la Francia, dijo el emperador, solo hago la guerra á Napoleon.»

Los habitantes de Paris, á quienes se había acostumbrado á mirar al príncipe ruso como un

enemigo bárbaro i vengativo, recibieron aquellas espresiones benévolas con mucha mas gratitud. Todos los que no estaban unidos á la dinastia de Napoleon con vínculos particulares, empezaron á mirar la restauracion, como un puerto que se abria impensadamente á un navio batido por una peligrosa tempestad.

Un gentío inmenso cubria los baluartes, gran paseo abierto al público, i que bajo diferentes nombres dá vuelta á toda la ciudad. Cada uno queria ver entrar los soberanos aliados i sus ejércitos, á quienes aquel pueblo inconstante, despues de un intervalo de veinte i cuatro horas, estaba dispuesto á mirar como amigos, mas bien que como enemigos; curiosidad que acabó por cambiarse en entusiasmo por la persona de aquellos príncipes, contra quienes la víspera se habia dado una batalla sangrienta bajo los muros de Paris, cuya triste prueba presentaban los cadáveres de los que habian sucumbido por ambas partes.

Antes que los monarcas llegasen á las puertas de san Martin para volver sobre el baluarte, fué realmente imposible continuar su camino. Todo Paris parecia reunido en un solo punto; un solo resorte dirigia evidentemente todos los movimientos. Se apretaban al rededor de los monarcas, gritando unánimemente: *¡viva el emperador Alejandro!* *¡viva el rey de Prusia!* Cuyos gritos se mezclaron con las aclamaciones realistas de *¡viva el rey!* *¡viva Luis XVIII!* *¡vivan los Borbones!* Podian aplicarse á aquella unanimidad inesperada las palabras de la escritura, citadas por Clarendon en una ocasion semejante: Dios habia preparado al pueblo, porque esto se hizo súbitamente. La marcha duró muchas horas, i durante este tiempo,

desfilaron cincuenta mil hombres de tropas escogidas del ejército grande i del de Silesia á lo largo de los baluartes, en anchas i profundas columnas, presentando como un bosque de bayonetas, interpoladas de largos trenes de artilleria, i precedidas por numerosos regimientos de caballeria de todas armas. Despues de haber dado la vuelta á la mitad de Paris por los baluartes interiores de aquella ciudad, se detuvieron los monarcas en los campos Elíseos, i pasaron revista á sus tropas antes de acuartelarse en la ciudad. Los cosacos de la guardia establecieron su bivaque en los campos Elíseos, que pueden llamarse el Hyde Park de Paris, i que de este modo se convirtieron en un campo de Escitas.

CAPITULO VII.

RESUMEN DEL CAPITULO VII.

TEMORES DE LOS PARISIENSES. — SABE NAPOLEON LA DISOLUCION DEL CONGRESO DE CHATILLON. — OPERACIONES DE LA CABALLERIA FRANCESA SOBRE LAS ESPALDAS DE LOS ALIADOS. — PRISION DEL BARON AUSTRIACO WESSEMBERG. — EL EMPERADOR DE AUSTRIA SE HALLA CASI SOBREPENDIDO. — NAPOLEON MARCHA Á TODA PRISA SOBRE PARIS, I LLEGA Á TROYES EL 29 DE MARZO POR LA NOCHE. — NAPOLEON ABANDONA Á TROYES EL DIA 30. — TOMA DESPUES LA RESOLUCION DE IR Á PARIS, PERO EN FIN SE DEJA DISUADIR. — DESPACHA CAULAINCOURT Á PARIS PARA QUE ALLI RECIBA LAS CONDICIONES DE LOS SOBERANOS ALIADOS. — SE VUELVE Á FONTAINEBLEAU.

CAPITULO VII.

Cuando empezó á calmarse el entusiasmo que habia acompañado la entrada de los aliados en Paris, i que de un dia de humillacion habia hecho un dia de fiesta i regocijo, se presentó una cuestion delicada al espíritu de los que de un golpe se

hallaban envueltos en una nueva revolucion: ¿donde estaba Napoleon? ¿que se habia hecho su ejército? ¿que medios poseia todavia su espíritu activo i emprendedor para restablecer sus negocios i vengarse de su capital sublevada? Aquel genio maléfico i terrible que por tanto tiempo les habia perseguido en sus sueños, i que con razon se habia llamado la pesadilla de Europa, no estaba aun conjurado, aunque su influencia se ejercia en otra parte en aquel momento. Cada uno temblaba con la sola idea de su vuelta á la cabeza de todas sus fuerzas aumentadas, sea con el ejército de Augereau, sea con las guarniciones sacadas de las plazas fuertes. Pero eran infundados aquellos temores, porque, aunque Napoleon no estaba muy lejos, eran todos muy limitados sus medios de venganza. Vamos á seguir su marcha, desde su movimiento al este, desde las cercanias de Vitry sobre san Dizier, movimiento que habia facilitado la reunion de los dos ejércitos de los aliados.

Alli le encontró Caulaincourt que venia á traerle la noticia de la disolucion del congreso de Chatillon, añadiendo que no habia recibido las instrucciones que le habia enviado el emperador desde Reims, sino despues de la salida de los diplomáticos. Tampoco habian llegado á sus manos las que en seguida le habia mandado el conde Frochot.

Durante aquel tiempo, principiaba la caballeria de Napoleon las operaciones que habia meditado contra la retaguardia de los aliados, i cogió prisioneros algunos sugetos de importancia que viajaban con toda seguridad, segun creian entre Troyes i Dijon. De este número fué el baron de Wessemsberg que habia sido mucho tiempo el en-

viado de la corte de Austria cerca de la de Londres. El mismo emperador Francisco fué casi sorprendido por las tropas ligeras francesas. Se vió precisado á escaparse en un *droski*, especie de coche ruso, sin mas acompañamiento que dos criados de Bar del Aube á Chatillon, desde donde se retiró á Dijon. Napoleon manifestó toda la política posible á su prisionero Wesselberg, i le despachó al emperador de Austria para solicitar todavía una vez su intervencion en favor suyo.

En 24 de marzo hizo Napoleon alto en Doulevant para concentrar sus fuerzas i adquirir noticias. Pasó allí tambien el 25, i se ocupó en consultar sus mapas i dictar instrucciones para Caulaincourt, al cual autorizaba para hacer todas las concesiones posibles. Pero se habia pasado el momento favorable. En la mañana del 26, se despertó Napoleon con la noticia de que los aliados habian atacado su retaguardia mandada por Macdonald, cerca de San Dizier. Partió inmediatamente para sostener al mariscal, deduciendo de aquel ataque, que su proyecto habia tenido buen resultado, i que su retirada al este habia atraído en su seguimiento el ejército grande de los aliados. Estos no opusieron á Napoleon mas que una caballeria numerosa i artilleria ligera, pero ninguna infanteria; Napoleon mandó dar una carga que surtió buen efecto, i los aliados retrocedieron despues de una pequeña resistencia. Entonces supo por los prisioneros que no se habia batido con las tropas de Schwartzenberg, sino con las de Blucher. Esta era una noticia estraña. Habia dejado á Blucher, amenazando á Meaux, i entonces encontraba su ejército en las fronteras de la Lorena.

Con motivo de haber hecho Napoleon un re-

conocimiento el dia 27 al oeste hasta el Vitry, quedó enterado del verdadero estado de las cosas: Recibió despues un pequeño billete en números del director general de Postas La Vallette, primera noticia oficial que llegaba á sus manos de la capital despues de diez dias. »Los partidarios del extranjero, animados con lo que pasa en Burdeos, levantan la cabeza, decia aquel papel; manejos secretos los apoyan. Es necesaria la presencia de Napoleon, si quiere impedir que su capital se entregue al enemigo. No hay que perder un instante.» En consecuencia precipitó su marcha el ejército.

En el puente de Doulencourt, sobre las orillas del Aube, recibió el emperador pliegos que le informaban, que de un momento á otro se esperaba atacasen á Paris. Napoleon encargó á su edecan Dejean, que fuese á aquella ciudad con toda velocidad para esparcir la noticia de su próxima llegada. Le entregó dos boletines pintando con colores extravagantes una victoria fingida alcanzada en Arcis, i la escaramuza de San Dizier. Entonces marchó sobre Troyes, donde llegó la misma tarde del 29 de marzo; habiendo andado la guardia imperial quince leguas en un dia. El dia 30 dió Macdonald á Berthier su opinion tan sana como admirable, concebida en los términos siguientes. »Es demasiado tarde para socorrer á Paris, dijo, á lo menos por el camino que seguimos; nos hallamos á cincuenta leguas; es necesario por lo menos hacer cuatro jornadas forzadas; i ¿en qué estado llegará probablemente el ejército para pelear? porque, despues de haber abandonado á Aube del Seine, ya no tenemos depósitos ni almacenes. Hallándose ayer los aliados en Meaux, deben haber

adelantado ya sus guardias avanzadas hasta las puertas. No hay motivo para esperar que los cuerpos reunidos de los duques de Treviso i de Ragusa puedan detenerlos el tiempo suficiente para permitirnos llegar. Por otra parte, á nuestra llegada no dejarán los aliados de defender el paso del Marne. Soy, pues, de opinion que si Paris cae en poder del enemigo, el emperador dirija su retirada sobre Sens, para reunir nuestras fuerzas con las de Augereau, i que despues de haber dado descanso á nuestras tropas, dé batalla al enemigo en un terreno escogido. Si la providencia ha fijado nuestra última hora, moriremos á lo menos con honor, en lugar de ser dispersados, robados, hechos prisioneros i destrozados por los cosacos." Las inquietudes de Napoleon sobre el destino de su capital, no le permitieron seguir esta opinion, aunque parece era la mas segura para ponerle en estado ya fuese de arreglarse con los aliados, ó de continuar una guerra formidable sobre sus espaldas.

Desde Troyes envió Napoleon á Paris otro edecan, el general Girardin, con la orden, segun dicen, de defender la ciudad hasta el último extremo i á todo evento; pero considerando los males incalculables que traia consigo la ejecucion de semejante orden, es una acusacion que no debe creerse sin mejores pruebas, que las que nos hemos procurado.

El 30 de marzo salió Napoleon de Troyes, i no encontrando en el camino ningun enemigo, se metió en una silla de posta, i precedió á su ejército al galope, seguido de una pequeña escolta. Habiendo llegado de este modo á Villeneuve del Arzobispo, se fué á caballo á Fontainebleau, i á

pesar de que era de noche, partió de allí en coche para París, acompañado de Berthier i Caulaincourt. Llegando á una posada llamada *la Corte de Francia*, á algunas millas de la capital, tuvo demasiadas pruebas de su cambio de fortuna, encontrando al general Belliard i su caballería. Entonces le fué anunciada la noticia fatal.

Arrojándose del coche, se volvió Napoleon ácia Belliard, gritando: «¿Qué quiere decir esto? ¿Por qué estais aqui con vuestra caballería, Belliard? ¿Donde están los enemigos?—A las puertas de París.—¿I el ejército?—Detras de mi.—¿Donde están mi muger i mi hijo? ¿Donde Marmont? ¿Donde Morthier?—La emperatriz ha salido para Rambouillet, i de allí para Orleans. Los mariscales están ocupados en concluir sus tratados en París.» Entonces le dió los pormenores de la batalla; i Napoleon quiso volver á partir para París. Ya habian hecho casi milla i media, i continuó la misma conversacion.

El general Belliard le recordó que no habia tropas ningunas en París, i añadió algunas observaciones oportunas i prudentes, de las cuales se desentendió Napoleon.

Berthier i Caulaincourt reunieron sus esfuerzos para quitar al emperador de la cabeza la resolucion de ir á París. No cesaba de pedir su coche. Caulaincourt dijo que venia, pero no llegó. Napoleon continuó andando con paso desigual i precipitado, haciendo preguntas sobre lo que ya se le habia explicado.

Siguiendo la conversacion, se hallaban á una milla mas allá de la Corte de Francia, cuando encontraron un cuerpo de infantería á las órdenes del general Curial. Napoleon le pidió noticias del

duque de Treviso, á cuyo cuerpo pertenecia, i le respondió que todavia estaba en Paris.

Entonces fué cuando Napoleon se decidió al cabo á volver atras, á causa de las representaciones enérgicas de sus oficiales, quienes veian que yendo á Paris corria á la muerte ó al cautiverio. Habiendo abandonado la inflexible resolucion que le hubiera conducido á aquella ciudad á todo riesgo, parece que consideró su suerte como decidida, ó por lo menos aflojó mucho de la firmeza que antes habia opuesto á su mala fortuna.

Se volvió á la Corte de Francia, i mandó que dispusiesen las tropas á medida que fuesen llegando, sobre las alturas de Longjumeau, detrás del pequeño rio de Essonne. Deseando al mismo tiempo renovar la negociacion por la paz que algunas ventajas efimeras le habian hecho romper en Chatillon, envió Napoleon á Caulaincourt á Paris, no para negociar, sino para saber i aceptar las condiciones que los soberanos aliados quisiesen imponerle. En aquella misma noche se volvió á Fontainebleau, donde se instaló no en las grandes habitaciones, sino en una pieza particular i mas retirada. De todos los acontecimientos estraños que habian pasado en aquel antiguo i venerable palacio, iba á ser testigo del mas extraordinario de todos ellos.

CAPITULO VIII.

RÉSUMEN DEL CAPITULO VIII.

LOS SOBERANOS ALIADOS ANUNCIAN EN UNA PROCLAMA QUE NO TRATARAN CON BONAPARTE. — EL SENADO CONSERVADOR NOMBRA UN GOBIERNO PROVISIONAL, I DÁ UN DECRETO PRONUNCIANDO LA DEPOSICION DE NAPOLEON. — SE SANCIONA AQUEL DECRETO POR LAS DECLARACIONES DE TODAS LAS AUTORIDADES CONSTITUIDAS DE PARIS. — EL 24 DE ABRIL FIRMA BONAPARTE SU ABDICACION AL TRONO DE FRANCIA. — AGITACION QUE EXPERIMENTA DESPUES, I DESEO QUE MANIFIESTA DE CONTINUAR LA GUERRA. — ENVIA DEFINITIVAMENTE EL ACTO DE SU ABDICACION.

CAPITULO VIII.

Mientras que Napoleon solo respiraba el deseo de recobrar por la guerra, lo que la guerra le habia quitado, ó por lo menos hacer una paz que le dejase á la cabeza del gobierno de la Francia, los acontecimientos políticos que pasaban en Paris, propendian directamente á destruir su poder.

Sus grandes talentos militares i la extrema inflexibilidad de su carácter, habian arraigado profundamente en el espíritu de los monarcas aliados la idea de que no podria haber en Europa una paz duradera mientras él estuviese á la cabeza de la nacion francesa.

Cuando Caulaincourt, pues, llegó á Paris, de parte de su amo, con los plenos poderes de suscribir á todas las peticiones hechas por los aliados, no se le negó positivamente la audiencia, pero antes de admitirse á una conferencia con el emperador Alejandro, á quien estaba encargado de dirigirse, habian los aliados hecho arreglos que no les permitian ya tratar con Napoleon.

Despues de la entrada triunfal de los soberanos aliados en Paris, paró el emperador de Rusia en el palacio de Talleyrand. Apénas se habia apeado, cuando se presentaron los principales realistas i los que habian obrado de acuerdo con ellos, para pedirle una audiencia. Ademas del emperador Alejandro, estaban presentes el rey de Prusia i el príncipe Schwartzemberg, el general Pozzo di Borgo, Nesselrode, Lichtenstein, el duque Dalberg, el baron Luis, el abate de Pradt i otros. Tres puntos se pusieron en cuestion: 1º la posibilidad de una paz con Napoleon, dando las garantias suficientes; 2º el plan de la regencia; 3º la restauracion de los Borbones.

La primera proposicion pareció inadmisibile; la segunda se discutió con mucha atencion. Se hizo valer sobre todo, ó se supone, que los franceses miraban con indiferencia la causa de los Borbones; que los monarcas aliados no verian ninguna señal que indicase, que el pueblo frances se acordase de ellos, i que con particularidad el ejército pa-

recia serles contrario. Se invocó el testimonio reunido de los nobles franceses presentes en aquella conferencia para rechazar aquellas dudas; por último se decidió adoptar como condiciones para la paz la tercera proposición, es decir, la restauración de la familia real, i el restablecimiento de los antiguos límites de la Francia. Los soberanos hicieron inmediatamente circular una proclama para hacer conocer la determinación de no tratar ni con Bonaparte, ni con ningún miembro de su familia.

Pero eran necesarias pruebas más formales, i algunas medidas bajo una forma legal, para probar que los deseos del pueblo francés llamaban igualmente aquel cambio propuesto de gobierno. El cuerpo del estado que naturalmente hubiera debido tomar la iniciativa en un asunto de tanta importancia, era el cuerpo legislativo, al cual la constitución de Napoleón le atribuía algún derecho estensible de intervención en los peligros extremos. Pero el emperador había estado tan lejos de reconocer prácticamente la existencia de aquel derecho, que, en cuanto aquella asamblea se permitió dirigirle una representación, aunque concebida en los términos más respetuosos, suspendió sus funciones, i llamó á sus individuos ante su trono para darles una reprobación, diciéndoles, que no eran ellos, sino solo él el representante del pueblo; que no podía apelarse de su voluntad; i que, excepto él, ningún cuerpo tenía poder ni influencia en el estado. Hallándose, pues, prorrogado i disperso el cuerpo legislativo, no podía tomar la iniciativa en aquel momento.

El genio fértil de Talleyrand buscó un órgano de la opinión pública, donde nadie habría pensado encontrarle, en el senado conservador, cuyos in-

individuos habian sido por tanto tiempo los instrumentos de los proyectos mas extravagantes de Bonaparte, i los ecos de sus mas despóticos decretos; en aquel cuerpo, del cual él mismo habia dicho, con tanta verdad como ironia, que ponía mas celo en abandonar los derechos de la nacion, que él mismo en pedir su sacrificio. No obstante, cuando aquel senado convocado por Talleyrand, que sabia muy bien con quien tenia que habérselas, se hubo reunido en número de sesenta i seis individuos que formaban la mayoria, nombró inmediatamente i sin vacilar un gobierno provisional, compuesto de Talleyrand, Beurnonville, Jaucourt, Dalberg i el abate de Montesquieu, hombres recomendables por sus talentos i moderacion, i cuyos nombres reconocidos en la revolucion, podian al mismo tiempo servir de garantia á los que temian por la restauracion de la antigua estirpe de los reyes.

El 2 i 3 de abril se cortó el árbol por las raíces. El senado publicó el decreto siguiente que decia; 1º que Napoleon Bonaparte habia, durante algun tiempo de un gobierno firme i prudente, dado á la nacion motivos para contar en lo sucesivo con actos de sabiduria i de justicia; pero que en seguida ha quebrantado el pacto que le unia con el pueblo frances, principalmente echando contribuciones i estableciendo cuotas sin valerse de la ley, contra el tenor espreso del juramento de su coronacion: 2º que ha suspendido sin necesidad el cuerpo legislativo, i suprimido como criminal un informe de aquel cuerpo, al cual disputaba su título i su derecho á la representación nacional; 3º que ha dado inconstitucionalmente muchos decretos que imponian pena de muerte, con especialidad los dos decretos de 5 de marzo últi-

mo, propendiendo á hacer considerar como nacional, una guerra que no cabia mas que en el interes de su ambicion desmedida; 4º que ha violado la constitucion por sus decretos sobre las prisiones de estado; 5º que ha destruido la responsabilidad de los ministros, confundido todos los poderes del estado, i destruido la independenciam de los cuerpos judiciales; 6º que la libertad de imprenta establecida i consagrada como un derecho de la nacion, ha estado constantemente sujeta á la censura arbitraria de la policia, i que al mismo tiempo se ha servido siempre él mismo de la prensa para llenar la Francia i la Europa de hechos inventados, de máximas falsas, de doctrinas favorables al despotismo, i de ultrages contra los gobiernos estrangeros; 7º que de su propia autoridad ha alterado en la publicacion actos é informes adoptados por el senado; 8º que en lugar de reinar con arreglo á su juramento, con la sola idea del honor i de la gloria del pueblo frances, Napoleon ha colmado la patria de desgracias, reusando tratar con condiciones que el interes nacional le obligaba á aceptar, i que no comprometian el honor frances; por el abuso que ha hecho de todos los medios que se le habian confiado en hombres i dinero; por el abandono de los heridos sin socorro, sin cura i sin víveres; por diferentes medidas, cuyas consecuencias han sido la ruina de las ciudades, la despoblacion de las campañas, el hambre i las enfermedades contagiosas.

Considerando que por todas estas causas ha cesado de existir el gobierno imperial establecido por el senado consulto de 28 de floreal año XII, i que el voto manifiesto de todos los franceses llama un órden de cosas, cuyo primer resultado sea

el restablecimiento de la paz general, i que sea igualmente la época de una reconciliacion solemne entre todos los estados de la gran familia europea, el senado declara i decreta, 1.^o que Napoleon Bonaparte está depuesto del trono, i abolido en su familia el derecho hereditario: 2.^o el pueblo frances i el ejército quedan libres para con él del juramento de fidelidad que han prestado á Napoleon i á su constitucion.

El dia 3 de abril se reunieron cerca de ochenta individuos del cuerpo legislativo, de resultas de una convocatoria que hizo el gobierno provisional, i adhirieron formalmente á dicho decreto de deposicion.

Aun antes que el senado hubiese redactado su decreto, habia declarado el consejo general del departamento del Sena, que no reconocia mas la autoridad de Napoleon, i le habia acusado de haber sido él solo la causa de los desastres de la Francia.

El decreto del senado fué seguido de las declaraciones de todos los cuerpos públicos de Paris i sus alrededores, quienes reconocian el gobierno provisional, i daban su consentimiento al decreto de deposicion. Entre los que debian su riqueza al favor de Napoleon, hubo un crecido número que fueron los primeros á declararse contra él con la fortuna; pero como él siempre habia tenido la máxima de hacerse partidarios, recurriendo al interes mas bien que á los principios, muchos de los amigos que por este medio se habia grangeado, probaron naturalmente la exactitud de aquella observacion política, «que los hombres que un príncipe ha enriquecido, en los momentos de peligro por de contado, buscan medios de conser-

var las ventajas que han obtenido, sin cuidarse de la suerte de su bienhechor.”

No creemos que, mientras ocurrian aquellos acontecimientos, se le haya ocurrido á nadie la idea de poner en duda el fondo ni la forma del decreto de deposicion lanzado contra Napoleon; pero el tiempo ha suscitado muchos autores, seducidos unos por el brillo de su gloria, i otros adictos á su persona por los vínculos del reconocimiento ó de la amistad, que han atacado mas ó menos directamente la justicia de la sentencia del senado, i las formas en virtud de las cuales se dió.

Las disposiciones de los militares era una cuestion de gran importancia. Acostumbrados á seguir á Napoleon en todos los climas i en medio de peligros de toda clase, su adhesion á su persona les conducia sin duda hasta al entusiasmo de sacrificarse por él; pero esto solo podia decirse en general de los oficiales i soldados. Los mariscales i muchos generales, eran menos exaltados por Napoleon. Empezaban ya á mirar el inteses de la Francia i de su gefe, como diferentes el uno del otro. Muchos oficiales subalternos i soldados eran de la misma opinion. Se habian hecho en Paris todos los arreglos, en cuya virtud se habia gobernado el ejército en todas las crisis de la revolucion, i entonces se le pedia, que se empeñase en una empresa que debia probablemente ser muy fatal para la capital. Marchar contra los aliados i presentarles una batalla bajo los muros de Paris, era exponerse á que se destruyese una ciudad, cuyo nombre tiene algo de sagrado é inviolable entre todos los franceses. Los mariscales particularmente estaban cansados de una guerra, en la cual cada uno de ellos, sin medios proporcionados de resis-

tencia, habia estado encargado sucesivamente de detener una fuerza enemiga con la certeza, sino salia con la suya, de verse expuesto á la pública censura en el boletín inmediato, aunque colocado en circunstancias que imposibilitaban el buen éxito. Estaban en estado de conocer mejor que el ejército en general, la naturaleza de la guerra, i de apreciar las dificultades de una lucha que seria preciso sostener en adelante sin dinero, sin municiones, sin víveres i sin mas recursos que los que pudiesen arrancar del país que poseian militarmente; además de que no solo tenían que combatir contra los aliados que entonces se hallaban en Francia, i el cuerpo de realistas insurgentes que se habian declarado en el oeste, sino tambien contra una segunda línea ó cuerpo de reserva de tres á cuatrocientos mil rusos, austríacos i otros que todavia no habian pasado las fronteras.

En la noche del 2 al 3 de abril volvió Caulaincourt de su misión á París. Anunció que los aliados insistían en su determinación de no tratar con Bonaparte; pero que pensaba que podría tener buen éxito el proyecto de una regencia á cuya cabeza estaria la emperatriz como tutora de su hijo. El Austria, dijo, favorece semejante arreglo, i no parece imposible que la Rusia deje de apoyarlo. »Pero la abdicación de Bonaparte era una condición preliminar.» Cuando se esparció aquella noticia entre los mariscales, les confirmó en la resolución de no marchar contra París; siendo de opinión que el único medio de concluir la guerra, era el que Napoleón consintiese en hacer aquel sacrificio personal.

Bonaparte no esperaba probablemente verles separar de este modo los deberes de soldado i los

de ciudadano. El 4 de abril pasó revista de una parte de sus tropas; les habló de la bandera blanca enarbolada en Francia por algunos facciosos; les recordó que la escarapela tricolor era la divisa de la victoria i del honor; les dijo que habia resuelto marchar sobre la capital para castigar á los traidores que la habian envilecido. A estas palabras se oyeron grandes gritos que decian: ¡*Paris!* ¡*Paris!* i no tuvo motivo para temer que sus tropas vacilasen en seguirle para hacer aquel último esfuerzo. Se dieron las órdenes para trasladar el cuartel general desde Fontainebleau á Essonne.

Pero despues de la revista siguieron al emperador hasta su habitacion Berthier, Ney, Macdonald, Caulaincourt, Oudinot, Bertrand i otros varios oficiales del mas alto rango; le expusieron sus opiniones acerca del movimiento propuesto, declararon que segun su modo de ver, no debia negociar en adelante sino bajo el principio de su abdicacion, i le anunciaron la resolucion positiva que la mayor parte de ellos habian tomado, de abandonarle si insistia en marchar sobre Paris.

Entonces fué cuando con mucha repugnancia i despues de largos debates, tomó Napoleon la pluma, i escribió las siguientes palabras que traducimos tan literalmente como podemos, porque manifiestan cuanta dignidad sabia dar á sus expresiones, cuando un sentimiento profundo le arrasaba sobre su afectacion de antiteses i de estilo oriental.

»Habiendo proclamado las potencias aliadas, que el emperador Napoleon era el único obstáculo para el restablecimiento de la paz en Europa, el emperador Napoleon, fiel á su juramento, declara, que está pronto á bajar del trono ó abando-

nar la Francia i hasta la vida por el bien de la patria inseparable de los derechos de su hijo, de los de la regencia de la emperatriz i de la observancia de las leyes del imperio. Dado en nuestro palacio de Fontainebleau el 4 de abril de 1814."

Caulaincourt i Ney fueron los encargados de llevar aquel documento importante, i nombrados comisarios para negociar con los aliados las condiciones del arreglo que podia suponerse tendria por resultado. Caulaincourt era el representante personal de Napoleon, i Ney, quien durante todo aquel tiempo habia insistido fuertemente en la abdicacion, fué propuesto como plenipotenciario por los demas mariscales. Napoleon deseaba, segun dicen, que le acompañase Marmont, pero se hallaba ausente, estando con sus tropas acuarteladas en Essonne, donde se habian colocado despues de su salida de Paris en virtud del tratado. Se propuso por tercer plenipotenciario á Macdonald, como un oficial á quien su alta reputacion daba mayor derecho para representar al ejército. Napoleon vaciló; porque, á pesar de haberse valido de Macdonald en las ocasiones mas importantes, sabia que los principios del mariscal le impedian aprobar el carácter arbitrario de su gobierno, i nunca habian tenido entre ellos relaciones íntimas i confidenciales. Consultó á su ministro Maret. »Enviad al duque de Tarento, respondió este; es hombre de mucho honor i no dejará de corresponder religiosamente á una prueba de confianza de esta naturaleza." En su consecuencia se añadió el nombre del mariscal Macdonald al de los otros dos plenipotenciarios.

Mientras se discutia el objeto de su mision, preguntaron los mariscales bajo que condiciones

debían insistir con relacion á la persona de Napoleón." Bajo ninguna, dijo Bonaparte; haced lo que podais para obtener las condiciones mas favorables á la Francia; yo no pido nada para mi. »Fueron encargados particularmente de obtener un armisticio hasta que se concluyese el tratado. Durante toda aquella escena; se condujo Bonaparte con firmeza; pero se abandonó á una emocion bien natural, cuando por último firmó su abdicacion. Se recostó sobre un sofá, se tapó la cara algunos instantes, i levantando en seguida los ojos con aquella sonrisa de persuasion que muy á menudo habia sido irresistible, exortó á sus compañeros de armas que se retractasen de la resolucion que habia tomado, que rasgasen el papel que habia firmado i le siguiesen de nuevo al combate. »Marchemos, dijo; volvamos otra vez á ponernos en campaña, estamos seguros de batirlos, i nosotros mismos dictaremos las condiciones de la paz." Aquel momento hubiera sido precioso para un pintor de historia. Los mariscales se afectaron profundamente, pero no cedieron. Renovaron sus argumentos fundados en el estado deplorable del ejército; en la repugnancia con que los soldados marcharian contra el senado; en la certeza de una guerra civil i desoladora, i en la probabilidad de la destruccion de Paris. Se hizo cargo por segunda vez de sus raciocinios, i les dejó marchar para cumplir con su mision.

CAPITULO IX.

RESUMEN DEL CAPITULO IX.

VICTOR I OTROS MARISCALES FRANCESES RECONOCEN EL GOBIERNO PROVISIONAL.—MARMONT HACE UN CONVENIO SEPARADO, PERO ASISTE Á LAS CONFERENCIAS QUE SE CELEBRARON EN PARIS, DEJANDO Á SOUHAM EL MANDO DE SU EJÉRCITO EN SEGUNDO LUGAR.—TIENEN LOS MARISCALES UNA ENTREVISTA CON EL EMPERADOR ALEJANDRO.—ENTRA SOUHAM CON SU EJÉRCITO EN LAS LÍNEAS DE LOS ALIADOS; EN SU CONSECUENCIA, INSISTEN LOS SOBERANOS ALIADOS EN LA ABDICACION PURA I SIMPLE DE NAPOLEON.—SU CONDUCTA CUANDO SABE AQUEL RESULTADO.—REPUGNANCIA CON QUE DÁ SU CONSENTIMIENTO.—CONDICIONES QUE SE LE CONCEDEN.—DESAPROBACION DEL LORD CASTLEREAGH.—VUELVE LA EMPERATRIZ MARIA LUISA BAJO LA PROTECCION DE SU PADRE.—MUERTE DE JOSEFINA.—RELACION SINGULAR HECHA POR EL BARON FAIN SECRETARIO DE NAPOLEON DE LA TENTATIVA QUE HIZO EL EMPERADOR PARA MATARSE.—EN SEGUIDA MANIFIESTA MAYOR RESIGNACION.—SU MODO DE VER SOBRE LA POLÍTICA QUE DEBEN ADOPTAR LOS BORBONES COMO SUCESORES SUYOS.—ABANDONA FONTAINEBLEAU, I SALE PARA LA ISLA DE ELBA EL 28 DE ABRIL.

CAPITULO IX.

Estaban encargados los plenipotenciarios de Napoleon de conferenciar con Marmont en Essonne á su paso para la capital. Asi lo hicieron, i las noticias que supieron les hizo apresurar la negociacion. Muchos generales que no habian estado en Fontainebleau, i que no habian tenido ocasion de obrar de acuerdo con el consejo militar reunido en aquella ciudad, habian mirado el decreto del senado, al cual habian adherido las demas autoridades constituidas, como un acto que concluía decididamente el reinado de Bonaparte, ó indicaba el principio de una guerra civil. La mayor parte de ellos, pensaba que el interés de un hombre, cuyos talentos habian sido tan dañosos para la Francia como las virtudes de César para Roma, no podia prevalecer en la balanza contra la salvacion de la capital i de toda la nacion. Obrando con arreglo á aquellos principios, Victor duque de Belluno, habia dado su adhesion al gobierno provisional, i muchos otros siguieron aquel ejemplo.

Pero el prosélito mas importante para la causa real fué el mariscal Marmont, duque de Ragusa que se hallaba en Essonne con diez ó doce mil hombres que formaban la vanguardia francesa. Creyéndose libre, como los demas franceses en aquel momento de crisis, de pensar en el bien de su pais, mas bien que en los intereses de Napoleon solo, i con la idea de ahorrar á la Francia los males reunidos de una guerra civil, se aprovechó de la situacion en que se encontraba, para dar á su

opinion un peso que en aquel momento no hubiera podido tener la de ningun otro individuo. Despues de haber negociado el mariscal Marmont con el gobierno provisional por una parte, i con el príncipe Schwartzenberg por otra, habia concluido para él i su cuerpo de ejército, un convenio en virtud del cual consentia de hacer marchar la división que mandaba, á las líneas del acantonamiento que ocupaban los aliados, i renunciaba de este modo á toda idea de continuar la guerra. Igualmente estipuló el mariscal, que Napoleon conservaria su libertad, i seria tratado honoríficamente si caia prisionero. Ultimamente obtuvo la garantia que se permitiria á su cuerpo de ejército que se retirase á Normandia. El 3 de abril se firmó el convenio en Chevilly.

Cuando Macdonald i Ney hicieron saber á Marmont que eran los portadores de la abdicacion de Napoleon, i que le habian agregado en su mision, les preguntó aquel mariscal, porque no le habian advertido que se hallase con los demas en Fontainebleau, i les informó del convenio que habia concluido en su propio nombre. El duque de Tarento le hizo ver las desventajas que debian resultar de la desunion de los principales oficiales del ejército. Con respecto al consejo que se habia celebrado en Fontainebleau, le dijo que habia sido tan apresuradamente, i en circunstancias tan urgentes, que no habian podido llamar á él mas que los mariscales que se hallaban mas á la mano, de miedo que dilatándole marchase Napoleon adelante con el ejército. Los comisarios suplicaron á Marmont que suspendiese la ejecucion de su convenio separado, i les acompañase para asistir á las conferencias que iban á celebrarse en Paris.

Consintió en ello, i subió en el coche del general Ney, dejando el mando de su cuerpo de ejército, con órden de no moverle, al general Souham, quien estaba en el secreto del convenio como todos los demas generales de su division, excepto dos de ellos.

Cuando los mariscales llegaron á Paris se hallaron con que se habia fuertemente declarado la opinion del pueblo en favor de los Borbones. Por todas partes habian adoptado sus emblemas, i las calles resonaban con los gritos de ¡*Viva el rey!* Todos concibieron un mal presagio para el buen éxito de su mision, por lo que hacia al proyecto de regencia.

El nombre i la reputacion de los comisarios bastaron para darles audiencia el emperador Alejandro, quien les recibió con su cortesía natural. »Con relacion al objeto general de su mision, les dijo, no podia tratar sino de acuerdo con sus aliados.» Pero se extendió sobre lo que concernia personalmente á Napoleon. »Ha sido mi amigo, dijo, le he amado i venerado. Su ambicion me ha precisado á hacer una guerra sangrienta, en la cual ha sido incendiada mi capital, i mis estados han sufrido los mas crueles desastres, pero es infelís, i he olvidado todos sus errores. ¿Tienen Vms. algo que pedirme para él? con mucho gusto seré su defensor.» Los mariscales respondieron, que Napoleon no les habia hablado de ninguna condicion que le fuese personal. Apenas podia creerlo Alejandro, mas ellos le presentaron sus instrucciones, que todas se dirigian á los asuntos públicos. El emperador les preguntó si querian oír una proposicion que tenia que hacerles. Ellos contestaron con las convenientes señales de respeto i reconocimiento. En-

tonces les habló del plan que se adoptó mas tarde; que Bonaparte conservaria el título de la dignidad imperial, i continuaria reinando en un pequeño territorio con una buena renta, con guardias i todos los atributos de la autoridad. »Este territorio prosiguió el emperador de Rusia, podrá ser la isla de Elba ó alguna otra.» Hecha aquella comunicacion, se retiraron los comisarios de Bonaparte por aquel dia.

El mariscal Marmont habia hecho cuanto estaba de su parte para suspender el movimiento militar que habia tratado de ejecutar, creyendo sin duda que en vez de obrar solo en un negocio de semejante importancia, era mas regular ir en todo de acuerdo con sus compañeros; pero un accidente imprevisto aceleró la medida que deseaba retardar. Napoleon habia llamado cerca de su persona al conde de Souham, que mandaba el cuerpo de ejército que habia quedado en Essonne en la ausencia de Marmont. No se dió ninguna explicacion del motivo de aquella órden, i fué imposible sacar al portador una sola palabra que le indicase. Llegó, pues, Souham á sospechar que Napoleon se hallaba instruido del convenio de Chevilly. Aquella idea le atemorizaba; durante la noche convocó un consejo de los demas generales que estaban en el secreto, i decidieron ejecutar inmediatamente el convenio, pasando con las tropas á las líneas de los aliados, sin esperar órdenes ulteriores del mariscal Marmont. El 5 de abril se puso en movimiento la division, á eso de las cinco, i durante algun tiempo avanzó en buen órden, suponiendo que aquella marcha tenia por objeto atacar á los aliados por el costado. Pero cuando conocieron las tropas que una columna de bába-

ros vigilaba su movimiento sin interrupcion, principiaron á sospechar el verdadero objeto. Desde entonces se manifestó una especie de motin, i separándose del cuerpo de ejército algunos lanceros polacos, se volvieron ácia Fontainebleau. No obstante prevaleció el instinto de la disciplina, i lograron los oficiales conducir los soldados á sus nuevos cuarteles de Versailles; pero no vieron de mejor gana el paso que se les habia hecho dar, i algunos dias despues, estalló entre ellos un tumulto que no pudo calmarse sino con mucha dificultad.

Los comisarios de Bonaparte fueron admitidos á una conferencia con los soberanos aliados i sus ministros reunidos en consejo, lo que como puede conjeturarse, solo les fué concedido por la forma, á fin de manifestar las atenciones convenientes á los representantes del ejército frances, mas bien que con el designio de cambiar en nada el plan que habian adoptado los soberanos, i que se habian obligado á ejecutar por una proclama, sobre cuya fe habian ya principiado á obrar millares de individuos. No obstante se anunció que el objeto de discusion en el consejo, seria la cuestion de si se adoptaria por basa de un arreglo la regencia propuesta ó la restauracion de los Borbones. Los mariscales defendieron la causa de la regencia. Los generales Beurnonville i Desoles respondieron á los comisarios de Fontainebleau; pero antes de concluir la discusion, se supo la marcha de la division de Marmont ácia Versailles. Los comisarios quedaron atónitos con aquella noticia inesperada, i el emperador de Rusia se aprovechó de aquella ocasion para declarar que no tratarian los aliados con Bonaparte, sino despues de haber abdicado pura i simplemente. Con esta respuesta, dulcifica-

da con la oferta de un principado independiente para su antiguo amo, volvieron los mariscales á Fontainebleau, i el senado se ocupó en redactar el plan de una constitucion, bajo cuyo imperio serian llamados los Borbones al trono.

Napoleon, en su retiro de Fontainebleau, contempló el por venir con poca esperanza de sacar un partido ventajoso de la mision de los mariscales. En tanto llegó el coronel Gourgaud, i le dió la noticia de que la division de Marmont habia atravesado los acantonamientos del enemigo en la mañana del 5 de abril. » ¡Ingrato! exclamó: será mas desgraciado que yo.”

Al siguiente dia publicó un exorto al ejército, recordándole la solemnidad de un juramento militar que representaba como un deber mas sagrado, que el de un patriota para con su pais.

Cuando volvieron los mariscales, recibió la noticia del ningun efecto de su negociacion, como un acontecimiento que tenia ya consentido. Pero quedaron sorprendidos, segun el desinterés que habia manifestado en el momento de su salida, cuando casi inmediatamente les preguntó, que partido se tomaba con respecto á él, i como debian tratarle. Le informaron que se les proponia dejarle residir en la isla de Elba ó en alguna otra parte como soberano independiente. Napoleon reflexionó un instante. » ¡En alguna otra parte! exclamó.” Es preciso que sea en la Córcega. ¡No! ¡no! yo no quiero tener nada que ver con la Córcega. ¡La isla de Elba! ¿quien conoce la isla de Elba? ¡que me busquen un oficial que conozca la isla de Elba! ¡que busquen los libros i los mapas que puedan darnos algunas noticias sobre la isla de Elba

En un momento se ocupó tan profundamente!

de la posicion i recursos de aquella pequeña isla, como si nunca hubiera sido emperador de la Francia, i podria decirse de casi todo el mundo.

Despues de una noche entera de reflexiones, el gefe destronado tomó su resolucion, i envió otra vez á Paris, á Caulincourt i Macdonald, para que tratasen con los aliados sobre el pie de una abdicacion pura i simple del imperio. Su declaracion se hallaba concebida en estos términos: »Habiendo proclamado las potencias aliadas, que el emperador Napoleon era el único obstáculo que se oponia al restablecimiento de la paz en Europa, declara, que renuncia por sí i por sus herederos al trono de Francia é Italia, porque no hay ningun sacrificio, hasta el de la vida, que no esté pronto á hacer por los intereses de la Francia.»

Aun despues de esta declaracion, continuó Napoleon alimentando en su pecho la idea de romper el tratado, hasta el momento que se concluyó difinitivamente.

Bonaparte pasó revista de su guardia vieja en el patio de Palacio; porque su número habia disminuido de tal modo que toda cabia en aquel recinto. Ruidosas aclamaciones le saludaron como siempre; pero su corazon se comprimió cuando se fijaron sus ojos en aquellas filas tan claras. Entró en el palacio, é hizo ir á Oudinot. »¿Puedo contar con las tropas?» le preguntó, i Oudinot le respondió negativamente, i le recordó que habia abdicado. »Si, pero con condiciones,» dijo Napoleon. »Los soldados no entienden nada de condiciones, replicó el mariscal; miran vuestra autoridad como si no existiese ya.— En ese caso está dicho todo por este lado, añadió Napoleon; esperemos noticias de Paris.»

Bien pronto llegaron Macdonald, Caulaincourt i Ney á Fontainebleau con el tratado que habian concluido bajo las basas que ya habia anunciado el emperador de Rusia, que era quien mas habia influido en la redaccion. Bajo su sancion, se habian concedido á los comisarios condiciones de tal naturaleza, que jamas habia obtenido un monarca destronado, i probablemente no obtendrá nunca, mientras la historia conserve la memoria de 1815. En virtud de aquellas condiciones debia Bonaparte conservar el título de emperador, pero su poder debia ceñirse á la isla de Elba, en el Mediterráneo, que tiene veinte leguas de circunferencia, i una poblacion de cerca doce mil almas. Debia ser reconocido como una de las cabezas coronadas de la Europa, tener guardias i una marina proporcionada á la estension de sus dominios. Ademas de las rentas de la isla de Elba, le concedieron otra de seis millones de francos para sostener aquella dignidad. Se prometieron tambien dos millones i medio de pension á sus hermanos, á Josefina i á los demas individuos de su familia, renta espléndida i tal que jamas tuvo á su disposicion un soberano de Inglaterra. Se ha pretendido con razon, que si Napoleon merecia condiciones tan ventajosas, era una injusticia el destronarle. Bajo otros aspectos, parecian aquellas condiciones tan dificiles de conciliarse con una sana política, como lo era encontrar en lo pasado ejemplos para justificarlas. El nombre, la dignidad, la autoridad militar i el poder absoluto de emperador, concedidos al soberano de un verdadero estado lillipuciano, eran ridículos, en la suposicion de que Napoleon se estaria quieto en su retiro, i peligrosos si buscaba de nuevo los medios de agitar á la Europa.

Las demas condiciones de aquel tratado extraordinario, repartian entre los individuos de la familia de Napoleon una parte de la renta que se le habia asegurado. La disposicion mas razonable era la que concedia á Maria Luisa i á su hijo en toda soberania los ducados de Parma, Plasencia i Guastalla. Casi exceptuada esta sola condicion, todas las demas debian cumplimentarse á espensas de la Francia, cuyo gobierno interino no fué tan siquiera consultado acerca de las estipulaciones convenidas.

Existia una potencia, cuyo representante previó los males que podria ocasionar semejante tratado, i fué objeto de una representacion. Pero el mal estaba ya hecho, i convenidas todas las condiciones cuando el lord Castlereagh llegó á Paris. Viendo que el emperador Alejandro habia obrado por lo mejor, en nombre de los demas aliados, no quiso el ministro ingles arriesgar el comprometer la paz que acababa de concluirse en circunstancias tan críticas, insistiendo en sus objeciones. Por lo tanto reusó en nombre de su gobierno ser parte contratante en el tratado, ó de otro modo que para dar su adhesion á lo que concernia los arreglos de territorio; pero se negó positivamente á reconocer por parte de la Inglaterra el título de emperador que se dejaba á Napoleon.

Luego que este hubo oido la lectura del tratado, hizo el último llamamiento á sus mariscales, invitándoles á seguirle ácia el Loira ó al otro lado de los Alpes, donde evitarian lo que el miraba como un arreglo ignominioso. Todos guardaron un profundo silencio; los mariscales conocian demasiado bien que todos los esfuerzos que podria hacer, no pasarian de los de un partidario, man-

teniendo sus tropas con lo que robara en el pais, en un pais que era el suyo, i no los de un monarca guerrero á la cabeza de un ejército arreglado. Napoleon vió su determinacion en sus caras, i despidió el consejo, prometiendo una respuesta muy pronta; pero entretanto se negó á ratificar el tratado, i aun volvió á pedir su abdicacion á Caulaincourt, peticion á que de nuevo no quiso satisfacer aquel ministro.

Entonces se acumulaban las desgracias con tanta rapidez al rededor de Napoleon que parecian suficientes para desarmar el espíritu mas obstinado.

Poco á poco se habian estendido las tropas de los aliados hasta las orillas del Loira. Fontainebleau estaba rodeado con sus destacamentos. Por todas partes abandonaban el servicio de Napoleon oficiales i soldados, i ya no le quedaba poder para salir del palacio con seguridad.

Paris, capital donde antes su voluntad era la ley, donde una palabra pronunciada contra él hubiera parecido la peor de todas las blasfemias, se habia convertido en teatro del triunfo de su rival i de su propia humillacion. Entonces se oian las mismas aclamaciones con que se acostumbraba saludar al emperador para celebrar la entrada en las Tullerias del conde de Artois, hermano del rey restablecido, que llegaba en calidad de teniente general del reino. La prensa ocupada desde tanto tiempo en esparcir las alabanzas del emperador, ponía entonces por obra todo su arte i toda su malignidad para exponer sus verdaderas faltas i atribuirle las que nunca habia cometido. Napoleon estaba en la situacion del cazador que fué devorado por sus propios perros.

Todavía daba mas pena ver á los cortesanos,

á los oficiales de su casa i hasta los criados, toda gente que habian vivido, por decirlo asi de sus sonrisas, escaparse con diferentes pretextos para ir á manifestar su adhesion á los Borbones, i proveer á su fortuna en el nuevo mundo que principiaba en Paris. Tal vez en semejantes momentos de revolucion, es cuando la naturaleza humana se hace ver bajo el aspecto mas odioso, porque entonces predominan los elementos mas bajos i mas egoistas del carácter, que en el curso ordinario de la vida pueden no haber tenido nunca la ocasion de desenvolverse. Los hombres se encuentran entonces como aquellas personas bien nacidas i decentes, trasportadas desde los sitios acostumbrados de sus reuniones, al tropel de una muchedumbre, donde bien pronto no escuchan mas que el deseo de su conservacion ó de sus comodidades, sin hacer el menor caso de los demas por un sentimiento de egoismo que han contenido las costumbres de la urbanidad social, pero que no le han borrado de su corazon.

Los amigos i servidores de Napoleon desgraciado, se alejaron de su príncipe como las ojas del arbol marchito, i los que por vergüenza ó compasion se quedaban todavia cerca de su persona, solo esperaban algun pretexto para marcharse tambien, como el piloto que espera un viento favorable.

La defeccion ganó todos los altos funcionarios, desde Berthier que participaba de los secretos del emperador i le abandonaba rara vez, hasta el mameluco Roustan que dormia en lo ancho de la puerta de su cuarto como su guardia de Corps. Absurdo seria criticar la conducta del pobre africano; pero la marcha de Berthier merece que

sea notada. Pidió el permiso para ir á Paris por algunos negocios, diciendo que volveria al otro dia. »No volverá, dijo Napoleon con calma al duque de Bassano.—¡Como! dijo el ministro ¿se despediria Berthier de ese modo?—Repito que si no volverá mas.»

El soberano destronado tuvo, no obstante, el consuelo de ver el apego de algunos fieles servidores, probado i purificado por la adversidad, como el oro lo es por los crisoles.

En aquel naufragio general se separaron de Napoleon sus parientes i sus íntimos amigos. No se ha olvidado que el dia antes de la batalla de Paris se escaparon con la emperatriz Maria Luisa muchos individuos de la administracion. Se detuvieron en Blois, en donde se reunió á ellos José i otros de la familia de Bonaparte. En el interin aquellas personas reunidas, afectaron el carácter i lenguaje de un consejo de regencia, distribuyeron proclamas, i trataron de obrar como gobierno. La noticia de la toma de Paris i los acontecimientos sucesivos impelieron á José i Gerónimo Bonaparte á retirarse á las provincias al otro lado del Loira: pero Maria Luisa se negó á acompañarlos, i en el intervalo llegó el Conde Schouwalow, uno de los ministros austríacos, para tomarla bajo su proteccion. Se disolvió i dispersó por varios lados la regencia efímera; los hermanos de Bonaparte se dirigieron ácia la Suiza, mientras que el cardenal Fesch i la madre de Napoleon se retiraron á Roma.

Maria Luisa hizo mas de un esfuerzo para reunirse con su esposo, pero el mismo Napoleon se lo quitó de la cabeza; porque reflexionando ya en los medios de volver á principiar la guerra, no podia desear asociar á la emperatriz á empresas

tan aventuradas. Poco tiempo despues, hizo una visita el emperador de Austria á su hija i á su nieto que se hallaban entonces en Rambouillet; dió á entender á Maria Luisa que debia á lo menos durante algun tiempo, quedar separada de su marido, i que ella i su hijo se volverian con él á Viena. Púsose, pues, bajo la proteccion de su padre.

Igualmente es muy apropósito hacer notar en este lugar, i no es esta la particularidad menos extraordinaria de aquella larga serie de infortunios, que Josefina, la primera muger de Bonaparte, no sobrevivió mucho tiempo á su caida. Se hubiera dicho que la colona de la martinica habia leido en lo venidero; porque desde el momento en que Napoleon se separó de la primera compañera de su vida, principió á obscurecerse su astro, i la muerte de Josefina no siguió mas que tres semanas á la caida de Bonaparte. El emperador de Rusia fué á ver á aquella princesa, i se manifestó con ella atento i urbano. El tratado de Fontainebleau la habia asegurado rentas considerables, pero no las gozó mucho tiempo, i bien pronto despues cayó mala i murió en su soberbio palacio de la Malmaison. Fué enterrada en 3 de junio en el pueblo de Ruel. Un gran número de pobres acompañaron su entierro, porque habia merecido con razon el título de protectora de los desgraciados.

Cuando se trata de examinar todas las desgracias, con que Bonaparte se hallaba abrumado en aquella época, parece que la fortuna ha querido hacer ver que no se habia obligado á detener el curso de sus vicisitudes, triste herencia de la humanidad, aun en favor del hombre que habia sido su favorito por tanto tiempo; pero que se habia

reservado derribar al soldado oscuro que habia elevado hasta ser casi el rey de la Europa, para hacerle sufrir en seguida tantas humillaciones como honores le habia prodigado.

Un romano hubiera querido ver en aquel tropel de desastres una señal para volver la punta de su espada contra su pecho; un cristiano hubiera vuelto sus miradas ácia su propia conducta atrasada, i reconociendo que el manantial de todas sus desgracias provenia del mal uso que habia hecho de la prosperidad, habria soportado con paciencia i sin quejarse, las consecuencias de su ambicion. Napoleon pertenecia á la escuela de los filósofos de Roma i muchas personas, particularmente el baron Fain su secretario, cuentan confidencialmente, sin que apesar de eso, les dé crédito todo el mundo, que quiso en aquel momento crítico desembarazarse de la carga de la vida con un suicidio, mediante una preparacion de opio que dicen se tomó, i que no fué poco activa en la noche del 12 al 13 de abril. Es un hecho incontestable que estuvo gravemente indispuerto. Un general de la mas alta distincion trabajó con él en la mañana del 13 de abril; le pareció que estaba pálido i abatido, como si saliese de una enfermedad que habia minado sus fuerzas. Estaba con bata i chinelas, bebiendo de cuando en cuando una tisana que tenia delante, i diciendo que habia sufrido mucho durante la noche, pero que su indisposicion se habia pasado.

Despues de aquella crisis, i luego que hubo ratificado el tratado que sus mariscales habian hecho por él, pareció Napoleon mas aliviado; parecia tener el espíritu mas libre de lo que le habia tenido hacia mucho tiempo, i se puso á hablar

familiarmente con los que le rodeaban sobre los negocios de Francia.

Confesó despues de todo, que el gobierno de los Borbones era el que mejor convendria á los franceses, porque podria reconciliar todos los partidos. »Luis, dijo, tiene talento i espíritu, es viejo i achacoso, i no se cuidará, asi lo creo, de dar su nombre á un mal reinado. Si me quiere creer, se echará en mi cama i se contentará con cambiar de sábanas; pero, añadió, es menester que trate bien al ejército i que se guarde de volver á lo pasado, de otro modo no durará mucho su reinado.»

Despues de aquellas observaciones se dirigió á sus oficiales, i les hizo el siguiente exhorto: »Señores, cuando cese de estar con vosotros i tengais otro gobierno, debéis adherir á él francamente, i servirle con la misma fidelidad, con que me habeis servido á mi mismo; yo os lo suplico i aun en caso necesario os lo mando. Todos aquellos, pues, que quisieren ir á Paris pueden marcharse, yo se lo permito; en cuanto á los que queden aqui, harán bien de enviar su adhesion al gobierno de los Borbones.» No obstante, cuando Napoleon tenia aquel noble i digno language con sus partidarios, es claro que alimentaba en su corazon la secreta esperanza de que los Borbones se hallaban rodeados de demasiadas dificultades para poder superarlas todas, i que el destino le reservaba todavia un papel brillante en los anales de la Europa.

En otra entrevista particular que tuvo con Macdonald, cuya conducta hemos referido cuando abdicó Napoleon, le manifestó lo muy satisfecho que estaba, sintiendo no haberle sabido apreciar

antes, i le suplicó aceptase el último regalo de su mano. »Esto no es, añadió, para evitar las objeciones del mariscal, i si unicamente el presente de un soldado á su camarada.» I en efecto, la eleccion de aquel regalo manifiesta mucha delicadeza, pues era un sable turco de mucha hermosura que habia recibido Napoleon de mano de Ibraim Bey cuando estaba en Egipto.

Habiéndose entonces resignado Napoleon enteramente á su suerte, fuese la que quisiera, se preparó el 20 de abril para marchar al lugar de su retirada; pero antes le quedaba que cumplir con un deber bien penoso, el de despedirse del cuerpo que en todo el universo le estaba mas adherido, i al que él, por su lado, lo estaba todavia mas, su célebre guardia imperial. Aquellos valientes estaban colocados en hileras á su paso; algunas lágrimas se le soltaron, á pesar suyo, de sus ojos, i sus miradas manifestaban una viva conmocion, cuando pasó revista por la última vez, como debia creerlo segun todas las probabilidades, á sus viejos compañeros en tantas victorias. Se avanzó ácia ellos á caballo, echó pie á tierra, i les hizo su última despedida. »Valientes amigos míos, les dijo; yo os dejo; las potencias coaligadas han armado toda la Europa contra mi, una parte del ejército ha hecho traicion á sus deberes, i la Francia misma ha querido otros destinos. Con vosotros i los valientes soldados que me han sido fieles, hubiera podido alimentar la guerra civil durante tres años, pero la Francia hubiera sido desgraciada, lo que hubiera sido contrario al fin que me he propuesto. Sed fieles, añadió (i aquellas palabras eran dignas de atencion) al nuevo rey que la Francia se ha escogido. No os quejeis de

mi suerte; siempre seré demasiado dichoso cuando sepa que lo sois vosotros. Hubiera podido morir; nada me hubiera sido mas facil, pero seguiré sin cesar el camino del honor. Quiero escribir las grandes hazañas que hemos hecho juntos. No puedo abrazaros á todos, pero abrazaré á vuestro general. (Estrechó entre sus brazos al general Petit.) Que me traigan el Aguila. (Besó la bandera) i concluyó de este modo: ¡Aguila querida, resuenen estos besos en el corazon de todos los valientes! ¡A Dios hijos míos! ¡A Dios mis valientes compañeros! Rodeadme otra vez. A Dios....”

Los soldados recibieron con el dolor mas acerbo la despedida de su emperador destronado: en todas las filas estallaron los sollozos; pero no se atrevieron á quejarse ni hacerle observaciones. Parecian resignados á perder su general, i ceder como él á la necesidad.

CAPITULO X.

RESUMEN DEL CAPITULO X.

COMISARIOS NOMBRADOS PARA ESCOLTAR A NAPOLEON.—ABANDONA Á FONTAINEBLEAU EL 20 DE ABRIL.—SU ENTREVISTA CON AUGEREAU EN VALENCE.—EXPRESION DEL DESCONTENTO PÚBLICO CON RESPECTO Á NAPOLEON EN EL MEDIODIA DE LA FRANCIA.—TEMORES POR SU SEGURIDAD PERSONAL.—SU AGITACION, SUS SOBRESALTOS.—LLEGA Á FREJUS, I SE EMBARCA A BORDO DEL INTRÉPIDO CON LOS COMISARIOS INGLES I AUSTRIACO.—LLEGA Á LA ISLA DE ELBA EL 4 DE MAYO, I DESEMBARCA EN PORTO FERRAYO.

CAPITULO X.

Bertrand i Drouot que habian quedado noblemente fieles en la adversidad, al amo que en el tiempo de su poder habia sido su bienechor, acompañaron á Napoleon en su triste i penoso viage. Las potencias aliadas habian nombrado cuatro comisarios para seguirle hasta su nueva residencia. Estos eran el general Schouwalow por la Rusia, el general austríaco Kohler, el coronel ingles sir Niel Campbell, i el baron Truchsess Waldbour, de-

legado de la Prusia. Napoleon recibió á los tres primeros con muchos miramientos, pero pareció indignado al ver en el número de los comisarios un representante de la Prusia, de aquel pais que habia sido una vez el objeto de su desprecio, i siempre el de su odio. Era para él una afrenta sensible el verle arrojarse el derecho de decidir de su suerte. Recibió al comisario ingles con muestras particulares de aprecio, diciéndole, que deseaba hacer la travesia sobre un navio ingles, i que tenia mucho gusto en que lo escoltase un oficial de aquel pais.

Napoleon concedió entonces una audiencia de licencia para retirarse al duque de Bassano, i se puso de mal humor cuando un edecan vino á anunciarle, de parte del general Bertrand, que habia llegado la hora prefijada para la marcha. »Está muy bien, dijo, esta es una cosa nueva. ¿Desde cuando es el relox del gran mariscal el que arregla nuestros movimientos? Nos iremos cuando queramos, tal vez no nos iremos nunca.» Apesar de todo no tuvo mas que un momento aquel movimiento de impaciencia.

Napoleon salió de Fontainebleau el dia 20 de abril de 1814 á las once de la mañana. Su comitiva llenaba catorce coches, para los cuales se necesitaban paradas de sesenta caballos. Durante el viage, á lo menos en los primeros dias, afectó dar una especie de publicidad á su paso, enviando á buscar á las autoridades de las ciudades que atravesaba, é informándose del estado de los parages, como lo habia acostumbrado hacer en otros tiempos en semejante ocasion. Los gritos de ¡viva el emperador! se hacian oír á menudo, i parecian darle una nueva vida. Por otro lado los corregido-

res i suprefectos, á quienes hacia preguntas sobre la causa de la decadencia de muchas ciudades, le hacian arrugar las cejas, atribuyendola á la guerra ó á la conscripcion; i en muchos parages llevaba el pueblo la escarapela blanca, i le insultaba gritando; *viva el rey!*

El 24 de abril encontró Napoleon, en un pequeño cuartel cerca de Valence, á Augereau, su antiguo compañero de armas, que habia hecho con él las campañas de Italia. El mariscal estaba resentido de algunas reflexiones insertas en los boletines oficiales que vituperaban su plan de operaciones para la defensa de Leon. Asi es que, cuando dirigió una proclama á su ejército sobre los cambios que acababan de suceder, habló de Napoleon como de un hombre que habia sido él mismo el instrumento de su ruina, i que no obstante no se atrevia á morir. La entrevista no fué nada amistosa, i cuentan que entre los dos tuvieron el siguiente diálogo: »Tengo tu proclama, dijo Napoleon; tu me has hecho traicion.— Señor, respondió el mariscal, vos sois el que ha hecho traicion á la Francia i al ejército, sacrificándolos ambos á vuestra insaciable ambicion.— Tu te has escogido un amo nuevo, gritó Bonaparte.— Ninguna cuenta tengo que daros sobre este particular, respondió el general.— Tú no tienes valor, repitió Napoleon.— Tú eres el que no lo tienes» dijo Augereau, i sin mas razones volvió la espalda á su antiguo amo. *

* Itinerario de Bonaparte, pág. 35 Augereau era un viejo republicano, i habia parecido querer oponerse á Bonaparte el día que aquel pronunció la disolucion del cuerpo legislativo. Se sometió á él mientras reinó, pero vituperó siempre con severidad su pasion desenfrenada de conquistas.

En Montelimart recibió el emperador desterrado, por la última vez, testimonios de interes. Se aproximaba entonces á la Provenza, pais donde jamas habia sido querido, i fué recibido con gritos de imprecacion mil veces repetidos de „; muera el tirano! ; muera el asesino de nuestros hijos!“ Quanto mas avanzaba, mas estallaba la indignacion con violencia. El lunes 25 de abril, cuando sir Niel Campbell que habia partido con Napoleon, llegó á Aviñon, el oficial de guardia preguntó con un aire inquieto, si la escolta que acompañaba al emperador era bastante fuerte para resistir á un alboroto popular que empezaba ya á manifestarse con la noticia de su llegada. El comisario ingles, le suplicó que emplease todos los medios posibles para proteger el paso de Napoleon. Fué convenido, que se colocarian los relevos en un cuartel de la ciudad diferente del en que ordinariamente se mudaba de caballos. Apesar de todo les descubrió el pueblo, les rodeó, i costó mucho trabajo sustraer á Napoleon á su furor. Iguales peligros se renovaron en otros parages, i para evitar que fuese asesinado, fué preciso usar de muchas precauciones. En Orgon paseaba el populacho por las calles su retrato todo lleno de sangre, i detuvo su coche para ponérsele á la vista. En una palabra, desde Aviñon hasta la Calade, no hubo una ciudad ni un pueblo, donde no fuese groseramente insultado, i á no ser por los cuidados i la intervencion continua de los comisarios, probablemente hubiera sido hecho pedazos. Los ultrages del pueblo parecieron hacerle mucha impresion; hasta le hicieron verter lágrimas. Tambien manifestó un temor de ser asesinado, que no parecia acordarse con su valor reconocido; pero es preciso hacerse cargo, que

el peligro que corria era de una naturaleza muy particular, i bien apropósito para horrorizar aun á los que no hubieran temblado jamas en un campo de batalla. El soldado mas valiente podria estremecerse á la idea de una muerte semejante á la de los Witts. * En la Calade volvieron á repetirse sus terrores, i manifestó mucho miedo de ser envenenado. Luego que llegó á Aix, se encargó á un doble destacamento de gendarmes i de tropas aliadas de vigilar por su seguridad personal. En un palacio llamado *Bouillidon*, tuvo una entrevista con su hermana Paulina.

Por último llegó á Frejus, á aquel mismo puerto que le habia recibido, cuando á su vuelta de Egipto estaba en vísperas de principiar aquella admirable carrera que entonces iba á concluirse, segun todas las apariencias, en el mismo punto de donde habia salido. Se encerró solo en un cuarto, donde empezó á pasearse de arriba abajo manifestándose impaciente, parándose muchas veces para ver desde la ventana si llegaban los barcos; que uno de ellos debia trasportarle fuera de Francia, segun parecia para siempre jamas. Habian venido de Tolon para Frejus la fragata francesa la *Driada*, i un brick llamado el *Inconstante*, i estaban prontos para recibirle; pero no gustándole tal vez embarcarse bajo el pabellon blanco, prefirió Napoleon subir á bordo del navio de S. M. Británica el *Intrépido*, mandado por el capitan Usher. Aquella embarcacion habia sido puesta á disposicion del comisario ingles sir Niel Campbell, quien se pres-

* Los dos hermanos de Witts fueron despedazados en Inglaterra por un populacho desenfrenado en el reinado de Carlos II. (Editor.)

tó voluntariamente á los deseos de Napoleon. El 28, á las once de la noche se embarcó, i fué saludado con veinte i un cañonazos. »A Dios, César i su fortuna,» dijo el enviado ruso. Los comisarios ingleses i austriacos le acompañaron en la travesía.

Durante el pasaje, Bonaparte pareció recobrar su presencia de espíritu, i conversó con mucha franqueza i familiaridad con el capitán Usher i sir Niel Campbell. Mientras estuvo á bordo del *Intrépido*, habló Napoleon con mucha libertad de la facilidad con que habia engañado i batido á los aliados en la campaña última. »Era, decia, el ejército de Silesia el que le habia dado mas que hacer; aquel diablo de Blucher apenas acababa de ser batido cuando queria batirse otra vez;» pero consideraba su victoria sobre Schwartzenberg como cierta sin la defeccion de Marmont.

Acababan de pasar la isla de Córcega, cuando propuso al capitán Usher tirar un cañonazo para hacer traer un barco pescador del cual esperaba saber algunas noticias. El capitán Usher se escusó para no hacer nada, diciendo que un acto semejante de hostilidad contra un neutro le *desnacionaria* contradictoriamente á la doctrina del mismo Napoleon sobre el derecho de gentes. El emperador rió de buen corazon. Otra vez se divertia en suponer, que su viage daria lugar á admirables caricaturas en Londres. Parecia muy familiar con aquella especie de sátira que es tan peculiar en los ingleses.

El 4 de mayo, cuando llegaron á la vista de Porto Ferrayo, ciudad principal de la isla de Elba, que tiene un hermosísimo puerto, se halló que la isla estaba en agitacion. Los habitantes se habian insurreccionado recientemente contra los

franceses. Para apaciguarlos, el gobierno i las tropas habian por fin dado su adhesion al gobierno de los Borbones. Aquel estado de cosas aumentó naturalmente los temores de Napoleon, que no estaba enteramente consolado desde los riesgos que habia corrido en Provenza. Aun á bordo del *Intrépido* habia pedido que durmiese un sargento fuera de su cabina, i dentro un criado montaba igualmente la guardia al lado de su amo. Cuando fué preciso entrar en el puerto, manifestó alguna repugnancia en dejar pasar el navío directamente bajo las baterias; i cuando desembarcó por la primera vez, en la mañana, lo hizo muy temprano i disfrazado, habiendo de antemano obtenido del capitan Usher un destacamento de soldados de marina para escoltarle.

Habiendo vuelto á bordo para almorzar, despues de haber hecho aquella primera visita de incógnito, el emperador de la isla de Elba, como podia llamársele entonces, desembarcó de ceremonia, á eso de las dos de la tarde, con los comisarios, i cuando salió del *Intrépido*, le hicieron un saludo real. En la playa fué recibido por el gobernador, el prefecto i los demas magistrados con todos los honores que pudieron hacerle; le condujeron con gran acompañamiento hasta la casa de la ciudad, precedido de una miserable banda de músicos de lugar. El pueblo le acogió con numerosas aclamaciones. El nombre de Bonaparte habia sido impopular entre los habitantes con el título de emperador de los franceses; pero se prometian ventajas considerables de su permanencia en la isla, en calidad de su soberano particular.

CAPITULO XI.

RESUMEN DEL CAPITULO XI.

LA ISLA DE ELBA.—MODO DE VIVIR I OCUPACIONES DE NAPOLEON.—EFECTO QUE PRODUJO SU RESIDENCIA EN LA ISLA DE ELBA SOBRE EL REINO DE ITALIA QUE ESTÁ INMEDIATO.—RECIBE LA VISITA DE SU MADRE, DE LA PRINCESA PAULINA.—SIR NIEL CAMPBELL, ÚNICO COMISARIO QUE DEJARON EN LA ISLA DE ELBA.—DIFICULTADES PECUNIARIAS QUE ESPERIMENTA, I SUS TEMORES DE SER ASESINADO.—SU IMPACIENCIA EN MEDIO DE AQUELLOS MOTIVOS DE QUEJAS.—MEZCOLANZA DE SU CORTE.—SÍNTOMAS DE UNA CRISIS CERCANA.—SE LICENCIA I VUELVE Á MANDAR Á FRANCIA UNA PARTE DE LA VIEJA GUARDIA.—SE ESCAPA NAPOLEON DE LA ISLA DE ELBA.

CAPITULO XI.

La isla de Elba, en cuyos límites estaba encerrado entonces el vasto imperio de Napoleon, se halla situada enfrente de la Toscana, i puede tener cerca de sesenta millas de circunferencia. Disfruta de un aire sano, excepto en las cercanias de

las marismas. El pais es montañoso, i la vegetacion que es tan hermosa como la de Italia, le dá en general un aspecto pintoresco. Produce pocos granos, pero esporta una cantidad considerable de vinos, i sus minas de yerro eran célebres en tiempo de Virgilio, quien describió aquella isla como: »*Insula inexhaustis chatybum generosa metallis.*»

Se encuentran igualmente en ella otras producciones minerales; tiene dos buenos puertos, i su suelo produce abundantemente uvas, aceitunas, frutas i maiz. Si pudiera suponerse la existencia de un imperio en un territorio tan limitado, la isla de Elba posee tal vez hermosos i variados sitios para poder ser la escena de un sueño de soberania durante una noche de verano. * Parece que Bonaparte se presentaba á aquella ilusion, cuando acompañado de sir Niel Campbell, dió la vuelta á su pequeño imperio, como si hubiera hecho un reconocimiento. No dejó de ir á visitar las minas de hierro, i habiendo sabido que rentaban anualmente 500,000 francos: »¿Esta suma me pertenece pues?» dijo. Pero como le recordaron que habia dado aquella renta á la Legion de honor, exclamó: ¿donde tenia pues la cabeza cuando la hize esta donacion? »Pero he dado bastantes decretos necios de esta especie.»

Uno ó dos hombres de la clase mas pobre se arrodillaron, i aun se prosternaron ante él encontrándole en la calle. Pareció disgustarle aquel grado de bajeza humillante, i la atribuyó á su mala educacion. En sus escursiones iban delante de él

* No podria entenderse bien esta frase, sino se recordara que existe una pieza de Shakspeare, intitulada, *el Sueño de una noche de verano.* (Editor.)

dos correos bien armados, i examinaban todos los parages que parecian sospechosos. Pero cuando hubo trepado una montaña mas arriba de Porto Ferrayo, i que vió el mediterraneo á sus plantas casi por todos lados, dijo con una sonrisa de buen humor: "Es preciso confesar que mi isla no es grande."

Se declaró no obstante perfectamente resignado con su suerte, habló amenudo de sí mismo, como de un hombre muerto políticamente, i haciéndose un mérito de lo que decia sobre los negocios públicos, como no teniendo en ello ningun interes, pretendia que sus intenciones eran las de dedicarse esclusivamente á las ciencias i á la literatura. Otras veces decia, que queria vivir en su pequeña isla como un juez de paz en un pueblo de Inglaterra.

Durante las dos ó tres primeras semanas de su residencia en la isla de Elba, habia proyectado ya Napoleon mejoras, que no hubiera podido ejecutar con los medios que poseia, sin consagrar tal vez para ello todo el resto de su vida. Acostumbrado, como lo estaba, á no tener mas que abrir la boca para ser obedecido, i á mirar las mejoras que meditaba, como convenientes al gefe de un gran imperio, no es de admirar que no haya podido advertir que sus operaciones actuales no concernian mas que á una isla pequeña, en la que debia necesariamente restringirse la magnificencia de sus antiguos planes por la falta de fondos.

En el discurso de dos ó tres dias de viage, con la misma rapidez que caracterizaba todos sus movimientos en sus correrias frecuentes en Francia, i sin poder soportar por mas tiempo el reposo ó la menor detencion, habia visitado Napoleon todo cuanto contenia su pequeña isla, minas, bosques,

marismas, puertos, fortificaciones, todo cuanto podia llamar la atencion de un momento; i todo cuanto habia visto, debia modificarse. Hasta que no hubo pasado aquella revista, no pudo disfrutar de ningun descanso, i cuando la hubo concluido, no tuvo en que ocuparse.

Uno de sus primeros proyectos, i tal vez el mas característico, fué el de acrecentar i estender sus posesiones, ocupando una isla desierta, llamada Rianosa, que habia sido abandonada á causa de los frecuentes desembarcos de los corsarios. Para esta expedicion envió treinta guardias suyas, i diez hombres de la compañía independiente de la isla; ¡que contraste con las que habia dirigido otras veces! Delineó un plan para fortificar aquella isla desierta, i exclamó con un tono de complacencia: »dirá la Europa que ya he hecho una conquista.»

En muy breve tiempo habia formado Napoleon el proyecto de muchos caminos, imaginado medios para hacer venir el agua de los montes hasta Porto Ferrayo, delineado los planes de dos palacios, el uno en la campiña, i el otro en la ciudad, de una casa separada para su hermana Paulina, cuadras para ciento i cincuenta caballos, un lazareto, edificios para la pesca del atun, i salinas de una nueva especie en Porto Longone. Concluyó por establecer cuatro lugares de residencia en diferentes partes de la isla; i como toda su diversion no consistia mas que en cambios, iba sin cesar del uno al otro, tan infatigable como un pájaro en su jaula, que salta de palo en palo para resarcirse de no poder desplegar sus alas en el aire, su natural elemento. Parecia que la grandeza del objeto que le ocupaba, no era lo que mas le inte-

resaba; bastaba que le proporcionase el medio inmediato de entregarse á una actividad constantemente estimulada, era como el jugador determinado que, no poseyendo ya los medios de jugar fuerte, prefiere jugar poco, mas bien que abandonar la mesa.

Los términos de la proclama del gobernador frances al entregar su autoridad á Napoleon, eran comedidos i decentes, pero era chistoso el exorto espiritual del vicario general Arrighi, pariente de Bonaparte, cuyo objeto era felicitar á los habitantes de la isla por haber venido á ser súbditos de Napoleon. »Elevada al honor sublime de recibir el unguido del señor,» hablaba de las riquezas inagotables que iban á derramar á mares sobre el pueblo los extrangeros que vendrian á ver al héroe. Se habria dicho que su exorto pastoral tenia por mira anunciar que la isla de Elba se habia convertido en la residencia de algun animal curioso i desconocido que iban á enseñar por dinero.

La familia interior de Napoleon, aunque reducida á treinta i cinco personas, conservaba todavia los títulos i las dignidades propios de una corte imperial, i de las que se verá bien pronto hacer al pequeño soberano un uso político. Adoptó un pabellon nacional que tenia una banda encarnada atravesando un campo blanco de derecha á izquierda, llevando dicha banda tres abejas. Para realzar la dignidad de su capital, habiendo descubierto que el antiguo nombre de Porto Ferrayo era Compoli, es decir, la ciudad de Coma, mandó que se le diese el de Cosmopoli, ó la ciudad de todas las naciones.

Su guardia, compuesta de cerca de setecientos hombres de infanteria i de ochenta de caba-

lheria , parecia ocupar la atencion de Napoleon tanto como jamas lo habia hecho el ejército grande. La ejercitaba continuamente , i sobre todo en arrojar balas i bombas ; i se echó bien pronto de ver que trataba de procurarse reclutas.

Desde el mes de julio de 1814 hubo un gran movimiento de fermentacion en Italia , en donde la proximidad de la isla de Elba , la residencia de muchos individuos de la familia Bonaparte i la soberania de Murat , atraian un concurso general de amigos i admiradores de Napoleon. Esta agitacion se aumentaba todos los dias , i se emplearon diversos medios para estender la idea que Napoleon volveria á tomar algun dia todo su poder. Llegaron de Italia varios destacamentos pequeños de reclutas para engancharse en su guardia , i fueron arrestados en Liorna dos individuos encargados de aquel servicio. Se hallaron en su poder listas manuscritas que contenian los nombres de muchos centenares de personas dispuestas á servir á Bonaparte. La especie de fermentacion i de descontento que nació con este motivo en Italia , se aumentó considerablemente con la conducta impolítica del príncipe Rospigliosi , gobernador civil de Toscana , quien restableció en toda su fuerza todos los reglamentos i todas las formas que se observaban otras veces en tiempo de los duques de aquel pais. Suprimió el establecimiento del museo que habia sido instituido por la hermana de Bonaparte , i volviendo á todos los absurdos del antiguo gobierno , tuvo cuidado de no disminuir un solo impuesto de los que habian creado los franceses.

Ácia mediados del verano , recibió Napoleon la visita de su madre i la de su hermana la prin-

cesa Paulina. Parece que esperaba tambien ver llegar ácia la misma época á su esposa Maria Luisa, que segun decian, iba á tomar posesion de sus estados de Italia. Su separacion i los acontecimientos que sucedieron delante de Paris, eran los únicos objetos que parecian hacerle perder su sangre fria. No hablaba jamas de ellos, sino con aspereza i violencia. Decia que los obstáculos que ponian á su reunion con su muger i su hijo, los reprobaban universalmente en Viena; que en los tiempos modernos no podia citarse ningun ejemplo semejante de injusticia i barbarie; que la emperatriz estaba prisionera, acompañándola á todas partes un oficial de ordenanza; en fin, que antes que ella saliese de Orleans, la habian dado á entender que se la permitiria ir á reunirse con él á la isla de Elba, lo que en la actualidad la negaban. Era muy posible, añadia, ver en aquella separacion una sombra de política, aunque no pudiera apercibirse una de justicia. El Austria habia unido su hija con el emperador de la Francia, pero deseaba romper aquella union con el emperador de la isla de Elba, porque podian recelar que el respeto debido á una hija de la casa de Hapsbourg, no reflejase demasiado lustre sobre el soberano que habia abdicado.

Acia mediados de mayo, el baron Kohler comisario tomó licencia de Napoleon para volverse á Viena. Este era un general austríaco de alta distincion que gozaba de una gran reputacion, amigo particular del príncipe Schwartzemberg. El momento de su salida ofreció una escena enteramente patética de parte del emperador. Napoleon derramó lágrimas abrazando al general Kohler, i le pidió que hiciese de modo de reunirle con su esposa i su hijo. Le llamó el salvador de su vida, i sintió

que su pobreza no le permitia darle alguna señal preciosa de su recuerdo. En fin, estrechándole entre sus brazos, le retuvo algun tiempo, repitiéndole las expresiones de la mas viva adhesion. Aquella sensibilidad no existia mas que por un lado; porque habiéndole preguntado en seguida á Kohler un ingles testigo de aquella escena, en que pensaba cuando recibia aquellos abrazos afectuosos del emperador: »En Judas Iscariote, respondió el austríaco.»

Despues de la salida del baron Kohler, el coronel sir Niel Campbell fué el único de los cuatro comisarios que continuó residiendo en la isla de Elba, por orden del gabinete británico. Era difícil decir cuales eran realmente sus funciones, i cuales las instrucciones que habia recibido. No tenia ni el poder, ni el derecho, ni los medios de intervenir en los movimientos de Napoleon. Un tratado habia reconocido al emperador como soberano independiente, i ya no era tiempo de preguntar si aquel era un acto de sabiduria ó de locura. Solo, pues, en calidad de enviado podia tener sir Niel Campbell el permiso de residir en su corte, i no como enviado ordinario encargado de los intereses de su gobierno, pero con una mision de la clase de las que no se confiesan, la de observar la conducta del soberano á cuyo lado se reside.

Napoleon no se opuso á la continuacion de la residencia de sir Niel Campbell en su isla por equívoca que fuese. Muy lejos de murmurar, afectó por el contrario de estar muy encantado. Durante bastante tiempo, pareció aun solicitar el trato del enviado ingles, tuvo frecuentes entrevistas con él, i le habló de los asuntos políticos con toda la apariencia de la confianza.

En los últimos meses de 1814, advirtió sir Niel Campbell que Napoleon trataba de separarse de su presencia cuanto podia sin una groseria notable. Se redujo casi de un golpe al ceremonial de una corte imperial; i sin dar al enviado ingles ningun motivo positivo de queja, ni aun ningun derecho de pedir una esplicacion, logró hasta cierto punto, quitarle todo medio de entretenerse con él. Las únicas ocasiones que tenia para acercarse á la persona de Napoleon, se ofrecian cuando volvia á la isla de Elba despues de una corta ausencia en Liorna ó Florencia, porque entonces era un asunto de etiqueta su presencia al levantarse de la cama el emperador.

En aquellas ocasiones las profecias de Napoleon amenazaban la paz de la Europa. Hablaba sin cesar de la humillacion que se habia hecho sufrir á la Francia, despojándola de la Bélgica i de Amberes; este era su objeto favorito. El 30 de octubre, volviendo á esta conversacion con mas minuciosidad, pintó el estado de irritacion de la nacion, diciendo que todo frances miraba el Rhin como formando los límites naturales de su pais, que nadie podia cambiar aquella opinion. Añadió, que la Francia no carecia de poblacion, la cual era mas guerrera, que la de ningun otro pais, tanto por una disposicion natural, como por consecuencia de la revolucion i por el amor á la gloria.

Se detuvo en este momento, i trató de hacer ver que los sentimientos que manifestaba, no tenian nada de personal, i que no esperaba nada de las revoluciones que preveia.

Soy un hombre muerto, dijo; nací soldado, subí á un trono, he bajado de él; me hallo preparado para cualquier destino que sea. Pueden de-

portarme á una playa lejana ó matarme aqui; presentaré mi pecho al puñal. Cuando no era mas que el general Bonaparte, tenia posesiones que habia adquirido; en la actualidad estoy privado de todo.”

En otra ocasion habló de la fermentacion que reinaba en Francia, como lo habia sabido, dijo, por la correspondencia de sus guardias con su pais; i olvidó el papel de difunto, hasta el punto de decir claramente, que el descontento actual estallaria con todo el furor de la primera revolucion, i exigiria su resurreccion. »Porque entonces, añadió, los soberanos de la Europa hallarán necesario en su propio interés llamarme para restablecer la tranquilidad.”

Aquella especie de conversacion era tal vez el mejor medio que pudiese adoptar para ocultar sus secretos al comisario ingles. Sir Niel Campbell, apesar de que no dejaba de tener sus sospechas, juzgó en último resumen, que no era verosímil, que Napoleon meditase alguna empresa extraordinaria, á menos que se presentase alguna ocasion seductora en Francia ó en Italia.

Bonaparte tenia con todos el mismo lenguaje que con el comisario ingles. Estaba afable, i aun cordial, en apariencia, con respecto á los numerosos extranjeros, á quienes la curiosidad hacia ir á verle. Hablaba de su retiro como lo hubiera podido hacer Diocleciano de sus jardines de Salones. Parecia considerar su carrera política como concluida, i tener por objeto principal explicar los rasgos de su vida, que el mundo interpretaba en contra suya.

Cuando se acercó el invierno, pudo notarse una alteracion en los modales i costumbres de Napoleon. Los cambios que habia proyectado

en su isla, no le inspiraban el mismo interés. Renunciaba de tiempo en tiempo al ejercicio activo, á que se habia entregado desde luego; tomaba un coche en lugar de montar á caballo, i caia por intervalos en accesos de profunda reflexion, mezclada de una inquietud sombría.

Conoció tambien en aquella época los disgustos de que hasta entonces habia estado exento, los cuales proceden de falta de dinero. Habia hecho gastos imprudentes i excesivos sin calcular por una parte el importe de sus recursos, i por otra lo que costarian los cambios que queria hacer. Se habia consumido bien pronto el dinero efectivo que habia traído de Francia, i para proporcionarse otro, mandó á los habitantes de la isla que pagasen en el mes de junio las contribuciones del año. De esto resultaron peticiones, solicitudes personales i descontento.

Hemos dicho, que la primera causa de sus apuros pecuniarios habia sido la impaciencia de Napoleon en ejecutar todos los planes que se presentaban á su fértil imaginacion; pero no debe atribuirse menos á la conducta inicua é indigna del ministerio frances. El gobierno frances era entre todos el que estaba mas obligado, con respecto á la conciencia, al honor i á la política, á observar exactamente, por lo que concernia á Napoleon, el tratado de Fontainebleau que habia sido el primer escalon de la restauracion de Luis XVIII sobre el trono. El sexto artículo de este tratado decia, que se escribiria en el gran libro una renta de dos millones i quinientos mil francos, la que se pagaria sin detencion ni deduccion á Napoleon Bonaparte. Los mariscales Macdonald i Ney habian estipulado aquella condicion, como el precio

de la abdicacion de Napoleon, i los ministros franceses no podian negarse al pago, sin cometer una injusticia tiránica con Bonaparte, i sin insultar gravemente al mismo tiempo á las potencias aliadas. No obstante, bien lejos de haberle pagado regularmente aquella renta, no hemos encontrado ninguna prueba de que Napoleon haya recibido nunca nada. Viendo el residente ingles lo muy atormentado que se hallaba el emperador con sus apuros pecuniarios, declaró como su opinion, no una sola, sino repetidas veces, „que si Napoleon se hallaba apurado mucho mas tiempo, hasta el punto de no poder continuar manteniendo el exterior de una corte, era capaz de hacer un desembarco en Piombino á la cabeza de sus tropas, ó de cometer cualquiera otra extravagancia.” Tal fué la opinion que manifestó sir Niel Campbell el 31 de octubre de 1814, i el lord Castlereagh hizo vivas representaciones sobre este particular, á pesar de que la Gran Bretaña era la única de las potencias aliadas que no fuese parte contratante en el tratado de Fontainebleau, i que por consiguiente hubiera podido dejar á las otras el cuidado de discutir aquel objeto. Los franceses no se abochornaron de defender su conducta objectando que no se deberia la renta hasta pasado un año; objecion que debemos mirar como evasiva, puesto que siendo alimenticia una renta de aquella especie, debia pagarse por plazos anticipados. Sir Niel Campbell reiteró todavia muchas veces el mismo aviso; pero parece que el gobierno frances, sea que obrase por un espíritu de baja venganza ó de avaricia, sea que se hallase el mismo en iguales apuros, no cambió en nada una marcha que era tan poco honrosa como impolítica.

Al paso que Bonaparte irritado con sus necesidades pecuniarias i sus demas motivos de queja, i atormentado por la actividad de un espíritu incapaz de reprimirse, dejaba escapar espresiones que daban que sospechar, i que habrian debido inclinarse á tomar algunas precauciones, principiaba su corte á tomar una apariencia muy singular, i enteramente opuesta á lo que ordinariamente se vé en la corte de los pequeños soberanos del continente, en donde reina un aire de gravedad añeja para disfrazar la falta de esplendor i poder verdadero.

La corte de Porto Ferrayo merecia en el hecho en un sentido, el nombre de cosmopolita que Napoleon deseaba darla. Era como el patio de un gran cuartel, lleno de militares, de gendarmes, de oficiales de policia de toda especie, de refugiados de todas las naciones, de gentes que dependian del gefe solo i de quien lo esperaban todo: de criados i de aventureros, quienes todos tenian algun punto de contacto con Bonaparte, i habian recibido ó esperaban recibir de él algun beneficio. En aquel tropel mezclado, habian corrido rumores de toda especie, tan numerosos como los átomos que se ven en un rayon del sol. Parecian i desaparecian individuos sospechosos, sin dejar la menor huella de su viage ni del motivo que habia dado lugar á ello, i el puerto estaba lleno de buques que venian de todas partes de Italia. Dominico Etori fraile secularizado, i un griego llamado Theologos, eran mirados como agentes de alguna importancia en la corte de Porto Ferrayo.

La situacion de sir Niel Campbell era entonces muy apurada. Napoleon afectando estimar mas que nunca su dignidad, no solamente desterraba

al enviado ingles de su presencia , sino que aun ponia obstáculos á las visitas que hacia á su madre i á su hermana. Solo, pues, por medio de sus entrevistas con Napoleon en persona , podia esperar sir Niel obtener algunos indicios ; i para procurárselos se veia precisado á ausentarse de tiempo en tiempo de la isla de Elba , porque su ida i vuelta le proporcionaban igualmente la ocasion de pedir una audiencia.

A pesar de todo no podian escapar á los ojos del residente ingles los síntomas de alguna proxima catástrofe. La madre de Napoleon tenia con su hijo entrevistas , despues de las cuales parecia vivamente agitada , i se le oyó hablar de tres diputaciones que habia recibido de Francia. Se miró ademas como una circunstancia muy sospechosa, que Bonaparte hubiese concedido licencias definitivas ó temporales á dos ó trescientos hombres de su guardia vieja , quienes , como se descubrió seguidamente , pero demasiado tarde , sedujeron i corrompieron la fidelidad de las tropas en Francia i prepararon su espíritu á lo que iba á suceder. No puede suponerse , que un número semejante de individuos hubiesen estado positivamente en el secreto : pero cada uno de ellos estaba dispuesto á hacer sonar bien alto los elogios del emperador desterrado , i todos habian concebido i esparcian la opinion que parecia bien pronto para reclamar sus derechos.

Por último Mariotti, consul de Francia en Liorna i Spannoki gobernador toscano de aquel puerto , informaron á sir Niel Campbell , que Bonaparte habia resuelto ciertamente abandonar la isla de Elba con sus guardias , i embarcarse para el continente. Sir Niel Campbell estaba en Liorna

cuando recibió aquella noticia, i habia dejado el sloop de guerra, *la Perdiz*, para cruzar al rededor de la isla. Se deducia naturalmente, que la Italia era la mira de Napoleon, i que tenia intencion de ir á reunirse con su cuñado Murat, quien, desgraciadamente para el mismo, levantaba entonces el estandarte.

El 25 de febrero llegó *la Perdiz* á Liorna, i tomó á su bordo á sir Niel Campbell. Cuando el sloop se acercó á Porto Ferrayo, la vista de la guardia nacional, colocada en las baterias en lugar de los granaderos de la guardia imperial, anunció inmediatamente al residente ingles lo que habia sucedido. Cuando desembarcó, encontró á la madre i á la hermana de Bonaparte en una apariencia de inquietud mortal bien imitada sobre el destino de su emperador, de lo que pretendian no saber nada, sino que habia hecho vela ácia las costas de Berberia; parecian desear vivamente que sir Niel Campbell se quedase en la isla. Resistiendo á sus súplicas, i á pesar de los argumentos mas apresurados del gobernador, quien parecia casi dispuesto á emplear la fuerza para retenerle allí, se embarcó el enviado ingles, i dió á la vela para dar caza al aventurero: pero era demasiado tarde, i *la Perdiz* no descubrió la flotilla sino de lejos, despues que habian desembarcado ya Napoleon i su comitiva.

Las mudanzas que se habian hecho en Francia, i que habian animado una empresa tan atrevida, serán objeto del capítulo siguiente.

CAPITULO XII.

RESUMEN DEL CAPITULO XII.

GOLPE DE VISTA SOBRE LO ATRASADO. — LA RESTAURACION DE LOS BORBONES DESAGRADA Á LOS SOLDADOS, PERO AGRADA AL PUEBLO. — CONDICIONES FAVORABLES PARA LA FRANCIA, CONCEDIDAS POR LOS ALIADOS. — QUEDAN DESCONTENTOS DEL MODO CON QUE ES CONCEDIDA LA CARTA. — OTROS MOTIVOS DE DESCONTENTO. — TEMOR DE QUE SE ANULE LA VENTA DE LOS BIENES DEL CLERO, Y LA DE LOS DE LA C RONA. — RESURRECCION DE LA FACCIÓN DE LOS JACOBINOS. — MOCION EN FAVOR DE LAS PRETENSIONES DE LOS EMIGRADOS EN LA CÁMARA DE LOS DIPUTADOS. — PROPOSICION DEL MARISCAL MACDONALD. — APUROS DEL ERARIO. — RESTRICCIONES IMPUESTAS   LA LIBERTAD DE LA PRENSA. — REFLEXIONES SOBRE ESTE ASUNTO.

CAPITULO XII.

Es preciso trasladarnos ahora   la época del restablecimiento de los Borbones sobre el trono en

1814. Sucedió aquel acontecimiento en circunstancias tan extraordinarias que hizo renacer una esperanza estravagante de felicidad general, fué como una primavera precoz que engaña con tanta mayor pena la esperanza del labrador con cuanta mas le ha sucedido con el número i el brillo de las flores. Durante un cierto tiempo, todo habia estado sereno i de color de rosa. Los franceses conocian mejor que ninguna otra nacion, el arte de gozar de lo presente sin echar una ojeada de pesar sobre lo pasado, i sin mirar sobre lo venidero, bajo un punto de vista poco favorable. Luis XVIII, respetable por sus conocimientos literarios i por la práctica de las virtudes domésticas, fué recibido en la capital de su reino con aclamaciones que unicamente los soldados no repitieron de buena gana: tenia el aire sombrío, triste i descontento. La guardia imperial, convertida en guardia real, parecia por su genio soberbio, mirarse como cautivos conducidos en triunfo, mas bien que como soldados que participaban de los honores.

Pero las clases superiores i medianas de la sociedad, á excepcion de los que perdian directamente alguna cosa en la abdicacion de Napoleon, vieron con una satisfaccion sincera la perspectiva de la paz, i la esperanza de estar al abrigo de las vejaciones arbitrarias. Si todo el mundo no estaba inflamado de un celo personal por los representantes de una familia por tanto tiempo extranjera á la Francia, i era difícil suponer que lo fuese, podia por lo menos lisongearse que la nueva esperanza de felicidad i seguridad que hacia nacer su vuelta, supliria á aquel sentimiento.

El senado de Napoleon llamando á los Borbones al trono, no habia obrado asi, sin hacer

condiciones por parte de la nacion, i sin hacer tambien las suyas. En cuanto al primer objeto, dió un decreto por el cual llamaba al trono á Luis Estanislao Xavier, hermano del difunto rey, pero con la condicion de que aceptaria una constitucion preparada por el senado.

El rey se negó á reconocer en el senado el poder de dictar las condiciones de su restablecimiento sobre un trono que le correspondia por nacimiento, sin haber perdido nunca sus derechos, i declarar propiedades exclusivas de los senadores las dotaciones hechas á su orden por Bonaparte como ellos pretendian. Luis XVIII tomó, pues, la corona como heredero legítimo i natural del monarca que la habia llevado el último, i promulgó su carta constitucional, como una concesion que exigia el espíritu del tiempo, i que él mismo no tenia gana ninguna de rehusar, i el pueblo quedó contento; pero la formacion del ministerio dió lugar á motivos los mas serios de aprension i censura. Despues de la restauracion, se dejaron los diferentes empleos de la administracion á los que habia nombrado el gobierno provisional. Todos los miembros del consejo de estado provisional fueron nombrados ministros de estado. La mayor parte de ellos, aunque dotados de talentos verdaderos, eran hombres que habian envejecido en todos los cambios de la revolucion, i no tenian ni podian tener la confianza del rey fuera del ramo de administracion que se habia confiado á cada uno de ellos.

La versatilidad política de Talleyrand, ministro de relaciones extrangeras, no podia prometerle una gran popularidad como primer ministro, á pesar de los titulos que su talento i su esperiencia

le daban en el empleo, i despues de algun tiempo se juzgó mas conveniente enviarle al congreso de Viena para que emplease alli su genio diplomático en el arreglo de las relaciones exteriores de la Francia con las demas relaciones de la Europa. A pesar de todo, la ausencia de aquel hombre de estado consumado, hizo gran daño á los asuntos del rey. Haber sabido conservar no solamente la vida, sino tambien los honores, i á menudo el poder en medio de las vicisitudes multiplicadas de la revolucion, era una prueba segun la expresion del viejo conde de Pembroke, de que un hombre tan diferente habia nacido del sauce, i no de la encina. Pero los hombres mas sabios de la Francia, opinaban que no era justo, con respecto á las épocas, criticar el modo con que se habia adherido á los individuos ó se habia alejado de ellos, i que era preciso hacer atencion á la conducta general i á las máximas que habia profesado en el interés de la Francia.

Dupont fué nombrado ministro de la guerra, empleo que debió quizás á la persecucion que habia sufrido de Bonaparte por la capitulacion de Baylen. Soult fué en seguida llamado á ejercer aquellas funciones importantes: cual fuese su recomendacion, es lo que seria inutil investigar. Cuando supo Napoleon su nombramiento por boca del residente ingles, dijo, que aquella eleccion seria buena i sabia sino levantaba la cabeza otro partido en Francia; pero manifestó claramente, que si se levantaba uno, no podian los Borbones contar con la fidelidad de Soult para su causa, lo que aconteció verdaderamente.

Para aumentar todavia los inconvenientes de una administracion semejante, tenia Luis XVIII

un favorito, aunque no tenia un primer ministro. El conde de Blacas de Aulps ministro de la casa del rey, antiguo servidor del monarca durante su destierro, era mirado como el canal por cuyo conducto se transmitian las órdenes del gobierno á los demas ministros, i su proteccion se miraba como la puerta mas segura de los favores.

Las condiciones de la paz, como ya lo hemos dicho, habian sido calculadas de un modo capaz de hacerlas agradar al pueblo frances. La Francia se hallaba á la verdad despojada de aquel vasto poder que no podia menos de comprometer la independencia de las demas naciones de la Europa, i generalmente hablando, estaba encerrada en los límites que habia tenido en el 1º de enero de 1792. Volviendo la vista los franceses ácia lo que habian perdido, cuando no fué tan vivo el recuerdo de una guerra terrible, de la cual acababan de escapar, se hallaron naturalmente dispuestos contra toda razon, á murmurar de la reduccion de su territorio, i á pretender que hubieran debido por lo menos dejarnos la Bélgica. Aquella opinion estaba alimentada i propagada por los partidarios de Bonaparte, tanto mas descontentos de la cesion de aquel pais cuanto que, se sabia que era un punto sobre el que habia insistido la Inglaterra.

En una palabra, todo cuanto hubiera debido calmar i satisfacer al pueblo frances, se convirtió en un motivo de queja i descontento, á consecuencia de los sentimientos i falsas interpretaciones esparcidas con artificio.

Los liberales de Francia se determinaron á insurreccionarse contra el nombre, bajo el cual se les habia concedido una constitucion, i á llamar á Bonaparte que habia hecho desaparecer hasta la

sombra de la libertad, mas bien que recibir de manos de un monarca pacífico el grado de libertad que habian obtenido ellos mismos.

Los franceses podian en aquella época dividirse en tres partidos activos i distintos: los realistas, los liberales de toda especie, comprendiendo en ellos los republicanos i los partidarios de Bonaparte. Es necesario decir algunas palabras sobre cada uno de ellos.

Los realistas, aumentando poco la fuerza real del poder del rey por su número, excitaban la envidia por su alto nacimiento i por sus pretensiones no menos elevadas. Embrollaban sus asuntos con su celo inconsiderado, turbaban su reposo con sus quejas justas i naturales en si mismas, i hacian sospechoso á su gobierno cada vez que hacia alguna cosa para servirles i mejorar su suerte. Se componian principalmente de nobles emigrados i del clero.

La guerra i el destierro habian disminuido considerablemente el número de la primera clase, hasta el punto que la cámara de los pares, compuesta de mas de ciento i setenta miembros, no contaba mas que de treinta de la antigua nobleza de Francia; los demas eran aquellos mariscales i generales, á quienes las guerras de la revolucion habian valido un empleo, rango i una fortuna brillante, i aquellos hombres de estado que muchos de ellos habian llegado á la misma elevacion por medios menos honrados. Los antiguos nobles, despues de haber visto pasarse su juventud, destruirse su fortuna i consumirse su valor moral, al paso que seguian en pais estrangero la mala fortuna de los Borbones, vieron á la verdad la restauracion de la monarquia, pero no entraron ellos mismos

en Francia, sino para hallar en ella sus haciendas ocupadas por otros, i sus empleos hereditarios al rededor de la persona del monarca, ocupados por los hijos mas afortunados de la revolucion. En consecuencia de un falso raciocinio, aunque bastante natural, las injusticias que habian sufrido les hacian sospechosos á las demas clases de la sociedad i á los demas partidos del estado. Habian sido los compañeros del destierro del rey; le estaban unidos con los vínculos de la amistad; su nacimiento les daba acceso cerca de su persona; ¿era natural, se preguntaban, que Luis pudiese ver sus padecimientos sin tratar de aliviarlos? ¿i como podia hacerlo en la situacion en que entonces se hallaba la Francia, sino que fuese á espensas de los que llenaban algun puesto civil ó militar, ó que aspiraban á él, ó de aquellos que, durante la revolucion, habian adquirido los bienes nacionales en otro tiempo la propiedad de aquellos mismos nobles? A pesar de todo, aquella alarma nacia en parte mas bien de las sospechas que de los hechos.

En seguida tenemos que considerar el estado del clero. Generalmente hablando, estaba sinceramente adherido al rey; i hubiera podido serle de mucha utilidad, si se hubiera hallado en posesion de sus antiguas rentas, i de su influencia natural sobre el espíritu público. Pero sin aquella influencia, sin aquella riqueza, ó por lo menos sin una independendencia suficiente, el clero, políticamente hablando, era tan inutil como una llave que no viene bien á la cerradura á la que se aplica. Aquel estado de cosas desgraciado bajo muchos aspectos, provenia de una máxima adoptada durante la revolucion i seguida por Bonaparte, que tenia sus razones para temer la influencia del clero. »No se

trata de destruir á los clérigos por la violencia, decia, pero los reduciremos por el hambre." En su consecuencia se habian limitado las donaciones i legados en favor de la Iglesia, i cargado con tantas condiciones i restricciones, que aquel modo de adquirir tan fecundo en los paises católicos, habia llegado á ser casi nulo; al paso que el salario concedido por el estado á cada cura no era mas que de 500 francos al año. Sin contradecirlo, se permitia á cada parroquia añadir lo que le pareciese á aquel miserable salario; pero en Francia, cuando se deduce el número de los que se ocupan muy poco de religion, i de los que su celo no llega hasta el de pagar para tener una, el resto no producirá mas que una lista muy pequeña de suscriptores. De esto resultó, que á la época de la restauracion muchas parroquias estaban i habian estado desde muchos años sin ningun culto público. La ignorancia se habia aumentado hasta un grado incalculable. »Estamos informados, escribia Napoleon á uno de sus prefectos, que se distribuyen escritos peligrosos en vuestro departamento.— Aun cuando los caminos estuvieran llenos, respondió el funcionario, no tendria V. M. necesidad de temer su influencia; no tenemos nadie que quiera ni pueda leerlos." Si añadimos á esto el relajamiento de las costumbres, las penas que se tomaron al principio de la revolucion para extirpar todo sentimiento de religion i ridiculizar á los que profesaban tenerle, i el ascendiente del carácter militar tan notable en Francia i tan poco favorable para la devocion; en fin, si se trae á la memoria ademas que todas las riquezas de la Iglesia habian caido en la posesion de los legos, que apretaban las manos para retenerlas i que

temblaban al mismo tiempo no se las arrancasen, podrá el lector, despues de todas aquellas causas, formarse alguna idea del estado de abatimiento en que se hallaban entonces en Francia la religion i el clero.

El celo que manifestaban el rey i la familia real para restablecer las ceremonias de la Iglesia romana, para proveer á los medios de dar una educacion conveniente á los jóvenes destinados al sacerdocio, i para fundar otras instituciones religiosas, hizo nacer entre los franceses un sentimiento de separacion y desconfianza.

Un decreto sobre la observancia mas regular del domingo que justificaban igualmente la religion i la moral, fué tambien mal recibido de los habitantes de la capital. En una palabra, todo lo que, por parte de Luis XVIII, tenia la menor apariencia de propender á satisfacer á los que lo habian perdido todo por su amor, parecia un acto de traicion contra el pueblo.

Ninguna de las circunstancias que acabamos de mencionar, produjo no obstante tanto efecto sobre la opinion pública, como el temor que reinaba de que la laudable veneracion de Luis por la religion i por sus ministros, se inclinase á devolver los bienes al clero. Aquellas haciendas confiscadas por los decretos de la asamblea nacional, se hallaban entonces en posesion de un ejército de particulares que celaban con vigilancia é inquietud el preludio de aquellas medidas, cuyo fin temian no fuese el de despojarles de sus bienes.

Aquellas inquietudes no se ciñeron solamente á los poseedores actuales de los bienes nacionales, porque si estos se hallaban amenazados de verse sin los bienes que habian comprado bajo la san-

cion del gobierno de entonces, era muy probable que en seguida pondrian por delante el derecho divino i justo del clero sobre el diezmo de los productos de la tierra, lo que tocaba á los intereses de todos los propietarios i de todos los arrendadores de la Francia.

En tanto el partido de los jacobinos, ó de los patriotas, como ellos se nombraban, tenia los ojos abiertos sobre las faltas del gobierno, las hacia notar i las exageraba.

Bajo el gobierno de Bonaparte, su mano de hierro reprimió aquella faccion. La experiencia le habia hecho conocer de muchas maneras, el carácter inquieto, intrigante i peligroso de los individuos que la componian. Por su lado conocian muy bien su fuerza; sabian que no era escrupuloso sobre los medios de usar de ella, i les inspiraba temor. La vuelta de los Borbones les dió la vida, como el sol recalienta la vívora adormecida; pero no fue mas que para manifestar su encono contra el rayo que les llamaba á la existencia. La dinastia de los Borbones con todos los recuerdos que se unian á ella, les parecia todo lo que habia de mas opuesto á su revolucion favorita.

Carnot i Fouché, hombres temibles i revolucionarios desde su juventud, eran los gefes ostensibles de aquella faccion activa, i la mayor parte de los revolucionarios que existia todavia, se reunieron bajo sus estandartes. Aquellos agitadores habian conservado alguna influencia sobre la hez del pueblo, i estaban seguros de hallar los medios de aumentarla en un momento de conmocion popular. El populacho de una gran ciudad es naturalmente democrático i revolucionario; porque su vanidad se halla adulada con palabras vanas tales

como la de soberania del pueblo; su pobreza i su desenfreno se dejan tentar con las ocasiones del tumulto, i mira las leyes que le imponen la sujecion, i que le someten al buen órden, como á sus enemigos naturales i constantes. A esta masa corrompida, á estas pasiones funestas es á lo que los quínicos revolucionarios han aplicado siempre su filosofia experimental.

El partido de los imperiales ó de los bonapartistas era poco numeroso, i sin importancia, si se le considera abstraccion hecha del ejército. Los funcionarios públicos á quienes el rey habia quitado los puestos lucrativos que ocupaban en tiempo del emperador, los cortesanos, prefectos, gefes de oficinas, escribientes i comisarios que habian perdido sus emolumentos, i á quienes el porvenir no ofrecia ninguna esperanza, eran necesariamente otros tantos descontentos i murmuradores que dirigian ácia la isla de Elba una mirada de dolor. Pero la verdadera i terrible fuerza de los bonapartistas consistia, en la adhesion que el ejército conservaba por su antiguo gefe. Aquella circunstancia era tanto mas temible, cuanto que los acontecimientos i el espíritu militar eran los que entonces dominaban en la nacion francesa, habian arrancado los soldados á su condicion natural de servidores del estado, para hacer un cuerpo aparte deliberante, i tenian sus intereses particulares incompatibles con los de la nacion.

No se podia acusar al rey de olvidarse de cultivar la afeccion del ejército, de dulcificar las presunciones i de satisfacer á sus deseos. Nada echó en olvido para satisfacer los mas grandes esfuerzos para reorganizarlos, proveer á su equipo i ramontar la caballeria. Sus filas se aumentaron con mas

de ciento i cincuenta mil prisioneros de guerra, cuyo espíritu no se ocupaba en general mas que en el deseo de vengarse de la vergüenza de su derrota i de los sufrimientos de su cautividad, i cuya presencia contribuyó grandemente á aumentar el descontento, tanto como la fuerza del ejército frances.

Al paso que el rey no obtenia mas que un resultado muy imperfecto buscando como ganar la afeccion de los soldados, logró mejor en poner de su parte á los mariscales, á quienes trataba con tanta bondad como consideracion. Fueron sensibles á sus atenciones, i como la mayor parte de ellos tenian algun motivo reciente para quejarse de Napoleon, es muy posible que, si hubiesen podido ejercer una verdadera influencia sobre el ejército, no se hubieran verificado las turbulencias que vinieron bien pronto á agitar la nacion. Pero mientras que Napoleon conservaba con respecto á sus mariscales aquella distancia, á la que un soberano tiene á sus súbditos, se familiarizaba á menudo con los oficiales subalternos i los soldados; tenia cuidado de que fijasen sus ojos sobre él, i ocupar personalmente su atencion. Seria inutil tratar de demostrar por qué estaba el ejército tan adherido á Napoleon. No puede suponerse que hubiese olvidado la larga serie de felices resultados que habia adquirido bajo su bandera; las dotaciones que habia obtenido en comarcas extrangeras, que se hallaban suprimidas, i el saqueo que le habia sido permitido durante las continuas campañas del emperador. Al presente pensaba que el rey se proponia reducirle luego que lo pudiera hacer sin riesgo, i aun se imaginaba que se trataba que dejase de existir.

Pero no era solo el interes personal del ejército lo que causaba su descontento. Bonaparte ha-

bia inspirado á todas las clases de sus súbditos un sentimiento de honor, como le llamaban, que, por mejor decir, no era mas que la vanidad del ascendiente militar i de la grandeza nacional; aquel sentimiento era sobre todo peculiar á todos sus compañeros de armas. Decian que la gloria de la Francia se habia levantado con Napoleon, i se habia eclipsado con él para siempre; no como ellos lo sostenian, por la fuerza superior de los enemigos, sino por la traicion de Marmont i de los demas generales á quienes habia concedido su confianza. Aquella opinion pasó de las filas de los soldados á las de las demas clases de la sociedad, que todas, en Francia, son profundamente sensibles á todo lo que se les representa como la gloria nacional; i los ecos que salian de los campos, de las tiendas i de los obradores, la llevaron á las filas de los soldados.

No habia descontentado menos al ejército, que se hubiese distribuido la decoracion de la Legion de Honor con una profusion que parecia tener por objeto disminuir su aprecio; pero el principal manantial del descontento provenia de la marcha que se seguia para las promociones. Asi nació la rivalidad mas indecente entre aquellos, cuyas pretensiones estaban fundadas sobre su adhesion á toda prueba á la casa de Borbon, i los que habian llevado las armas contra aquella familia. La verdad es, que el desarreglo de la hacienda i de la envidia de los ministros que cada uno de ellos queria ser el amo exclusivo en su departamento, no dejaban al rey ningun medio mas fácil para pagar las deudas de su reconocimiento, i para asegurar medios de existencia á sus antiguos amigos i adheridos, que colocarlos en el ejército. Ancianos que

habian pasado la edad del servicio, ó jóvenes sin experiencia, fueron nombrados, en virtud de aquellas pretensiones, para los grados á que los militares creian les daban derechos sus laureles i cicatrices. La aparicion de aquellos emigrados á ejercer funciones que no convenian ni á su edad, ni á sus achaques, hizo nacer el desprecio i la burla entre los soldados de Bonaparte. Los agentes i los amigos de Bonaparte no dejaron resfriar aquellas pasiones.

En resumidas cuentas los que esperaban algo bueno del gobierno del rey, era aquella clase de franceses que pueden llamarse moderados ó juiciosos que componia la gran masa de los propietarios, i de los hombres ricos, ó que habian recibido educacion. El juicio, la humanidad, el amor á la justicia, la moderacion i las demas buenas calidades de Luis XVIII, le habian grangeado la estimacion de aquella clase, i pensaba que su restauracion podia considerarse como la garantia de una paz durable con las demas naciones de la Europa. Pero temia i queria evitar aquella reaccion contrarrevolucionaria, segun la espresion favorita de aquel tiempo, que se consideraba como la mira de los príncipes de la sangre, de la nobleza i del clero. La fortuna de un gran número de constitucionales consistia en bienes nacionales, i vigilaban con temor i desconfianza cada paso que la nobleza emigrada i el clero parecian dispuestos á hacer para obtener su reintegro en sus antiguos derechos.

Sobre este punto se dirigian principalmente las inquietudes del partido moderado.

Las pretensiones de los emigrados á la restitution de sus bienes confiscados eran, en el fondo, tan justas i tan legítimas como las del rey al trono. Pero las consecuencias políticas de la restitución

cion eran tales, que toda tentativa general de aquella medida hubiera sido la señal cierta de una guerra civil, que probablemente se habria concluido por una segunda expatriacion de la familia real i sus partidarios. En aquel apuro, pareció haber buscado el gobierno con esmero algun medio para conceder algun consuelo á los emigrados, sin violar el artículo de la carta que ratificaba la venta de los bienes nacionales. M. Ferrand hizo una mocion en la cámara de los diputados dirigida á volver á los emigrados los bienes suyos que todavia estaban sin vender.

M. Durbach atacó aquella proposicion, i acusó á M. Ferrand del fatal proyecto de abrir la puerta á la vasta cuestion de los bienes nacionales.

El célebre mariscal Macdonald, tomó á su cargo el presentar un plan para satisfacer á los emigrados tanto cuanto lo permitia la situacion de la nacion, i para asegurar á la vez alguna indemnizacion á las pensiones concedidas por Bonaparte á sus soldados veteranos, pensiones que, en su reinado, habian sido asignadas sobre bienes situados fuera de los límites de Francia, i cuyo pago habia cesado enteramente desde la retirada de Moscou. El informe que hizo el mariscal sobre los detalles de la venta de los bienes nacionales, prueba cuan formidable habria sido el encargo de anular aquella inmensa transacion de propiedades, puesto que el número de individuos interesados directa ó indirectamente en la cuestion de conservar aquellas ventas, ascendia á nueve ó diez millones. Propuso en fin, que la nacion hiciese justicia á los títulos de aquellos desgraciados, sino completamente, á lo menos segun un compromiso análogo al que se habia aplicado á otras obliga-

ciones nacionales. Calculaba que una renta anual de doce millones cubriría todas las reclamaciones de los emigrados. Delineó en seguida el cuadro de la miseria de los soldados veteranos pensionistas del estado, miseria ocasionada por la supresion de las pensiones que habian comprado á costa de su sangre en mil batallas. Miraba como necesaria otra renta de tres millones para pagar aquella obligacion sagrada.

Habia algo de sabio, de noble i de generoso en el plan del mariscal Macdonald, i si hubiera sido posible ponerle en ejecucion, habria calmado en gran parte los temores i las inquietudes de los propietarios de bienes nacionales; hubiera sido al mismo tiempo tratar con una imparcialidad igual las pretensiones de los emigrados i las del ejército. Por desgracia faltaban los fondos, i el gobierno real, bien lejos de hallarse en estado de soportar un nuevo gasto anual de quince millones, no podia cumplir sus diversas obligaciones, sin continuar el impuesto opresivo de los derechos reunidos.

Quedaba todavia otro mal. Habiendo proclamado los Borbones la libertad de la prensa, se desencadenó el espíritu de controversia literaria i política con una violencia infernal, que admiró i espantó á los que habian roto sus lazos. Las furiosas invectivas que se vomitaron contra los Borbones con profusion, hubieran podido hacer decir á sus autores con Caliban:

*You taught me language, and my profit on t' is
I know how to curse.**

* En el arte de esplicarme
Me habeis sabido instruir,
I tanto hé aprovechado
Que hé sabido maldecir.

Para reprimir un espíritu que se manifestaba de un modo tan poco equívoco, se hizo una moción el 4 de julio de 1814, para someter á la censura los escritos que no llegasen á cierto número de páginas, i para poner bajo la direccion del gobierno los diarios i las gacetas.

Discutióse aquel importante asunto en la asamblea de los diputados con mucho valor i talento.

Es preciso convenir que, como no nos viene ningun bien sin mezcla de mal, son consecuentes á la libertad ilimitada de la prensa inconvenientes manifiestos, que, cuando una nacion se halla en un cierto estado de incertidumbre, hacen particularmente peligroso el ejercicio; esto sucede sobre todo cuando un pueblo, como entonces los franceses, se halla de un golpe libre de la esclavitud, i dispuesto, como un caballo jóven que ha cogido el bocado con los dientes, á hacer de su libertad el uso mas estravagante.

Aquella victoria contra la libertad de la imprenta fué funesta al gobierno en sí misma. Se eludió la ley bajo diversos pretextos; las obras cuya circulacion se queria impedir, adquirieron mas importancia i las buscaban mas, precisamente porque estaban prohibidas, i aquella medida dispuso muchas gentes, cuyas opiniones hubieran sido favorables á los Borbones, á desconfiar de sus intenciones relativamente á la nacion.

Dividida asi la Francia en diversos partidos, abrumada con impuestos, agitada con temores é inquietudes misteriosas, i sin objeto determinado, objeto de descontento el mas peligroso de todos, porque no admite ni esplicacion ni refutacion, estaba llena de materias combustibles, i el capítulo siguiente probará que no faltaba hachon para encenderlas.

CAPITULO XIII.

RESUMEN DEL CAPITULO XIII.

MEMORIA DE CARNOT SOBRE LOS NEGOCIOS PÚBLICOS.—VANOS ESFUERZOS DE FOUCHÉ PARA OBTENER EL FAVOR DEL REY.—SE REUNE A LOS JACOBINOS.—DIVERSOS PROYECTOS DE AQUEL PARTIDO, QUE CONCLUYE CON REUNIRSE Á LOS BONAPARTISTAS.—PRINCIPIO DE INTRIGAS ACTIVAS.—CONGRESO DE VIENA.—MURAT ALARMADO CON LO QUE SUCEDE, ENTRA EN COMUNICACION CON NAPOLEON.—PLANES DE LOS CONSPIRADORES.—SE ESCAPA BONAPARTE DE LA ISLA DE ELBA.—DESEMBARCA EN CANNES I PENETRA EN FRANCIA.—SE LE REUNEN EN GRENOBLE TRES MIL HOMBRES DE TROPAS.—SE DETIENE EN LION, NOMBRA UN MINISTERIO I DÁ MUCHOS DECRETOS.—CONSTERNACION DEL GOBIERNO REAL.—INTRIGAS DE FOUCHÉ.—TRAICION DE NEY.—REVOLUCION DEL EJÉRCITO DE LOS BORBONES EN MELUN.—ABANDONA EL REY Á PARIS I LLEGA BONAPARTE.—ACOGIDA QUE RECIBE.

CAPITULO XIII.

Hemos hablado muchas veces de Carnot en esta historia, como compañero i socio de Robespierre

durante todo el reinado del terror. Pretenden sus admiradores que, no encargándose mas que de la direccion de la guerra contra los extrangeros, dejó á sus compañeros de la comision de seguridad pública el cuidado exclusivo de aquellas medidas, cuyo horror no sabrá pintar suficientemente ningun language humano, pero por cuyo medio se elevaron ellos al poder i lo conservaron. Segun aquellos abogados indulgentes, se condujo Carnot, durante todo el reinado del terror, de un modo que jamas se manchó con una sola gota de sangre, como Aretusa que hacia rodar sus aguas por en medio del Occéano sin mezclarlas con sus ondas; mas de un lector dará tanto crédito al antiguo milagro como al moderno. No obstante tuvo Carnot bastante independenciam de espíritu para oponerse á la usurpacion del trono por Napoleon; i vivió en la obscuridad hasta 1814, época en la que empleó sus talentos como ingeniero en la defensa de Amberes. Dió muy tarde i con repugnancia su adhesion á la restauracion, i fué confirmado en su clase de inspector general de ingenieros. Pero este favor no le impidió de ser extremamente activo en conspirar contra un monarca á quien habia prometido fidelidad, i que le habia concedido emolumentos i un grado militar.

Carnot manifestó su opinion sobre los negocios públicos en una memoria publicada en diciembre de 1814; era al mismo tiempo una apologia del partido de los jacobinos i un ataque directo contra la dinastia reinante.

En aquella composicion singular que produjo demasiado efecto, se hallan exageradas todas las faltas cometidas por la dinastia restablecida sobre el trono: i bajo un ligero velo de respeto fingido

ácia el rey, son tratados como locos que no sabian como gobernar á la Francia, i como traidores que meditaban su ruina, la familia real, los nobles i todos sus adheridos personales. Con una ironia tan pérfida como injusta, se halla alli representado el asesinato del rey Luis XVI, como causado, no por la violencia i la crueldad de sus perseguidores, sino por la pusilanimidad de sus nobles, que primero provocaron el resentimiento de la nacion, i en seguida se huyeron del reino, en vez de reunirse al rededor del soberano, como hubieran debido hacerlo si le hubieran estimado.

El mismo Carnot afectaba decir que no estaba destinada aquella memoria, sino para circular entre sus amigos particulares; pero no hubiera producido el efecto que se esperaba, sino se hubiera impreso i esparcido en el público con profusion.

Casi le hubiera sido imposible á Fouché vivir en medio de una escena tan complicada de intrigas políticas sin tomar parte en ellas. Se hallaba por lo tanto mal colocado para el papel que deseaba representar. Despues de haber prestado su ayuda á Bonaparte para hacer traicion i destornar al directorio, habia meditado largo tiempo sobre los medios de destornar i hacer traicion á Bonaparte, i sustituirle fuese una regencia, fuese alguna otra forma de gobierno, en la cual hubiera podido esperar ser primer ministro. En aquella empresa corrió mas de una vez el riesgo de la vida, i se creyó muy feliz de quedarse en paz con un destierro honroso.

El plan que Fouché recomendó al rey era, como podia esperarse, notable por la astucia i el artificio; le aconsejó tomar la escarapela nacional, adoptar la bandera tricolor, i declararse gefe de la

revolucion. »Esto seria, por parte de Luis XVIII, dijo, hacer el mismo sacrificio que habia hecho Enrique IV yendo á misa.» Hubiera podido añadir, que tambien era el de Luis XVI, á quien le habia costado la vida. Es conocida la mira que se proponia Fouché dando semejante consejo; queria poner al rey en una situacion, en la que se hubiera visto forzado aquel príncipe á dar su confianza esclusiva á los hombres de la revolucion, con los cuales no podia ponerse en relacion, sino empleando por intermediario al duque de Otranto, quien, por aquel medio, hubiera llegado á ser su primer ministro. Pero sobre cualquiera otro punto de vista, hubiera representado el rey, siguiendo aquel consejo, un papel de hipocresia i bajeza que hubiera excitado hasta el disgusto de los que habria tratado de conciliarse.

Con la mira tambien de ganarse el favor de los Borbones, dirigió Fouché á Napoleon una carta, en la que trataba de convencerle, que el título de soberano en la pequeña isla de Elba, no convenia al que habia sido dueño de un inmenso imperio. Le hacia notar que no convenia á su proyecto de retiro la situacion de aquella isla de Elba, estando tan cerca de diferentes puntos, en donde su presencia podia producir una agitacion peligrosa, i ultimamente, exortaba á Napoleon á reducirse á la calidad de simple particular, i á retirarse á los Estados Unidos de América, patria de Franklint Washington i Jefferson.

No podia Fouché casi esperar, que aquella carta monitoria haria mucha impresion sobre su antiguo amo imperial; conocia demasiado bien la naturaleza humana i á Bonaparte. Pero como esta carta podia hablar en su favor á los miembros de

la familia real, envió una carta al conde de Artois, con un comentario conveniente, cuyo objeto era demostrar lo que las circunstancias habian hecho ya evidente, que no podia asegurarse jamas la tranquilidad de las naciones i de los soberanos, mientras que Napoleon quedase como estaba; i que por su estancia en la isla de Elba, era esta isla para la Francia, lo que el Vesuvio para Nápoles. Lleno de honor i de generosidad el príncipe, á quien Fouché se dirigia de aquel modo, tenia el alma tan noble, que no podia escuchar aquella insinuacion; i se malogró completamente aquella tentativa para cautivar la voluntad de la familia de los Borbones. Pero la intriga era el elemento de Fouché, i parecia que se inquietaba poco de la eleccion de sus partícipes, con tal que tomase parte en el juego peligroso de la política. Se retiró á su quinta, i se unió con sus antiguos amigos del partido jacobino, que no sintieron aprovecharse del extenso conocimiento que tenia de todas las intrigas.

La política de aquel partido, era la de insistir sobre las faltas de la familia real i apoyarse en las prevenciones que alimentaba contra los hombres, i las medidas de aquella época en que la Francia habia triunfado en tantas guerras, fuese contra aquellos hombres de estado que habian dirigido tantas empresas agigantadas, fuese contra los guerreros que las habian ejecutado.

El principal medio de que se valian, era el de alimentar las inquietudes de que hemos hablado á menudo, con respecto á los bienes nacionales.

Créese generalmente, que al principio no se tramaban aquellas intrigas en favor de Bonaparte. Era tan temido como detestado del partido de los

jacobinos, quienes sabian cuan pocas suertes les ofrecia su gobierno de hierro para realizar de nuevo sus visiones de república pura ó de monarquía republicana. Se supone que echaron sus miras de preferencia sobre el duque de Orleans. Contaban probablemente en la fuerza de la tentacion, i pensaban que destronando á Luis XVIII, i dando la corona á su pariente, obtendrian por un lado un rey que tendria su poder de la revolucion i por la revolucion, i que, por el otro, se conciliarian las potencias extrangeras en el exterior, i los constitucionales en el interior, escogiendo su Soberano en la familia de los Borbones. Los mas circunspectos de los que eran cómplices en aquella intriga, eran de opinion que no se emprendiese nada durante la vida del monarca reinante; otros eran mas impacientes i menos prudentes; i el príncipe, de quien hablamos, estuvo informado de su plan por un billete anónimo, que no contenia mas que estas palabras: «Lo haremos sin vos; lo haremos á pesar de vos; lo haremos por vos;» como si se hubiera querido dejarle la eleccion de ser el gefe ó la víctima de la revolucion proyectada.

El duque de Orleans tenia demasiada rectitud i honor para dejarse arrastrar en aquella conspiracion misteriosa. Puso en manos del rey la carta que habia recibido, i obró bajo todos aspectos con tanta prudencia, que destruyó todas las esperanzas que el partido revolucionario habia fundado en él. Era necesario encontrar algun otro punto central. Los unos proponian á Eugenio Beauharnais para hacerle el héroe del movimiento proyectado; los otros pedian un gobierno provisional, i habian algunos que deseaban, que se adoptase otra vez la forma republicana. Pero ninguno de es-

tos planes parecia agradar al ejército. Era ya viejo el grito de ¡Viva la república! se habia disminuido considerablemente el poder que otras veces poseian los jacobinos de crear conmociones populares; i á pesar de que el ejército estuviese adherido á Bonaparte, era probable que en una discordia civil en la que no tendria interés alguno, seguiria á los mariscales i generales que le mandaban, oponiéndose á cualquiera otra insurreccion puramente revolucionaria. Si, por el contrario, se hacia del interés de Napoleon una especie de vanguardia, no habia duda ninguna que dejasen de estar seguros del socorro poderoso del ejército. Si volvía con los mismos principios de autoridad absoluta que habia profesado otras veces, los jacobinos habrian ganado siempre con deshacerse de Luis i de la carta, que eran los principales objetos de su odio; Luis como un rey dado por la Carta, i la Carta como una ley dada por el rey. Estas consideraciones determinaron bien pronto á los jacobinos á unirse con los bonapartistas.

Preparáronse entonces diversas asociaciones i diferentes puntos de reunion para reclutar partidarios. Las damas de la corte del ex-emperador que se hallaban humilladas en la del rey por la preferencia concedida á la nobleza de la sangre, se convirtieron en instrumentos llenos de celo por aquellas intrigas políticas. La principal de aquellas conspiradoras era Ortensia Beauharnais muger de Luis Bonaparte, pero separada entonces de su marido, i llevando el título de duquesa de Saint Leu. Era esta una muger dotada de grandes talentos, que tenia tanta actividad como maña. Los conspiradores se reunian en Nanterre, Neuilly, Saint Leu; i madama Amelin, confidenta de la duquesa, ayudó, segun dicen, á ocultar

algunos de los principales agentes. La duquesa de Bassano i la de Montebello, viuda del mariscal Lannes, trabajaban con celo por la misma causa. En las juntas que se celebraban en las casas de aquellas mugeres intrigantes, era donde se forjaba i ponía en orden toda la artillería de la conspiracion, desde la mentira política que produce su efecto si se la dá crédito solamente una hora, hasta la copla i el sarcasmo, parecidos á los cohetes de artificio que esparcen la alegría ó el incendio, segun la naturaleza de las materias en donde se arrojan.

Las clases inferiores de la poblacion, i sobre todo las que habitaban los dos grandes arrabales de San Marcelo i de San Antonio, estaban dispuestas en favor de aquella causa por su carácter revoltoso, por su ligereza natural, por el temor de que el rey abandonase las construcciones dispendiosas en que tenia Napoleon costumbre de emplearlos, por la aversion que tenian los jacobinos á la legitimidad de Luis, unida á algunos suspiros de sentimiento por los felices tiempos de la libertad é igualdad, i en fin por la propension que en todas partes manifiesta la hez de la sociedad, á sacudir el yugo de las leyes que la reprimen, i de las cuales es la enemiga natural. Particularmente la influencia de Ricardo Lenoir fué muy util á los conspiradores. Este era un rico fabricante de tejidos de algodon que reunió i disciplinó hasta tres mil hombres de sus talleres, prontos todos á presentarse á la primera señal de los conspiradores. Los realistas llaman á Lenoir Santerre II, diciendo que aspiraba como aquel célebre fabricante de cerbeza á ser un general de descamisados. Lenoir estaba ligado al partido de Bonaparte por el matrimonio de su hija por el general Lefebvre Des-

nouettes favorito de Napoleon , á pesar de haber faltado á su palabra escapándose de Inglaterra donde estaba prisionero.

Principiaban á manifestarse movimientos revolucionarios entre el populacho , semejante á un lago agitado por un temblor de tierra.

La policia de Paris se hallaba entonces bajo la direccion de M. Dandré antiguo hacendista. No parece haberse dudado de su fidelidad al rey, pero no se dice lo mismo con respecto á su prudencia i actividad ; parece que estaba poco versado con todos los deberes de su empleo , ó que no tenia los instrumentos necesarios para cumplir con el. Eran aquellos instrumentos , en otros términos, los agentes subordinados ; toda la máquina de la policia habia quedado la misma desde la administracion temida de Savary, ministro confidencial i el espia en jefe de Bonaparte. Aquel cuerpo conocia que su empleo *honrado* habia perdido mucho de su importancia i de sus provechos desde la caida de Bonaparte , i soñaba con sentimiento en los dias en que se le empleaba en aquellos secretos i tenebrosos manejos , desconocidos bajo un gobierno constitucional i pacífico.

Con la aprobacion de la policia , á lo menos con su connivencia , tomó pues la conspiracion un carácter mas atrevido. Muchas casas de una nombradía dudosa , i sobre todo el cafe Montansier, en el palacio real , fueron escogidas como puntos de reunion , por los cómplices subordinados de la causa imperial , en donde los saludos , las canciones i el lenguaje hacian alusion á la gloria de Bonaparte , á los pesares de su ausencia i al deseo de su vuelta. Para manifestar la esperanza de que aquel acontecimiento sucederia en la primavera,

adoptaron los conspiradores por su símbolo la violeta; i despues dieron al mismo Bonaparte el nombre de *caporal La Violeta*. Llevaban publicamente aquella flor i su color como una distincion de partido, i parecia que la corte no concebía la menor alarma; mas de un realista bebia á la salud de Bonaparte bajo el nombre de *caporal La Violeta*, ó de *Juan de la Espada*, sin sospechar el sentido oculto de aquellas palabras.

Paris era el centro de la conspiracion, pero sus ramificaciones se estendian en toda la Francia. Se formaron reuniones en las principales ciudades, i se establecieron correspondencias regulares entre ellas i la capital.

A primera vista nos sorprende que los realistas no supieron evitar el golpe en vista de aquella obstinacion general; pero el cielo que castiga á menudo á los hombres, permitiendo la ejecucion de sus locuras ó de sus deseos culpables, habia decretado que se restableceria la paz en Europa, esterminando aquel ejército que tanto aborrecia la paz; i era necesario para aquel designio, que saliese bien en su empresa desesperada, de destruir un soberano pacífico i constitucional, i restablecer su gefe despótico que debia bien pronto conducirle al término de su destino, como del suyo propio.

Mientras que de este modo se minaba gradualmente el gobierno real en Francia, el resto de la Europa se asemejaba á un océano que se calma despues de una violenta tempestad, cuando se ven los restos de los naufragados flotando sobre las ondas menos agitadas, pero que todavia amenazan con los mayores males antes de llegar completamente al descanso.

Se habia congregado en Viena el congreso de los representantes de los principales estados de Europa, para arreglar en él los intereses complicados que se habian suscitado durante las largas vicisitudes de veinte i cinco años de guerras continuas.

Entre los trabajos del congreso se dirigió su atencion sobre el reino de Nápoles; i Talleyrand en particular insistió sobre en que conservar á Murat la soberania de aquel hermoso reino, era comprometer la paz futura de la Europa para consolidar un imperio fundado sobre los principios de Napoleon i gobernado por su cuñado. Se le respondió con verdad, que era demasiado tarde para discutir el derecho de soberania de Murat, despues de haber aceptado con placer su ayuda i haberse aprovechado de ella en la guerra contra Bonaparte. Talleyrand se esforzó, comunicando al duque de Wellington una correspondencia entre Bonaparte, su hermana Carolina i Murat, en hacer ver que este último no era sincero cuando parecia obrar de acuerdo con los aliados. El duque opinó que las cartas no probaban la falsedad, aunque anunciassen, como debia esperarse, que no tomaba Murat partido contra su cuñado i su bien hechor, sino con una gran repugnancia. Se defendia entonces aquel negocio en el congreso, i viendo Murat que peligraba su poder, parece que adoptó el temerario expediente de mudar otra vez de partido i renovar su correspondencia con Napoleon. La poca distancia entre la isla de Elba i Nápoles facilitaba bastante aquellas comunicaciones; i ademas tenian la ayuda activa de Paulina que iba i venia de Italia á la pequeña corte de su hermano. A pesar de todo, siempre ha negado Napoleon

con seguridad haber tenido ningun conocimiento preciso de la empresa meditada por Murat.

Al mismo tiempo publicó el rey de Francia una proclama, por la cual llamó á todos los franceses que estaban al servicio de Nápoles, é hizo omitir en el almanaque real el nombre del rey Joaquin.

Alarmado Murat con aquella demostracion de intenciones hostiles, tuvo una correspondencia secreta con la Francia; se interceptó una carta dirigida al rey de Nápoles por el general Excelmans, en la que le prometia en su nombre i el de otros muchos una adhesion ciega, i le aseguraba que se hallarian prontos á su llamamiento millares de oficiales formados en su escuela i bajo su vista, si las cosas no tomaban un giro satisfactorio. A consecuencia de aquella carta, Excelmans fué puesto á media paga i desterrado de Paris; no quiso obedecer esta órden. Inmediatamente se le emplazó ante un consejo de guerra, por el cual fué absuelto, i salió triunfante; fué admitido á besar la mano del rey, i le juró fidelidad á toda prueba. Bien pronto veremos como guardó su palabra. A pesar de todo, el rey tenia necesidad de partidarios fieles, por que los hilos de la conspiracion se apretaban cada vez mas á su alrededor.

La trama formada contra Luis XVIII abrazaba dos empresas. La primera debia concluirse al desembarcar Napoleon de la isla de Elba, cuando las disposiciones generales de los soldados, el temor que inspiraba su nombre i su carácter, i las sospechas, las insinuaciones esparcidas por todos lados contra los Borbones, unidas á la esperanza de recobrar lo que la nacion consideraba como la pérdida de su gloria, le garantizaban un recibi-

miento favorable. La segunda era mas bien una consecuencia de la conspiracion, i concernia la insurreccion de un cuerpo de tropas bajo las órdenes del general Lallemand que se hallaba de guarnicion en el nordeste de la Francia, i á quien se confió el cuidado de impedir la retirada del rey i de la familia real, apoderarse de sus personas, i retenerlas como rehenes cuando el emperador se hallase restablecido en el trono.

Es imposible saber la época exacta de su residencia en la isla de Elba, en la cual dió Napoleon su expreso consentimiento á lo que se le habia propuesto, i se dispuso á representar el papel que se le habia destinado en aquel drama extraordinario.

El domingo 26 de febrero Napoleon acompañado de los generales Bertrand, Dronot, Cambronne, i otros seis oficiales superiores que le habian seguido hasta su destierro, se embarcó á las nueve de la noche en el bergantin *Inconstante* de 26 cañones, con los cuatrocientos hombres de su guardia que habia conservado; en otros tres buques que se hallaban en el puerto i que fueron embargados, se embarcaron doscientos hombres de infantería, cien polacos, i un batallon de flanqueadores compuesto de doscientos hombres, ascendiendo á unos dos mil todas estas fuerzas. Para guardar el secreto de la empresa dió su hermana Paulina un baile la noche de su partida, i saliendo de la funcion fueron llamados los oficiales impensadamente para pasar á bordo de la escuadrilla.

Napoleon corrió en su pasage dos grandes riesgos. El primero fué el encuentro de una fragata francesa con pabellon real, que llamó con la bocina al *Inconstante*. Se dió la órden á los granade-

ros para quitarse sus gorras, bajar á fondo de ca-
la ó echarse sobre el puente, mientras que el ca-
pitan del *Inconstante* saludaba al comandante de
la fragata, á quien conocia por casualidad; i le
permitió proseguir su camino sin una informacion
mas larga. El segundo riesgo fué causado por el
perseguiimiento de sir Niel Campbell, con la cor-
beta la *Perdiz*, que, salida de la isla de Elba,
donde habia sabido la huida de Napoleon, con
intencion de apoderarse de la flotilla ó de echarle
apique, solo pudo ver de lejos los buques cuando
ya habia desembarcado Napoleon.

El 1º de marzo hizo Napoleon que los suyos
volviesen á tomar la escarapela tricolor, i desem-
barcó en Cannes, pequeño puerto en el golfo Juan,
no lejos de Frejus, que le habia visto desembar-
car una vez como simple particular, á su vuelta
de Egipto, para conquistar un poderoso imperio,
que le habia vuelto á ver despues abatido i des-
terrado, vagando ácia el lugar de su destierro, i
que ahora le volvia á ver por la última vez, aven-
turero atrevido, arrojar el dado por un trono ó
por un sepulcro. Algunos soldados de su guardia
con un capitan se presentaron delante de Antibes i
fueron hechos prisioneros por el general Corsin go-
bernador de la plaza, á quien intimaron la rendi-
cion.

No le desconcertó á Napoleon una circunstancia
tan desfavorable, é inmediatamente se puso en
marcha á las cuatro de la mañana á la cabeza de
unos mil hombres, para la capital de un reino, de
donde habia sido echado con odio, i en donde su
rival ocupaba en paz un trono hereditario. En tan-
to, le miraban los habitantes con ojos atónitos é
indecisos, como inciertos de si le ayudarian como

amigos, ó si se opondrían á su marcha como á la de un usurpador. Algunos paisanos gritaron ; *Viva el emperador!* pero los aventureros no hallaron ni apoyo ni oposicion en las clases mas elevadas. En la tarde del 2 de marzo, dia i medio despues del desembarco, llegó aquella tropa á Sernon, despues de haber dejado atrás su débil tren de artillería para hacer marchas forzadas. Como Napoleon se iba acercando al Delfinado llamado *la cuna de la revolucion*, saludaron los paisanos todos de acuerdo su bien venida, pero todavia no se presentaban ni los propietarios, ni el clero, ni los funcionarios públicos. No obstante estaban cerca de los que debian decidir del feliz exito, ó de la ruina de la expedicion.

El cinco por la mañana fué destacada una partida de cuarenta granaderos al mando del general Cambronne para ir á ocupar el puente de Durance en Sisteron i esta última fortaleza. Aquella noche durmió Napoleon en Gap con aquel mismo destacamento de cuarenta granaderos i diez caballos. Al dia siguiente partió de aquella ciudad entre las aclamaciones de un gran número de habitantes que le acompañaron hasta una larga distancia de los muros. Habia hecho imprimir en Gap muchos miles de proclamas dirigidas al ejército i al pueblo, i otra de los soldados de la guardia á sus camaradas. Los emisarios de Napoleon esparcieron con rapidez estas proclamas en los departamentos de los Altos Alpes del Drome i del Isere.

Soult ministro de la guerra habia mandado que se dispusiesen numerosos cuerpos de tropas entre Leon i Chambery para sostener, como lo ha dicho en seguida el language que Talleyrand habia tenido en el congreso, manifestando que la

Francia estaba pronta para la guerra ; si el mariscal obró de buena fé en esta medida , á lo menos fué muy desgraciado, por que, como lo ha confesado el mismo, tratando no obstante de disculparse, fueron de este modo colocadas las tropas como si se las hubiese puesto adrede sobre el camino de Bonaparte , i se componian por desgracia de cuerpos adheridos particularmente á la persona del emperador. El 7 de marzo llegó á Grenoble el regimiento número 7 de línea mandado por el coronel Labedoyere. Era jóven, noble, bien hecho, distinguido como militar, i ligado por su matrimonio con la noble i realista familia de Damas, obtuvo de Luis XVIII un empleo i ascenso por la influencia de aquella familia, que respondió ella misma de su fidelidad. No obstante Cambrone habia empeñado á Labedoyere en la conspiracion de la isla de Elba, i se valió del mando que habia obtenido, para la pérdida del monarca que se habia confiado á él.

Segun iba acercándose Napoleon á Grenoble, encontró los puestos avanzados de la guarnicion que venian ácia él, pero que parecian indecisos. Bonaparte mandó hacer alto á su tropa, se apeó, se adelantó casi solo, i descubriendo su pecho, exclamó: «Si alguno quiere matar á su emperador, aqui le tiene.» Fué irresistible el llamamiento, los soldados arrojaron sus armas, rodearon al general que les habia conducido tantas veces á la victoria, i gritaron ; *Viva el emperador!* Al mismo tiempo, salia Labedoyere por las puertas de Grenoble á la cabeza de dos batallones; bien pronto desplegó una águila que, como la de Mario, adorada por el conspirador romano, habia sido conservada con esmero para que fuese el símbolo de la guerra ci-

vil; al mismo tiempo distribuyó á los soldados las escarapelas tricolores que habia ocultado en la caja de un tambor, i todos las recibieron con entusiasmo. En aquel mismo momento llegó á la plaza el mariscal de campo Desvilliers que era el oficial superior de Labedoyere, alarmado con lo que acababa de suceder; quiso arengar al jóven coronel fanático i á sus soldados, pero se vió forzado á retirarse. El general Marchand comandante fiel de Grenoble, no tuvo ya influencia sobre las tropas que quedaban en la plaza: le hicieron prisionero i entregaron la ciudad á Bonaparte. Napoleón se vió por este medio á la cabeza de cerca de tres mil soldados con un tren proporcionado de artillería i municiones. Obró con una moderacion que su feliz éxito le hacia bien facil, i despachó el general Marchand.

Cuando se recibió en Paris la primera noticia de la llegada de Napoleon, excitó mas bien sorpresa que alarma; pero luego que se supo que atravesaba el pais sin oposicion, se principió á temer generalmente alguna estraña i vasta conspiracion. Los Borbones no hicieron traicion á su propia causa. El conde de Artois partió para Leon con el duque de Orleans, i el duque de Angulema se fué á Nimes. Las cámaras legislativas i un gran número de ciudadanos de las altas clases se declararon por la causa real. Los embajadores de las diferentes potencias se apresuraron á asegurar al rey del apoyo de sus soberanos. Se levantaron cuerpos de voluntarios entre los realistas i constitucionales, es decir los del partido moderado. Las mas enérgicas proclamas llamaban al pueblo á las armas; hacian notar por su elocuencia una carta escrita por el célebre Benjamin Constant, uno de

los individuos mas distinguidos del partido moderado; trazaba un contraste admirable del gobierno legítimo bajo un monarca constitucional, i de la usurpacion de un Atila ó de un Gengis que no gobernaba sino por la espada de sus mamelucos.

A pesar de aquellas demostraciones de celo, habian influido mucho sobre el espíritu público las causas de descontento que se habian exagerado con tanta perfidia por espacio de tantos meses. Los realistas decididos eran en pequeño número, los constitucionales tibios. Cada vez se hacia mas probable que no se decidiria la querrela por la voz del pueblo, sino por la espada del ejército. Soult, cuya conducta habia dado muchos motivos de sospecha, que se habian aumentado todavia con la proposicion de llamar á los oficiales puestos á media paga desde la restauracion, dió su dimision, i fué remplazado por Clarke duque de Feltre, general de menos fama, pero súbdito mas fiel. Establecióse un campo en Melun, reuniéronse tropas en él, i se puso todo el esmero posible en escoger aquellas á quienes pudiera confiarse la causa real.

A pesar de todo, no habia abandonado enteramente la fortuna á los Borbones. Se malogró aquella parte de la conspiracion que debia ejecutarse en el Norte. El principal agente de la conspiracion ademas de los dos generales Lallemand, era Lefebvre-Desnouettes, conocido en Inglaterra poco favorablemente á causa de su mala fe. El 10 de marzo puso Lefebvre-Desnouettes su regimiento en marcha para reunirse con Bonaparte; pero habiendo descubierto los oficiales su intencion, se vió precisado á escaparse para no ser arrestado. Los Lallemands pusieron en movimiento la guarnicion de Lila, en número de seis mil hombres,

produciendo órdenes supuestas, i declarando que habia una insurreccion en Paris. Pero habiendo encontrado el mariscal Mortier las tropas en marcha, desconcertó una conspiracion que si se hubiera verificado, habria tenido por resultado el hacer prisioneros al rey i á la familia real. Los Lallemands fueron presos: su justo castigo habria causado un terror saludable á los oficiales del ejército que vacilaban todavia; pero los ministros del rey no tenian la energia que exigian las circunstancias en que se hallaban.

A pesar de todo, no se habia interrumpido el progreso de Bonaparte; en vano se esforzaban el conde de Artois i el duque de Orleans, ayudados por los consejos i la influencia del mariscal Macdonald, en retener á las tropas en su deber, i á los habitantes de Leon en su fidelidad al rey. Estos, fabricantes la mayor parte, asombrados con la preferencia que tenian en su mismo mercado los productos de la Inglaterra, gritaban abiertamente; *¡Viva el emperador!* Las tropas de línea guardaban un profundo silencio. »¿Como se conducirán vuestros soldados? dijo el conde de Artois al coronel del 18 de dragones.» El coronel dejó que su gente respondiera, i respondieron francamente que solo combatirian por Napoleon. El conde de Artois se apeó del caballo, i dirigiéndose individualmente á los soldados, dijo á un veterano que se distinguia entre todos por sus muchas cicatrices i tres veneras ó cruces. »Un soldado valiente como tu, gritará á lo menos ¡viva el rey! — Os engañais, respondió el soldado; ninguno de nosotros peleará contra su padre; yo gritaré viva Napoleon.» Los esfuerzos de Macdonald fueron igualmente vanos; probó hacer marchar dos batallones para oponerse

á la entrada de la vanguardia de Bonaparte; mas tan luego como las tropas se vieron en presencia las unas de las otras, rompieron sus filas i se mezclaron al grito general de *¡Viva el emperador!* Macdonald hubiera sido hecho prisionero, pero las tropas que acababan de abandonar su bandera, no permitieron que se llevase hasta tal punto la sublevacion. El conde de Artois se vió precisado á huir de Leon casi solo. La guardia de honor, compuesta de ciudadanos, i que estaba destinada á acompañar al primer príncipe de la sangre real, ofreció sus servicios á Napoleon, pero los reusó con desprecio, al paso que envió una cruz de honor á un simple dragon, que habia tenido bastante lealtad i adhesion para acompañar al conde de Artois en su retirada.

Dueño ya Bonaparte de la antigua capital de las Galias, i á la cabeza de siete mil hombres, fué reconocido por Macon, Chalons, Dijon i casi toda la Borgoña. Marsella por el contrario, i toda la Provenza, se declaró contra el usurpador, i Marsella misma ofreció por su cabeza un premio.

Napoleon juzgó necesario hacer alto en Leon para hacer descansar sus tropas, i habiéndose reunido á él algunos abogados de su partido, se ocupó en organizar su gobierno. Hasta alli, sus circulares habian tenido un carácter enteramente militar; estaban llenas de aquellas imágenes orientales que Bonaparte miraba como esenciales para la elocuencia; la victoria debia marchar á paso de carga, i las águilas iban á volar de campanario en campanario con los colores nacionales hasta las torres de la catedral. Los decretos que promulgó en Leon, tuvieron un carácter enteramente diverso, i se dirigian al arreglo interior de su futura administracion.

Cambaceres tuvo el ministerio de la justicia, Fouché el de la policía (era una propina que se daba á los revolucionarios), i Davoust fué creado ministro de la guerra. Se vieron sucederse decretos sobre decretos con una rapidez que daba á conocer en lo que Napoleon habia ocupado en la isla de Elba sus ratos desocupados, que suponian habian sido consagrados á la composicion de sus memorias. Estaban publicados aquellos decretos en nombre de Napoleon, emperador de los franceses por la gracia de Dios, i tenian la fecha del 13 de marzo, aunque su promulgacion no tuvo efecto hasta el 21. El primero anulaba todos los cambios que se hubieran efectuado durante la ausencia de Napoleon en las salas de justicia i en los tribunales. El segundo destituia todos los oficiales que pertenecian á las clases de los emigrados é introducidos en el ejército por el rey. El tercero suprimia la orden de san Luis, la escarapela blanca, la bandera blanca i los demas emblemas de la dignidad real, i restablecia la bandera tricolor i todos los atributos del gobierno imperial; el mismo decreto abolia la guardia suiza i las tropas de la casa del rey. El cuarto confiscaba las propiedades de los Borbones. Un decreto semejante secuestraba los bienes que se habian devuelto á las familias de los emigrados, i estaba concebido de modo que podia hacer creer que aquella restitucion habia causado muchos trastornos en las propiedades. El quinto decreto de Leon suprimia la antigua nobleza, como igualmente los titulos feudales, i garantizaba formalmente á los propietarios de bienes nacionales la conservacion de su propiedad. El sexto pronunciaba una sentencia de destierro contra todos los emigrados que no esta-

ban rayados de la lista antes de la vuelta de los Borbones, i ademas confiscaba sus bienes. El séptimo restablecia la Legion de honor con todas sus prerrogativas de que habia gozado bajo el imperio, i aumentaba sus fondos con las rentas confiscadas de la órden de San Luis. El octavo y último decreto era el mas importante de todos; bajo el pretesto de que los emigrados que habian tomado las armas contra la Francia, habian sido introducidos en la cámara de los Pares, i que la cámara de los Diputados habia concluido ya el tiempo legal de su sesion, pronunciaba Napoleon la disolucion de las dos cámaras i convocaba los colegios electores del imperio, á fin de que pudiesen celebrar en el mes de mayo próximo una asamblea extraordinaria del *Campo de Mayo*. Dos objetos debia tener aquella asamblea, para la cual habia encontrado un nombre en la historia de los antiguos Francos el mismo que concibió la idea; el primero hacer tales cambios ó tales reformas en la constitucion del imperio cuales exigiesen las circunstancias; el segundo asistir á la coronacion de la emperatriz i del rey de Roma.

No podemos detenernos en examinar aquellas diferentes medidas; no obstante no puede negarse que estaban por lo general admirablemente calculadas para servir la causa de Napoleon; adulaban al egército, i al mismo tiempo alimentaban su resentimiento contra los emigrados, insinuándole que Luis XVIII le habia sacrificado al interes de sus compañeros de destierro. Los decretos de Leon parecian todavia prometer á los republicanos un plan de confiscacion, de proscripcion i de cambio de gobierno. Al paso que los imperiales veian llover sobre si mismos las pensiones, los em-

pleos i las decoraciones ; se prometia seguridad á los poseedores de bienes nacionales , el espectáculo del Campo de Mayo á los Parisienses , i la tranquilidad i la paz á toda la Francia , puesto que debia considerarse como un testimonio de la amistad del Austria , la vuelta de la emperatriz i de su hijo , que se aseguraba estaba próxima con tanta confianza. Tambien se decia que la Rusia estaba de parte de Nopoleon , i que en prueba de aquella verdad se habia invocado atrevidamente la conducta de Alejandro ácia los miembros de la familia de Bonaparte. Los partidarios de Napoleon habian esparcido con maña aquellas i otras noticias en toda la Francia ; precedian á su marcha i disponian el espíritu del pueblo á recibirle como el dueño destinado á reinar sobre él. El 13 se puso en camino Bonaparte , i el 17 de marzo llegó á Auxerre , avanzando por Macon , Chalon i Dijon. Viajaba mas bien como un príncipe que cansado de los cuidados del gobierno , desea sustraerse cuanto puede al apuro de los negocios , que como un aventurero que marcha á la cabeza de un egército de insurgentes para arrancar la corona de la frente del monarca legítimo. Viajó muchas leguas delante de su egército , á veces sin ninguna guardia ó á lo mas acompañado de algunos lanceros polacos. El pais que atrevesaba , era favorable á sus pretensiones , habia sido tratado rigurosamente por los aliados en las maniobras militares de la última campaña , i la repugnancia de los infelices habitantes ácia los extrangeros , se estendia sobre la familia real que habia subido al trono con su socorro. Este es el motivo , por que cuando vieron á su antiguo emperador solo en medio de ellos , sin guardias , informándose con aquel aire de interés i

benevolencia, que sabia pintar tambien de la estension de sus pérdidas que prometia reparar con liberalidad, no debe admirar que se hubiesen acordado de las batallas que habia dado por ellos contra los extrangeros, en lugar de reflexionar en la probabilidad de que su presencia en su pais podria atraerles una segunda invasion.

La calentura revolucionaria que precedió á Bonaparte, se asemejaba á una epidemia. El regimiento número 14 de lanceros que estaba de guarnicion en Auxerre, pisoteó la escarapela blanca á la primera señal que se le dió; el regimiento número 6 de lanceros se declaró tambien por Napoleon; i sin esperar órdenes, atrajo algunos soldados del cuartel de Montereau, i aseguró aquel puesto importante que comanda el paso del Sena.

El sobresalto del gobierno real al recibir las noticias de Leon, se aumentó sobre manera con los boletines falsos que habian hecho circular, i que daban los pormenores de una fingida victoria alcanzada por el partido realista delante de aquella ciudad. La conspiracion tenia raíces tan profundas, invadia de tal modo todos los ramos del gobierno, que los que tenian aquel cuidado imaginaron enviar aquel informe falso á Paris bajo una forma medio oficial por medio del telégrafo. Produjo el efecto que debia esperarse, primero de suspender los esfuerzos del partido fiel, i en seguida hacer mas profunda la ansiedad que le afligió cuando volvió el conde de Artois casi sin esperársele, i trajo la noticia de su mal éxito.

En aquel momento desesperado ofreció Fouché su ayuda al rey, quien se hallaba casi indefenso. Es probable que cuanto mas reflexionaba sobre el carácter de su antiguo amo, mas convencido que-

daba de que se conocian demasiado bien el uno i el otro para acordarse jamas su mútua confianza; este fué el motivo por que pidió al rey una audiencia secreta, sin que le detuviesen las comunicaciones que habia abierto con los imperiales; se le negó, pero se recibieron sus comunicaciones por el intermedio de dos personas seguras designadas por Luis XVIII. Fouché les habló con la osadia de un charlatan, al cual recurren los desgraciados en un momento de agonía, i que emprende sin vacilar la curacion de las enfermedades desesperadas. Asi Fouché exigió la mas absoluta confianza en su habilidad, la mas escrupulosa atencion en sus ordenanzas, la mas vasta recompensa por los servicios que prometia; era por último un experto que hablaba con la mayor seguridad de la infalibilidad de su remedio, cuidando de guardar un misterio vago, pero sin embargo estudiado sobre los ingredientes de que se componia, i sobre el modo con que debia obrar. Pedia á Luis XVIII que invistiese al duque de Orleans con todo el poder ejecutivo, i que le confiase á él, á Fouché i á los que él designase, todos los empleos de la administracion. Admitidas que fuesen aquellas dos condiciones, él garantizaba poner un término á los progresos de Napoleon.

Habiendo el rey rehusado unas proposiciones que propendian á conservar su cetro para arrancársele luego de las manos por los medios, de cuya moralidad se debia sospechar lo que acabamos de decir, se vió reducido Fouché á dedicar sus intrigas al servicio de su antiguo amo: en su consecuencia, fué para los realistas el objeto de tantas sospechas que se dió una orden para arrestarle. Cuando llegaron para ejecutar la orden los agentes

de policía que habian estado bajo su dependencia, les hizo él algunas objecinos contra la falta de forma de su mandato, i habiendo entrado en su gabinete, como para hacer una protesta, bajó por una escalera secreta á su jardin, cuyas tapias escaló. No tenia un vecino mas inmediato, que la duquesa de Saint Leu, á cuyos jardines se acogió, de suerte que llegó el fugitivo, como por un golpe de teatro, al medio de un círculo de Bonapartistas decididos, quienes le recibieron en triunfo, i advirtieron el medio de llevarle con ellos como ciertos de su fidelidad.*

Luis XVIII tuvo en su aflixion el socorro de otro hombre de la revolucion, quien, sin tener los talentos de Fouché, era tal vez mas capaz que él para servir á la causa del rey si hubiera estado dispuesto á hacerlo. Se llamó al mariscal Ney para tomar el mando de un egército destinado á atacar á Napoleon sobre su flanco i retaguardia, mientras que se opondrian otras fuerzas en Melun de frente á su marcha ácia Paris. El 9 de marzo tuvo Ney una audiencia del rey; recibió sus instrucciones con el language de una fidelidad inviolable al rey, i declaró su resolucion de traer á Bonaparte á Paris, como una bestia feroz en una jaula de hierro. El mariscal se fué á Besanzon: allí supo el 11 de marzo que Bonaparte era dueño de Leon, pero continuó sus preparativos de resis-

* Se ha visto en las *Memorias de Fouché* que aquella órden de arresto no tuvo ningun fundamento político sino que fué motivada por la envidia de Savary, quien, previendo que Fouché seria restablecido en su empleo de ministro de la policía, que descaba él mismo, á causa de las sumas considerables que estaban puestas á la disposicion de aquel funcionario, esperaba de este modo desviar á su rival.

tencia, i reunió cuantas tropas pudo sacar de las guarniciones de las cercanías. A los que le objetaban la mala disposicion de los soldados, i la dificultad que tendria para decidirlos á pelear, respondia Ney sin vacilar: »Ellos pelearán; yo tomaré el fusil de un granadero, i yo mismo principiaré la accion, yo mismo pasaré con mi espada el cuerpo del primero que vacile en seguir mi ejemplo.» Escribió al ministro de la guerra que todo el mundo estaba alucinado con la actividad i los rápidos progresos del usurpador; que Napoleon estaba favorecido del populacho i de los soldados, pero que los oficiales i las autoridades civiles se mantenian fieles, i que todavia esperaba que aquella última tentativa de un furioso se concluiria felizmente á favor de la buena causa.

Con aquellas disposiciones avanzó Ney hasta Lons le Saulnier: alli fué donde en la noche del 13 al 14 de marzo recibió una carta de Napoleon que le intimaba reunirse á su estandarte en calidad del *mas valiente de los valientes*, nombre que no podia dejar de despertar en el corazon del mariscal una multitud de recuerdos. Ya habia sondeado á sus oficiales i soldados, i reconocido su inalterable resolucion de reunirse á Bonaparte. No tenia, pues, mas que una eleccion que hacer entre la alternativa de conservar su mando, pasándose al emperador, ó de volverse ácia el rey sin haber ejecutado nada ó aun tentado nada de lo que habia hecho alarde de cumplir, i al mismo tiempo sin el ejército sobre el cual habia pretendido ejercer una influencia semejante.

El mariscal Ney era un hombre de un nacimiento muy inferior, pero que por un valor extraordinario se habia elevado á los mas altos gra-

dos en el ejército. Su primera educacion no le habia dado ni un sentimiento delicado del verdadero honor, ni los principios de una moral elevada, i las costumbres de su vida no habian podido suplir á aquel vicio de educacion. Parece haber sido un hombre débil, con mas vanidad que orgullo, i que por consiguiente debia ser mas sensible á la pérdida de sus empleos, que á la de su dignidad de hombre. Se resolvió, pues, á seguir á Napoleon.

El mariscal publicó una órden del dia en la cual declaraba perdida para siempre la causa de los Borbones. Los soldados recibieron con delirio aquella órden del dia, é inmediatamente desplegaron los colores de Bonaparte i el estandarte tricolor. Hubo no obstante muchos oficiales que protestaron i abandonaron sus mandos. Uno de ellos, antes de alejarse, rompió su espada i arrojó los pedazos á los pies del mariscal diciendo: »Mas fácil es á un hombre de honor romper el acero, que quebrantar su palabra.

Ney fué recibido de Napoleon con los brazos abiertos. Su defeccion causó un daño incalculable á la causa del rey, por que hizo conocer que el espíritu de traicion que se habia apoderado de los soldados, se habia propagado hasta los oficiales del mas alto grado en el ejército.

No obstante empleaba el rey todos los medios para mantener sus súbditos en su fidelidad á su persona; á pesar de las circunstancias tan poco favorables. Asistió á una sesion de la cámara de los diputados, i fué recibido con tales testimonios de entusiasmo, que se hubiera pensado, que iban á tomarse las medidas mas activas. Ultimamente el rey pasó revista á la guardia nacional en número de cerca de veinte i cinco mil hombres, que pa-

recian animados de un verdadero sentimiento de fidelidad. Inspeccionó igualmente seis mil hombres de tropas de línea, pero allí le recibieron equivocadamente. Los soldados pusieron sus morriones en las puntas de las bayonetas en prueba de respeto, pero no gritaron.

Algunos de los que rodeaban la persona de Luis continuaban creyendo que aquellos soldados estaban aún adictos al rey, i que debian enviarse al campo de Melun á toda costa, último punto donde el partido del rey pudiese en adelante esperar hacer resistencia. Por último recurso, convocó Luis un consejo general en las Tullerías el 18 de marzo. Declararon los generales, que no habia ningun medio de oponerse á Bonaparte. Los nobles del partido realista les contradijeron; i despues de haberse dicho por ambas partes unos á otros algunas espresiones violentas sin miramiento á la presencia del monarca, se vió Luis precisado á disolver la junta, i se dispuso para abandonar una capital, en la cual la superioridad de sus enemigos i la falta de inteligencia de sus amigos no le dejaban ninguna esperanza de defenderse.

En tanto ambos ejércitos iban acercándose á Melun. El del rey estaba mandado por el fiel Macdonald. El 20 se colocaron sus tropas en tres líneas para recibir las del usurpador, que se decia avanzaban por la parte de Fontainebleau. Entonces hubo allí una larga espera, circunstancia que hace casi siempre á los hombres mas accesibles á las emociones fuertes i repentinas. El ejército real ocupaba los claros del bosque, i el terreno elevado sobre el cual está colocado aquel bosque, pero ofrecian la imagen de una profunda soledad. No se oia ningun grito, excepto cuando por orden de los

oficiales que generalmente quedaron fieles, tocaba la música militar las sonatas de ; *Viva Enrique IV ó de Ricardo!* i otras canciones alusivas á la causa i á la familia de los Borbones. Aquellos acentos no excitaban sentimientos análogos entre los soldados. En fin, ácia el medio dia se oyó un ruido de caballos á galope, i se presentó un coche descubierto, rodeado de algunos husares i tirado por cuatro caballos. Avanzaba á toda prisa; i arrojándose Napoleon del coche, se balló en medio de las filas que se habian formado para oponerse á él. Apeóse su escolta, se confundió con sus antiguos camaradas, i fué instantáneo el efecto de sus exortaciones sobre hombres cuyos espíritus estaban ya medio preparados para aquel cambio. Todo el mundo gritó ; *Viva el emperador!* El último ejército de los Borbones se pasó á su lado, i no existió ya obstáculo alguno entre Napoleon i la capital que debia habitar otra vez como soberano, pero por poco tiempo.

Luis XVIII habia presentado en tal manera aquella defeccion, que no quiso esperar las consecuencias. El 20 de marzo, á la una de la mañana salió el rey de Paris, escoltado por su guardia. A pesar de la noche, rodearon el palacio un gran número de guardias nacionales i de ciudadanos, que lloraban i suplicaban al rey que se quedase, ofreciendo verter por él hasta la última gota de su sangre. Pero Luis XVIII reusó sabiamente aceptar aquellos sacrificios que de nada le hubieran servido. Se dirigió ácia Lila, acompañado de las tropas de su casa. El mariscal Macdonald, á su vuelta de la fatal posicion de Melun, tomó el mando de aquella débil escolta; se reforzó con muchos voluntarios, que consideraban mas bien

su celo que sus medios de asistencia. No obstante, la desgracia del rey inspiraba compasion; atravesó Abbeville i otras ciudades de guarnicion, en donde los soldados le recibieron con un respeto silencioso, que, al paso que manifestaban la intencion de reunirse á su rival, anunciaba con todo eso, que no querian ofender su persona ni insultar sus desgracias. Luis habia tenido esperanzas de quedarse en Lila, pero insistiendo el mariscal Mortier sobre las disposiciones de la guarnicion al descontento i al desorden, le instó con eficacia para que pusiese su vida en seguridad continuando su camino, i partió para un segundo destierro, dirigiéndose ácia Ostende, i de alli ácia Gante, donde estableció su corte desterrada. Persuadido el mariscal Macdonald, de que emigrando debia renunciar á la esperanza de servir en lo sucesivo á la Francia ó á su monarca, se despidió de S. M. Igualmente se licenciaron en las fronteras los soldados que habian acompañado al rey á escepcion de doscientos hombres. Habian sido inquietados en su marcha por algunos destacamentos de caballeria ligera, i probando irse solos á sus casas, fueron muertos algunos, i la mayor parte robados é insultados.

Entre tanto se declaraba plenamente la revolucion en Paris; Lavalette, uno de los partidarios mas decididos de Bonaparte, se apresuró á salir del retiro donde estaba oculto, para tomar la direccion de correos en nombre de Napoleon, empleo que habia ejercido durante su primer reinado. Pudo de este modo interceptar las proclamas reales, i anunciar oficialmente en cada departamento el restablecimiento del emperador. Excelsmans que acababa tan recientemente de jurar fi-

delidad á toda prueba al rey, quitó la bandera blanca que estaba sobre las Tullerías, i colocó en su lugar la bandera tricolor.

Ya era de noche cuando Napoleon llegó en el mismo coche descubierto que le habia traído desde que desembarcó. Hubo un singular contraste entre su llegada i la salida del rey; el último iba acompañado de los sollozos, llantos i anhelos de todos los ciudadanos que deseaban la paz i tranquilidad, de los lamentos de los que quedaban sin defensa, i de los temores de los hombres sabios i prudentes. El primero entraba en medio de los gritos de los soldados, quienes no existiendo sino por la guerra i la desolacion, saludaban con aclamaciones militares al gefe que debia volverlos á su elemento. Los habitantes de los arrabales se arreglaban con la esperanza de recibir empleos ó larguezas, ó instigados por los gefes de facciosos que estaban bajo la direccion especial de la policía, i bien preparados para el acontecimiento. Pero entre el tropel inmenso de los ciudadanos de Paris que acudieron para ver aquel espectáculo extraordinario, hubo muchos que no tomaron parte en aquella alegría. Habianse reunido en la plaza del Carrousel, i delante de las Tullerías todos los partidarios del gobierno imperial i todos los que, habiendo abandonado al emperador, estaban apresurados para espirar su falta haciendo ver que eran los primeros en reconocerle, para mezclar su voz con aquella aclamacion que suplía un poco al silencio de las calles. Le rodearon de tan cerca, que se vió obligado á gritar: «¡ Amigos míos, me ahogais ! » I sus edecanes se vieron precisados á llevarle en sus brazos hasta la escalera grande, i de allí á los cuartos del rey, donde recibió los cum-

plimientos de los gefes principales i de los fautores de aquella empresa tan singular.

Jamas fué tan notable sobre el campo de batalla el mas sangriento, el glorioso i terrible ascendiente del genio de Napoleon, como durante su marcha ó mas bien su paseo de Gales á Paris. El mismo que habia abandonado aquella misma costa temeroso de un asesinato, volvia con toda su grandeza, como una onda atraida sobre la playa con tanta mas violencia, cuanto habia sido rechazada mas lejos. Sus miradas parecian poseer el poder que se atribuye á los mágicos del norte de embotar las lanzas i las espadas. El mas valiente de todos los valientes que llegaba con la resolucion de combatirle como una bestia feroz, reconoció su superioridad á su aspecto, i se mezcló entre sus satélites. No obstante el resplandor con que brillaba Napoleon, no era el de un planeta que se mueve en su esfera regular, sino mas bien en el de un cometa que anunciaba presagios de peste i de muerte.

CAPITULO XIV.

RESUMEN DEL CAPITULO XIV.

DIVERSAS TENTATIVAS HECHAS, PERO SIN FRUTO, PARA ORGANIZAR UNA DEFENSA EN FAVOR DE LOS BORBONES. — NAPOLEON, RESTABLECIDO SOBRE EL TRONO DE FRANCIA, DESEA CONSERVAR LA PAZ CON LOS ALIADOS. — NO RECIBE RESPUESTA Á SUS CARTAS. — TRATADO DE VIENA. — DEBATES EN LA CÁMARA DE LOS COMUNES EN LONDRES SOBRE LA RENOVACION DE LA GUERRA. — MURAT OCUPA A ROMA CON CINCUENTA MIL HOMBRES. — SU PROCLAMA PARA LLAMAR Á LOS ITALIANOS Á LAS ARMAS. — AVANZA CONTRA LOS AUSTRIACOS. — ES RECHAZADO EN OECIO BELLO. — DERROTADO EN TOLENTINO; HUYE Á NAPOLES, I DESDE ALLÍ DISFRAZADO Á FRANCIA, DONDE NAPOLEON REHUSA RECIBIRLE.

CAPITULO XIV.

Con la toma de Paris, quedó destruida la autoridad de los Borbones; las tentativas de algunos individuos de aquella familia para resistir á la mala suerte honran su valentia, pero no fueron de ninguna utilidad para su causa.

El duque de Angulema se puso á la cabeza de un cuerpo considerable de tropas que levantaron la ciudad de Marsella i los realistas de Provenza.* Pero, cercado por el general Gilly, se vió precisado el príncipe á rendir sus armas, bajo la condicion de una amnistia para sus soldados i para él mismo, con el permiso de abandonar la Francia. El general Grouchy se negó á ratificar aquella capitulacion, hasta que fuese conocida la voluntad de Bonaparte. Pero contento tal vez el emperador con hacer ver su generosidad, permitió al duque de Angulema que se embarcase en Cette, reclamando solamente su intervencion cerca de Luis XVIII, por la restitucion de las joyas de la corona que el rey se habia llevado consigo á Gante.

El duque de Borbon se habia retirado al Vendee para hacer un llamamiento á los valientes soldados de aquella provincia fiel; pero habia sido ocupada de ante mano por los soldados adictos á Bonaparte, apostados de manera capaz de imposibilitar una insurreccion, i el duque se vió precisado á embarcarse en Nantes.

La duquesa de Angulema, único resto de la familia de Luis XVI, i que desde su tierna edad habia sufrido con tan noble resignacion tantas vicisitudes i adversidades, hacia ver en aquellos dias

* Hay en esto una ligera inexactitud. El duque de Angulema no tenia bajo sus órdenes inmediatas mas que los voluntarios de Languedoc, el regimiento número 10 de línea i el 14 de cazadores. Los Marsellese marchaban sobre Grenoble por Gap. El duque, despues de algunos sucesos parciales que le condujeron hasta Romans, se retiraba delante de fuerzas superiores; el general Gilly, á quien él habia dejado en Nimes, se declaró á favor de Napoleon, i le cortó la retirada.

de prueba, que en todas las circunstancias era digno su valor de la hija de una larga serie de reyes. Se fué á Burdeos, en donde la fidelidad del conde Linch corregidor de la ciudad, i la de los ciudadanos en general, la prometian un socorro activo. La princesa se manifestaba en medio de ellos, como una de aquellas mugeres heroicas de los tiempos caballerescos, cuyas miradas i palabras, en el momento del peligro, daban una nueva fuerza á las armas de los guerreros é inflamaban su valor. Pero desgraciadamente habia en Burdeos una guarnicion considerable de tropas de línea infestada con el espíritu general de la rebelion. El general Clausel avanzó igualmente sobre la ciudad con una fuerza imponente. La duquesa hizo el último esfuerzo, congregó á los oficiales al rededor de ella, i les recordó su deber en los términos mas tiernos i patéticos. Pero cuando vió su frialdad, i que les oyó tartamudear para escusarse, se volvió con desden i se embarcó á bordo de una fragata inglesa; Burdeos abrió sus puertas á Clausel, i se declaró por el emperador. Asi, aunque la vuelta de Napoleon estuviese distante de agradar á todos los franceses, cesó toda oposicion abierta contra su gobierno, i fué reconocido como emperador, unos veinte dias despues de haber desembarcado en Cannes con mil partidarios.

Desde el principio de su marcha afirmaron sus hechuras que trahia consigo un tratado concluido por veinte años con todas las potencias de la Europa. Aseguraban al mismo tiempo, que Maria Luisa i su hijo estaban prontos á llegar á Francia, como prueba de una reconciliacion con el emperador de Austria; i no pareciendo Maria Luisa, insinuaron que la habia retenido su padre como

una garantía que Bonaparte cumpliría su promesa de dar á los franceses una constitucion libre. Estaba reducido á emplear asertos tan desnudos de verosimilitud, mas bien que admitir que su vuelta debiese ser la señal de la renovacion de las hostilidades contra toda la Europa.

A pesar de todo, no vaciló Napoleon en hacer conocer á los ministros de las potencias aliadas su buena voluntad de condescender con el tratado de Paris, á pesar de que, segun su raciocinio ordinario, habia sido aquel tratado la vergüenza i la humillacion de la Francia. Escribió á cada uno de los soberanos, manifestándoles sus deseos de hacer la paz bajo las mismas basas que se habian fijado con los Borbones. No recibió respuesta á sus cartas: estaba ya tomada la resolucion de los aliados.

Todavía no se habia disuelto el congreso de Viena, cuando le fué transmitida por Talleyrand, el 11 de marzo, la noticia de la huida de Napoleon de la isla de Elba. Todo lo que sorprende, como lo sublime, se aproxima á lo alegre; i es un hecho curioso de fisiologia, que la primera noticia de un acontecimiento que amenazaba destruir todas las tareas del congreso, se asemejaba talmente á una escena cómica, que la risa fué la primera emocion que excitó entre la mayor parte de los individuos de aquella asamblea. No fué de larga duracion aquel humor alegre; por que la burla no era ni juiciosa ni segura. El congreso juzgó necesario, en aquella circunstancia extraordinaria, manifestar sus sentimientos con una declaracion nada equívoca. El 13 de marzo pareció aquella declaracion, i despues de haber dado una relacion del hecho, llevaba consigo la denuncia siguiente.

»Rompiendo Bonaparte el convenio que le habia establecido en la isla de Elba, ha destruido el único título legal de que dependia su existencia; i volviendo á aparecer en Francia con proyectos de turbacion i desorden, se ha privado de la proteccion de las leyes, i ha probado al universo que ya no puede haber ni paz ni tregua con él.

»En su consecuencia declaran las potencias que Napoleon Bonaparte se ha puesto fuera de las relaciones civiles i sociales, i que como enemigo i perturbador de la tranquilidad del mundo, ha excitado la venganza pública. Declaran al mismo tiempo que, resueltas firmemente á mantener enteramente el tratado de Paris de 30 de mayo de 1814, i las disposiciones sancionadas por dicho tratado, como igualmente las que se han resuelto despues, ó que podran resolverse en adelante, á fin de consolidarle i hacerle completo, emplearán todos sus medios, i reunirán todos sus esfuerzos, para que no pueda perturbarse mas la paz general, objeto de los deseos de la Europa, i la mira constante de sus tareas, i para evitar toda empresa que amenazase volver á sumergir al mundo en los desórdenes de las revoluciones.»

A este manifiesto se siguió inmediatamente un tratado entre la Gran Bretaña, el Austria, la Prusia i la Rusia, que renovaba i confirmaba la alianza formada en Chaumont entre aquellas potencias. El primer artículo declaraba, 1.º la resolucion de las altas partes contratantes de mantener i renovar el tratado de Paris, que excluia á Bonaparte del trono de Francia, i dar mas fuerza al decreto de proscripcion lanzado contra él i que hemos mencionado mas arriba; 2.º cada una de las partes con-

tratantes se obligaba á tener constantemente bajo el pie de guerra un ejército de ciento i cincuenta mil hombres, con igual proporcion de caballeria i artilleria; 3º se obligaban á no dejar las armas, sin un comun consentimiento, hasta que se hubiese logrado el objeto de la guerra, ó que hubieran hecho á Bonaparte incapaz de turbar la paz de la Europa. Despues de otros artículos menos importantes, decia el séptimo, que se invitaria á las demas potencias de Europa á acceder al tratado; i el octavo, que se llamaria particularmente al rey de Francia para que tomase parte en ello. Un artículo separado decia, que el rey de Inglaterra tendria la eleccion de dar su contingente en hombres, ó suplirlo pagando la suma de treinta libras esterlinas al año por cada soldado de caballeria, i de veinte libras por cada soldado de infanteria que faltase á su complemento. Luego que el príncipe regente ratificó aquel tratado, se añadió una declaracion relativa al artículo 8, la cual decia que no se miraria S. M. británica como obligada de proseguir la guerra, con el designio de imponer forzadamente á la Francia ningun gobierno particular. Las demas partes contratantes consintieron aceptar la accesion de su alteza real, con aquella reserva i esplicacion.

Aquel tratado de Viena puede considerarse bajo un doble punto de vista, primero por sus principios, i segundo, con respecto al modo de espresarse. Bajo aquel doble punto de vista, fué discutido en la cámara de los comunes de Londres. La mayor parte de los miembros de la oposicion contestaron la utilidad de la guerra, á causa del apuro de la Gran Bretaña; pero se admitió generalmente que la fuga de Bonaparte, era un justo

motivo de creerse en estado de hostilidad. El grande hombre de estado i sabio jurisconsulto que hemos citado ya, expuso en su nombre i en el de los que votaban con él, una opinion contenida en los términos mas positivos.

»Se han esparcido algunas insinuaciones, decia sir James Mackintosh, sobre la existencia de una diferencia de opinion de este lado de la cámara, con respecto á la huida de Bonaparte; nosotros hemos negado esta diferencia. Todos estamos de acuerdo en deplorar la circunstancia que hace tan probable el renuevo de la guerra, por no decir cierto. Todos mis amigos, cuyos sentimientos me son conocidos, piensan que en la teoria del derecho público, el haber vuelto á tomar Napoleon el poder ha dado á los aliados un motivo justo de guerra contra la Francia. Es evidente que la abdicacion de Napoleon i su renuncia perpetua á la suprema autoridad, era una condicion i la mas importante de las condiciones á que los aliados habian concedido la paz á la Francia. El convenio de Fontainebleau i el tratado de Paris hacian igualmente parte del gran contrato que restablecia la Francia en la alianza de la Europa. La Europa confederada habia concedido la paz con condiciones moderadas i favorables, porque la Francia ofrecia garantias mas seguras de la paz desde que se habia separado de su terrible gefe; pero desde que la Francia ha violado aquella importante condicion, sometiéndose de nuevo á la autoridad de Napoleon, los aliados se encuentran libres de su contrato, i han vuelto á entrar en su derecho de hacer la guerra.»

En consecuencia de estas resoluciones, adoptadas en Viena i Londres, toda la Europa acele-

raba sus preparativos de guerra, i estaba evaluado en un millon i once mil soldados el número de tropas con que se disponian los aliados á entrar en Francia. *

Antes de ir mas lejos, es necesario decir algunas palabras con motivo de Murat. Habia estado turbado por algun tiempo por las inquietudes que le habian inspirado naturalmente la salida de Talleyrand en el congreso contra su gobierno. Apesar de eso, no habian tomado las otras potencias ninguna medida contra aquel príncipe, pero parece haber llegado á conocer que los informes del general Nugent i del lord William Bentinck se acordaban en representarle como habiendo obrado en la última campaña mas como un tráfuga indeciso entre dos partidos, que como un confederado verdaderamente sincero i adherido á la causa que pretendia haber escogido. Tal vez su conciencia le hacia reconocer la verdad de aquella acusacion, por que parece bien cierto que si Eugenio hubiera podido ser apretado mas vivamente, Murat habria estado dispuesto á obrar con energia por la causa de los aliados; conoció, pues, que el trono de Tancredo vacilaba bajo él, i se determinó con su temeridad ordinaria á despreciar el peligro, mas bien que dejar al tiempo el cuidado de alejarle. Murat habia tenido correspondencia con la isla de Elba; i es imposible que dejase de tener conocimiento de la intencion de Bonaparte abandonando aquella isla. Pero debió considerar en aquel

* Hé aqui el contingente que dieron las diferentes potencias: Austria 300,000 hombres; Rusia 225,000; Prusia 236,000; Estados de Alemania 150,000; gran Bretaña 50,000; Holanda, 50,000, total 1,011,000 soldados.

mismo tiempo, que si su cuñado tenia algun éxito favorable, hubiera sido su propia alianza tan necesaria al Austria, que cifraba tan gran importancia en conservar el norte de la Italia, que la hubiera comprado á las condiciones que él hubiese querido.

A pesar de todo, en lugar de esperar la ocasion que le hubiera proporcionado la empresa de Bonaparte, que no podia dejar de llegar, resolvió Murat arrojarle él mismo i por sí mismo en una nueva crisis. Se puso en fin á la cabeza de un ejército de cincuenta mil hombres; i sin explicar sus intenciones se apoderó de Roma, de donde se habian escapado el papa i los cardenales. Amenazaba toda la línea del Pó que las fuerzas austríacas no podian mantener; i el 31 de marzo dirigió una proclama á todos los italianos, excitándoles á armarse para libertar á su pais. Parecia, pues, evidente que el objeto de aquel hijo de un pastelero, no se dirigia nada menos, que á hacer de la Italia un solo estado, i colocarse él mismo sobre el trono de los Césares. La proclama estaba firmada *Joaquin Napoleon*; por que, en aquel momento decisivo, no temió volver á tomar aquel último nombre, al que anteriormente habia renunciado. Los italianos no escucharon su llamamiento. Son tan frecuentes las querellas en los pequeños estados, tan opuestas entre sí sus pretensiones, i su debilidad les ha hecho tan amenudo la presa de los conquistadores, que encontraban poco atractivo en una accion que se anunciaba como el preludio de la independencia; por este motivo surtió poco efecto la proclama, excepto en algunos estudiantes de la universidad de Bolonia. Murat marchó no obstante ácia el Norte. Como era superior en número der-

rotó al general austríaco Bianchi, i ocupó á Módena i Florencia.

La actitud de Murat era capaz de alarmar á la Europa. Si penetraba mas adelante en la Lombardia, podria unir sus esfuerzos á los de Bonaparte que acababa de volverse á colocar sobre el trono, i sus fuerzas se aumentarían probablemente con millares de veteranos del ejército del príncipe Eugenio. Por eso deseaba el Austria la paz, i ofreció garantizarle la posesion del reino de Nápoles; añadiéndole lo que desde tanto tiempo habia ambicionado todo el territorio hasta las fronteras del estado romano.

Al mismo tiempo declaró la Inglaterra, que habiendo una tregua con el rey Joaquin, á egemplo del Austria, no debia durar aquella tregua mas tiempo que la buena inteligencia de Murat con la aliada de la Inglaterra. Este desechó las condiciones de una de las dos potencias, i no hizo caso de las representaciones de la otra. "Es demasiado tarde, dijo; la Italia es digna de la libertad, i será libre." Allí se concluyeron todas las esperanzas de paz; el Austria declaró la guerra á Murat, i envió nuevas fuerzas á Italia. La Inglaterra por su lado preparaba un desembarco en el territorio napolitano, en donde tenia todavia Fernando muchos partidarios.

Los talentos de Murat, como táctico, eran inferiores al mérito que habia manifestado como soldado en el campo de batalla; i era todavia mas mal político que hábil general. Parece haber desconcertado todo su plan de campaña un descabro que sufrió en una tentativa para pasar el Pó cerca de Occhio Bello; no se halló en la posibilidad de renovar las negociaciones que habia

roto con tanta precipitacion. Puede creerse, por sus operaciones militares, que habia reconocido cuan superior era su plan á sus fuerzas i talentos. Se retiró en toda su línea, abandonando Parma, Regio, Módena, Florencia i toda la Toscana. Por este último movimiento puso á los austríacos en posesion del mejor i mas corto camino para ir á Roma. En su consecuencia se vió como rodeado i precisado á dar batalla cerca de Tolentino. La batalla duró dos dias (el 2 i 3 de mayo), pero no podian los napolitanos combatir cuerpo á cuerpo con los robustos austríacos. En vano hizo Murat volver las piezas de campaña sobre la retaguardia de sus columnas de ataque, con orden de hacer fuego sobre los que se retiráran; en vano dió él mismo el ejemplo de un valor desesperado; el ejército napolitano tomó la fuga revueltos unos con otros, i en completa derrota; cañones, municiones, tesoro, bagages, todo, todo fué presa de los austríacos; i atravesando las montañas de los Abruzzos, perdió Murat la mitad de su ejército, sin haber dado una sola cuchillada.

El príncipe fugitivo fué perseguido en sus posesiones napolitanas, donde supo que se habian insurreccionado los calabreses, i que se habia mostrado en la bahia de Nápoles una escuadra inglesa, que escoltaba un ejército de invasion llegado de la Sicilia. Su ejército reducido á un puñado de hombres á consecuencia de las escaramuzas sangrientas en que se habia conducido con una temeridad que dejaba creer á sus compañeros que buscaba la muerte, recibió orden de arrojarse en Capua; i él que habia abandonado á Nápoles, revestido, segun su costumbre, con un traje magnífico, á la cabeza de

un ejército valiente, volvía á entrar en aquel momento en los muros de aquella capital, seguido solamente de cuatro lanceros. Se apeó en el palacio, i se presentó á la reina, pálido, derrotado, con el cabello suelto, con todas las señales de la estrema fatiga i abatimiento; saludó á la princesa con estas tiernas palabras: „¡Madama, no he podido encontrar la muerte!“ Inmediatamente echó de ver que no podia permanecer en Nápoles sin comprometer su libertad i quizás su vida. Se despidió de la reina que no debia tardar en perder para siempre aquel título, se cortó sus cabellos, i disfrazándose con una capilla de un fraile, de color gris, se escapó á la pequeña isla de Ichia, i llegó el 25 de mayo al puerto de Cannes, que habia recibido á Napoleon pocas semanas antes. Sobresaltada su muger, inmediatamente despues de la salida de Murat con las disposiciones que manifestaba el populacho napolitano para insurreccionarse, pasó al comodoro Campbell, i fué recibida á bordo del *Terrible*.

Un correo anunció la llegada de Murat á Francia á Bonaparte, quien, en vez de enviar á consolar á su desgraciado cuñado, preguntó, segun dicen, con un amargo desden, „si Nápoles i la Francia habian hecho la paz despues de 1814.“ Aquella respuesta podria dar que pensar que aunque coincidiesen las empresas de Napoleon i Joaquin, por el tiempo i por otras circunstancias de un modo bastante sensible para hacer creer que se habian formado de acuerdo, no habia habido á pesar de todo correspondencia precisa, i mucho menos tratado formal entre los dos cuñados. En efecto, Napoleon ha negado siempre que haya tenido la menor parte en la loca empresa de Murat,

i no ha cesado de afirmar que se habia ofendido esencialmente de ello. Decia Napoleon, que retirándose de la isla de Elba, se habia despedido de Murat por una carta en que le perdonaba todo lo que habia pasado entre ellos, i le recomendaba mantenerse en paz con los austríacos, i detenerlos solamente si les veia dispuestos á avanzar sobre la Francia; le ofreció igualmente garantizarle su reino. Murat le dió en su respuesta testimonios de adhesion, obligándose á manifestarse en adelante, en su conducta con respecto á Napoleon, mas digno todavia de su compasion, que de su resentimiento, no queriendo mas garantía que la palabra del emperador, i declarando que la adhesion del resto de su vida borraría el recuerdo de su defecion. »Pero, continuaba Napoleon, estaba en los destinos de Murat el perdernos de todos modos, una vez declarándose contra nosotros, i otra tomando nuestro partido inoportunamente.» Entró en campaña sin tener los medios, i cuando se destruyeron sus esperanzas, no quedó en Italia ninguna potencia capaz de contravalancear la del Austria. Desde aquel momento, le fué imposible á Napoleon negociar con ella.

Admitiendo la exactitud de esta relacion de Napoleon, i concediendo que los dos cuñados representasen cada uno su papel, no podia suponerse que hubiesen obrado sin estar de acuerdo; cada uno de ellos queria seguramente hacer su propio negocio, sabiendo bien que no podia contar con el socorro del otro, hasta que él mismo hubiese tenido felices resultados, i ademas no queriendo renunciar al privilegio de hacer la paz, si era necesario, aun desaprobando toda participacion en la empresa del vencido. Apesar de los

magníficos detalles que dá el *Monitor* de la tentativa de Murat, en el tiempo en que podia esperar todavia el feliz éxito, es cierto que Bonaparte ensayó hacerse favorable al Austria, con la oferta de abandonar á Murat; i que Murat, si hubiese dado oidos á sus ofertas despues de la derrota de Occhio Bello, estaba pronto á abandonar todavia la causa de Napoleon, cuyo nombre acababa de volver á tomar tan recientemente. Envuelto en aquel dédalo de una política egoista, Murat tuvo la humillacion de verse el objeto de los desprecios de Napoleon, cuando ya no podia aliviarse, i no le servia mas que de carga. Si hubiera llegado vencedor á Milan, i que atravesando los Alpes hubiera tendido á Napoleon una mano amiga; ¡cuan diferente hubiera sido su recibimiento! pero Bonaparte reusó verle en la miseria, i ni siquiera le permitió venir á Paris, satisfecho de que el espectáculo de su miseria seria un amargo desmentimiento de las fábulas que durante tanto tiempo habian publicado los periódicos sobre sus fingidas ventajas. Fouché le mandó un message, que recordaba el que habia mandado á los embajadores de Salomon quedarse en Tericho hasta que hubieran crecido sus barbas. Se le recomendaba á Murat que estuviese escondido hasta que nuevos objetos de interes general borrasen el recuerdo de su desgracia.

Bonaparte habia pensado algunas veces dar á Murat un mando en su ejército; pero habia tenido miedo de ofender á los soldados franceses, que hubieran experimentado disgusto i horror á la vista de un hombre que habia hecho traicion á la Francia. »Yo no creí poderle llevar á Waterloo, decia á sus compañeros de Santa Helena, i no

obstante él hubiera podido ganar la victoria, por que hubo muchos momentos, durante la batalla, en donde hubiera bastado, para decidirla, romper dos ó tres batallones ingleses; i Murat era justamente el hombre que se necesitaba. Cuando se trataba de conducir una carga de caballeria, no habia un oficial mas determinado, mas valiente, ni mas brillante.”

Por lo tanto se prohibió á Murat venir á la corte de Tullerias, donde hubiera podido olvidarse su defeccion; pero su derrota era un daño irremisible; se quedó despreciado cerca de Tolon, hasta que su destino le llamó á otra parte, despues de la batalla decisiva de Waterloo.* No diremos mas sobre este importante episodio de la historia que nos ocupa, i vamos á volver á la Francia i á nuestro objeto inmediato.

* Es bien público que habiéndose escapado Joaquin Murat con trabajo de Francia, pasó á Córcega, i que hubiera podido obtener sobre su palabra el permiso de residir en el territorio de Austria sin ser molestado. Pero alimentaba una idea estravagante de recobrar su corona, que le obligó á desecher aquellas condiciones favorables; hizo, pues, una invasion en el territorio napolitano á la cabeza de doscientos hombres. Podria considerarse su expedicion como una exacta parodia de la de Bonaparte; en Cannes publicó proclamas llenas de brabatas i falsos asertos. Una tempestad dispersó su flotilla; él mismo echó pie á tierra el 8 de octubre en un pueblo de pescadores cerca de Monte Leone. Fué atacado por las gentes del pais, peleó con su valor acostumbrado, pero cedió i fué hecho prisionero, entregado inmediatamente á un tribunal militar, i condenado á muerte. Murat se comportó en sus últimos instantes como convenia al *bello acuchillado*; se puso en el pecho el retrato de su muger, no permitió que le vendasen los ojos, se quedó de pie, recibió seis balas en el corazon, i halló así la muerte que habia despreciado impunemente en una multitud de combates, i que en vano habia buscado en otros muchos.

CAPITULO XV.

RESUMEN DEL CAPITULO XV.

TENTATIVAS DE BONAPARTE PARA CONCILIARSE EL AFECTO DE LA INGLATERRA.—CONSPIRACION MALOGRADA PARA LLEVARSE Á MARIA LUISA.—OPINIONES EN FRANCIA CON MOTIVO DE LA VUELTA DE BONAPARTE.—FOUCHÉ I SIEYES CREADOS PARES.—LIBERTAD DE LA PRENSA CONCEDIDA I QUEBRANTADA.—CONDUCTA INDEPENDIENTE DE M. COMTE, EDITOR DEL CENSOR.—LAS CLASES INFERIORES SE SEPARAN DE BONAPARTE.—LE QUEDA AFECTA UNA PARTE.—ESTA SE REUNE DELANTE DE TULLEBIAS I APLAUDE AL EMPERADOR.—FIESTA DE LOS FEDERADOS.—NUEVA CONSTITUCION.—SE RECIBE CON DESCONTENTO.—ASAMBLEA DEL CAMPO DE MAYO PARA RATIFICARLA.—OFICIO DE BONAPARTE Á LAS DOS CÁMARRAS.—EL ESPÍRITU DE JACOBINISMO PREDOMINA EN LA CÁMARA DE LOS REPRESENTANTES.

CAPITULO XV.

Mientras que luchaba Murat contra su mala suerte, apresuraba Napoleon sus preparativos para el gran debate que iba á decidirse. Su primera ten-

tativa, como ya lo hemos visto, habia sido tratar de conciliarse las potencias aliadas. Para agradar á la Gran Bretaña, decretó la abolicion del comercio de esclavos, é hizo algunos reglamentos relativos á la educacion nacional, en los que hablaba con elogio de los sistemas de Bell i de Lancaster. Algunos de los legisladores británicos recibieron favorablemente aquellas medidas, i esto es una prueba de que Bonaparte conocia el carácter de nuestra nacion. Para suponer que durante sus diez meses de destierro se habia ocupado su espíritu en los infortunios de los negros, ó en el deplorable estado de ignorancia á que habian reducido la juventud francesa, sus propias medidas i la falta de primera instruccion, seria preciso olvidar su acostumbrada ambicion. Pensar por el contrario que queria á su llegada á Francia hacer algunos sacrificios aparentes que pudiesen atraerle la buena disposicion de sus poderosos i temibles vecinos, es una idea mas análoga á sus planes, intereses i carácter. Los medios que escogió para ganar la estimacion de la Inglaterra, eran no obstante muy juiciosos. La abolicion de la esclavitud de los negros, i la instruccion del pobre, habian suscitado (en honor de nuestra legislatura) frecuentes i vivos debates en la cámara de los comunes; i para ganar los hombres individual ó colectivamente, no hay adulacion mas segura que la de la imitacion. No es indiferente al honor de la Inglaterra, que su mas declarado enemigo haya querido conquistar su buena opinion, no por las ofertas de alguna ventaja nacional, sino pareciendo concurrir á las medidas de beneficencia universal. No obstante, i para concluir era demasiado conocido

generalmente el carácter de Napoleon, i su desig-
nio aparente de entrar en los sentimientos de la
Gran Bretaña era visiblemente afectado, de modo
que no podia producir una impresion general ó
séria en su favor.

Napoleon obró de diverso modo con el Aus-
tria. Sabia bien que no produciria ninguna im-
presion en el emperador Francisco sobre su mi-
nistro Metternich, i que jamas obtendria su con-
sentimiento para presentar su muger é hijo al pue-
blo en la asamblea del Campo de Mayo, segun él
lo habia prometido. Su único recurso fué la estra-
tagema. Algunos Franceses que se hallaban en
Viena, formaron el plan de arrebatár á la empe-
ratriz de Francia i su hijo, de acuerdo con algu-
nas personas de la comitiva de Maria Luisa. Se
descubrió i previno la conspiracion, é inmediata-
mente tomó sus medidas el Austria para probar
que consideraba como rotos para siempre todos los
vínculos con Bonaparte. Por órden de su padre,
abandonó Maria Luisa las armas i la librea de su
esposo, que hasta entonces habian llevado los in-
dividuos de su comitiva i sus coches, i tomó las
insignias de la casa de Austria. Aquel aconteci-
miento decisivo puso fin á la esperanza con que
se habia alimentado Napoleon durante mucho
tiempo, de que hallaria algun medio de volverse
á grangear la amistad de su suegro.

Las demas potencias de la Europa no se ma-
nifestaron mas accesibles á sus prevenciones. Se
hallaba, pues, reducido á sus propios partidarios
en la nacion francesa, i á los de los otros partida-
rios que pudo ganar i unir á los suyos.

A pesar de todo, hacia Napoleon cuanto le era

posible para grangearse la afeccion del pueblo, i mostrarse sincero en el deseo de dar á la Francia la constitucion libre que habia prometido. Tomó los consejos de Carnot, de Sieyes i de Fouché, i ciertamente se aprovechó de muchas de sus lecciones. Lo hizo no obstante con condicion de que Carnot i Sieyes aceptarian cada uno un título i un empleo en la cámara de los pares para hacer ver que se habian reconciliado completamente con el gobierno imperial; aquellos antiguos republicanos condescendieron en cambiar el gorro colorado por una corona ducal, que segun su primera opinion venia muy mal á su frente.

Pero á pesar de que la union de los imperialistas i del partido del pueblo hubiese estado cimentada en el desapego comun por los Borbones, i fuese todavia mantenido por la aprehension de los súbditos dentro i por los aliados en el exterior; se descubrieron bien pronto gérmes de discordia entre el emperador i los gefes populares. Al paso que el primero se apresuraba á volver á tomar con toda su energia el cetro que habia recobrado, los otros le recordaban continuamente que no le habia tomado, sino para ejercer un poder limitado como gefe de una constitucion popular. Napoleon, en los frecuentes debates que se suscitaban sobre aquel punto, estaba precisado á ceder á los demagogos sobre sus principios; pero entonces, por la seguridad del estado amenazada dentro i fuera, pretendia que era necesario investir al primer magistrado de una autoridad dictatorial, temporal en su duracion, pero casi absoluta en su ejercicio, segun la costumbre de los estados libres de la antigüedad, cuando se hallaba

la república en un peligro inminente. Carnot i Fouché, por otro lado, consideraban que, bien que pareciese natural i que pudiese ser fácil conferir un poder semejante en el momento actual, podria ser difícil á la nacion volverle á tomar otra vez de entre las manos de Bonaparte. El emperador i sus ministros obraban, pues, con una mútua desconfianza, pero con una afectacion de deferencia forzada por parte de Bonaparte, i de respeto por parte de sus consejeros.

Hasta el primer sacrificio que hizo el emperador á la libertad se volvió contra su gobierno; no era nada menos que la libertad de la prensa. Es verdad que su ministro de la policia se reservaba, por medios indirectos, la posesion de casi todos los periódicos, como tambien de sesenta escritores empleados generalmente, mejor diré constantemente, en las publicaciones periódicas, cinco solamente quedaron fieles á la causa real. Las demas plumas que pocos dias antes pintaban á Napoleon como una especie de monstruo que habia devorado la juventud francesa, le proclamaban con bajeza entonces un héroe i un libertador. No obstante, una vez que se restableció la libertad de la prensa, se hizo imposible arrebatarla sus derechos, i se hallaron escritores para defender la causa de los Borbones, por principios, por capricho i aun por espíritu de contradiccion.

Las proclamas de Luis, prohibiendo el pago de los impuestos, i anunciando la llegada de un millon i doscientos mil hombres bajo los muros de Paris, cubrian aquellos mismos muros todas las noches á pesar de la policia. Igualmente se esparció secreta, pero generalmente, un diario lla-

mado la *Lis*, favorable á la causa real en todas las clases de la sociedad en las que Bonaparte era temido i aborrecido; pasaban de mano en mano canciones, sátiras i pasquines, poniendo en ridículo su persona, sus ministros i su gobierno. Otros le atacaban con elocuentes invectivas, i preguntaban, que es lo que habia de comun con aquella libertad que pretendia en la actualidad asociar á su reinado.

Era, segun ellos decian, el enemigo jurado de la libertad, el asesino de la república, el destructor de las libertades de la Francia, que habia comprado á tanta costa. La ostentacion de libertad que habia querido hacer, era un juego de manos, ejecutado bajo la proteccion de sus bayonetas. Tal era su patriotismo, cuando destruyó la representacion nacional de San Cloud; tal era la independenciam que garantizó, cuando fundó un despotismo oriental en la Francia ilustrada. »; Miserable impostor! exclamaban, ¿hubiera hablado de libertad, si la vuelta de Luis no nos hubiera familiarizado con la libertad i la paz?

El espíritu de desafeccion se esparció entre ciertas clases de la última clase. Las revendedoras de la plaza tan formidables en el tiempo de la *honda*, i en los primeros años de la revolucion, por su oposicion á la corte, eran entonces realistas, i como de ordinario, ruidosas en el partido que habian abrazado. Hicieron ellas, ó compuso para ellas un mal poeta una cancion, cuyo refran pedia la vuelta del rey de Gante como la de su padre. * Ellas ridiculizaron, disputaron, escarne-

* „ Donnez-nous notre paire de gants.”

cieron á los comisarios de policía, quienes se esforzaban para contener aquellas espresiones de su descontento; rodearon á su gefe, bailaron á su alrededor, cantando el refran equívoco, hasta que Fouché, avergonzado de desmentir las doctrinas de la libertad de pensar i hablar, hizo ordenar á sus agentes, que dejasen aquellas amazonas entregarse en paz á sus sentimientos políticos.

Al paso que Bonaparte no podia conciliarse las primeras clases de la sociedad, i que hasta las verduleras de la plaza le alborotaban, tenia á su favor la milicia de los arrabales, aquellas bandadas de hombres con picas, tan famosas en la revolucion, cuyo carácter feroz aumentaba los terrores, si es que no la dignidad de su reinado. Lejos de nosotros el despreciar una industria honrada, ó despreciar la pobreza. No es la pobreza sino la ignorancia, i los vicios del populacho de una gran ciudad, lo que le hacen siempre asqueroso i algunas veces terrible. Tiene derecho á la proteccion de las leyes i á la bondad del gobierno; pero el que le emplease como instrumento político, llamaria á su socorro una bestia de mil cabezas, armada de garras para despedazar, de gznates para aúllar, sin orejas para escuchar, sin ojos para ver, sin juicio para comprender.

Poco tiempo despues de la vuelta de Bonaparte, se reunieron debajo de los balcones de las Tullerías una infinidad de artesanos de la última órden, i pidieron ver al emperador, á quien saludaron cuando se presentó como á su *gran empera-*

Dadnos nuestro par de guantes, ó notre pére de Gand.
(Nuestro padre de Gante.)

dor, en un lenguaje grosero, adornado con flores de retórica tales cuales las habia acreditado el tiempo del terror. Fueron continuas aquellas reuniones, gracias á la distribucion de algunos cuartos que se hizo entre los que gritaban.

El 14 de mayo, las filas mezcladas i mal ordenadas de aquellos hombres del pueblo, reunidos en aquella memorable ocasion, manifestaron á los ojos de los espectadores atemorizados i disgustados, todo lo que hay de mas brutal por el vicio i la disolucion. Aquel horroroso acompañamiento se dirigió á lo largo de los baluartes hasta el patio de las Tullerías, con gritos, en los cuales las alabanzas del emperador se mezclaban con las imprecaciones i los cánticos revolucionarios que no se habian oido desde mucho tiempo en Paris, como por ejemplo la Marsellesa, la Carmañola, el cántico de la Marcha. El exterior de aquellos hombres, la hez de las fábricas de los talleres i de las prisiones, sus andrajos, su porqueria, su borrachera; los arrebatos de su rabia ó de una alegría no menos colérica, les hacian reconocer por los autores siempre prontos de los últimos excesos de la revolucion. Observadores curiosos vieron al mismo Bonaparte retirarse con horror de la asamblea que habia convocado. Su guardia estaba sobre las armas, se habian dirigido piezas de campaña cargadas ácia la plaza del Carrousel, atestada de gentío en el cual se distinguia el contraste de los colores de los panaderos i carboneros, llamados complacientemente los mosqueteros blancos i los mosqueteros negros. Napoleon se apresuró á despedir sus horriblos partidarios, despues de una suficiente distribucion de alabanzas i licor.

Napoleon se retiró de las Tullerías al palacio mas solitario del Eliseo Borbon, i pareció volver á ser otra vez el emperador que habia sido antes de su abdicacion. Allí emprendió, con la ayuda de Benjamin Constant i otros hombres de estado, una nueva constitucion, que se acercaba mucho al espíritu de la carta real. A pesar de todo, fué extremadamente mal recibida por todos los partidos, pero sobre todo por aquellos que esperaban de Napoleon una constitucion mas libre que la que habian disuelto, echando del trono á Luis XVIII.

Las personas que habian gozado de la confianza del emperador en la redaccion de aquella acta, querian persuadirse que Napoleon iba de buena fé con la Francia; por lo tanto confesaban que habian hallado difícil aclarar sus ideas con respecto á una monarquia limitada.

Los republicanos mas obstinados, ademas de sus objeciones particulares contra una cámara alta que podia llenar el emperador con sus hechuras, bastante eficazmente para balancear los representantes del pueblo, no hallaban en la constitucion propuesta nada de lo que hubiera podido alegrarles. La desgraciada acta adicional se convirtió en un objeto de ataques i burlas sobre todos los puntos. Se le atribuia un principio tan débil de duracion, que un librero á quien un parroquiano le pedia un ejemplar, respondió que no tenia las *publicaciones periódicas*.*

* A pesar de todo, se sometió con el resultado acostumbrado á los cuerpos electorales, cuya complacencia natural,

El Campo de Mayo se abrió bajo aquellos auspicios el 1º de junio. Allí se reunieron los diputados de todos los departamentos, no, como se habia dicho primero, para examinar la nueva constitucion, sino para jurar observarla; no para recibir á la emperatriz Maria Luisa i su hijo como la prenda de una paz de veinte años, sino para ver distribuir las águilas fatales, señal de una guerra inminente i mortal.

Napoleon i sus hermanos, á quienes habia reunido otra vez á su alrededor, figuraban en el Campo de Mayo en trages brillantes, él como emperador, i ellos como príncipes de la sangre; otro motivo de descontento para los republicanos. Se hizo el informe de los votos; los electores juraron la acta adicional, los tambores tocaron, las trompetas sonaron, el cañon tronó, pero las aclamaciones fueron poco numerosas i forzadas. El emperador parecia ver todo aquello como una vana parada, hasta el momento que distribuyó las águilas á los diversos regimientos formados nuevamente; entonces, en medio de los emblemas de lo pasado, i, como podia esperarlo de los agüeros de nuevas victorias, fué todavia el mismo que era. Pero en suma el Campo de Mayo fué, en el lenguaje de Paris, una mala comedia, una farsa silvada, á la cual debia sucederla una tragedia sangrienta.

La primera cosa de que se ocupó fué de la

no rehusó jamas una constitucion recomendada por el gobierno existente. El número de los que dieron su voto fué de mas de un millon, esta era á penas la décima parte de los que habrían debido votar.

reunion de las cámaras. La cámara de los pares no presentaba, como la asamblea análoga en Inglaterra, los individuos, cuya nobleza antigua, vasta fortuna, independencia de opiniones i educación, correspondiese con su dignidad de legisladores hereditarios. Esta se componia de los príncipes de la sangre imperial, á los que se reunió Luciano, estraño mucho tiempo ácia los consejos de su hermano, pero que, en la actualidad, cediendo á la afeccion fraternal, ó cansado de los ocios literarios, despues de haber presentado su poema épico á un público ingrato, se consagraba á la defensa del gefe de su familia, como ya le habia ayudado con su valor i su presencia de espíritu durante la revolucion de brumario. Habia cerca de otros cien personajes, de los cuales mas de la mitad eran militares, i dos ó tres viejos jacobinos, tales como Sieyes i Carnot, que habian aceptado títulos, decoraciones i un alto empleo, en contradicción con toda su vida. Los demas eran hechuras del primer reinado de Bonaparte, con algunos literatos adictos á su causa i ennoblecidos recientemente. Los republicanos i los constitucionales miraban con celos, i los ciudadanos con desprecio, un cuerpo que no podia tener mas voluntad que la del emperador. El mismo Bonaparte se esplicó sobre su objeto de un modo que se acercaba á aquel último sentimiento. Apénas habia formado los instrumentos de su poder, cuando parecia convencido de su imperfeccion i de su poca influencia sobre el espíritu público.

Era muy diferente en la segunda cámara, en la que se hallaban los hombres antiguos de la revolucion, con sus nuevos socios que esperaban que

Bonaparte representaria el papel de un soberano patriota, i que por sus talentos militares salvaria la Francia por ella misma, i no por él. La segunda clase comprendia muchos hombres, no solamente de talento, sino llenos de virtudes i patriotismo, i al mismo tiempo un gran número de aquellos fanáticos que suspiraban en vano por un sistema de libertad republicana, que tantos años de una sangrienta é infructuosa esperiencia habrian debido hacer abandonar á los mas entusiastas, como incompatible con la situacion del pais i el genio de la nacion francesa.

Las disputas de la cámara de los representantes con el gobierno ejecutivo principiaron el 4 de junio, dia de la apertura, i fué como sus predecesores sobre puntos de vana etiqueta. Escogieron á Lanjuinais por presidente; no podia ser agradable al emperador aquella eleccion de un antiguo defensor de Luis XVI, antagonista intrépido del poder de Robespierre, i sobre todo del hombre de estado que habia trazado la lista de los crímenes, sobre los cuales se habia declarado la prevaricacion de Napoleon en 1814. Napoleon que debia confirmar la eleccion, envió la comision al chambelan, quien dijo daria su respuesta al dia siguiente por el page de servicio. La cámara se sofocó, i Napoleon se vió precisado á aprobar inmediatamente aquella eleccion, aunque contra todo su corazon. Otro indicio notable de las disposiciones de la cámara fué la salida repentina de un diputado llamado Sibuet, contra los epitetos de duque, conde i otros títulos honoríficos en la cámara de los representantes. Asi que se aperci-bieron que leia sus diatribas, cosa contraria al

reglamento, se impuso silencio á Sibuet, llamándole al órden; pero al dia siguiente ó bien pronto despues, habiéndose informado á fondo de su discurso, se vió la cámara en la necesidad de escucharle, i pudo concluir su mocion sin dificultad. En el mismo dia se pidió á Carnot, en calidad de ministro, la nómina de los pares nombrados, cosa que rehusó hasta que se principiase la sesion. Este incidente causó todavia tanto tumulto i violencia, que á penas pudo apaciguarla el presidente, tocando continuamente la campanilla. Se puso muchas veces al escrutinio el juramento que debian hacer los diputados, i los imperiales obtuvieron con trabajo que se haria en nombre del emperador i de la constitucion sin nombrar á la nacion.

La segunda sesion del 7 de junio, fué tan tumultuosa como la primera. Felix Repelletier hizo la mocion que la cámara decretaba á Napoleon el título de salvador de la patria, i la cámara pasó á la órden del dia por aclamacion.

A pesar de todos aquellos síntomas del espíritu siempre vivo de jacobinismo, ó por lo menos de oposicion á la dominacion imperial, la situacion de Napoleon le obligaba, por el momento, á dirigirse á aquellos espíritus indóciles, con la confianza que los nigrománticos, segun dicen, encuentran necesario emplear ácia los peligrosos enemigos que han invocado. Su discurso á las dos cámaras fué juicioso, firme i cual convenia á su situacion. Abjuró, en su presencia, todas sus pretensiones al poder absoluto, i se declaró amigo de la libertad. Pidió el socorro de la cámara en materia de hacienda, manifestó el deseo de algunos

reglamentos para reprimir la licencia de la prensa, i reclamó de los representantes el ejemplo de la confianza, de la energia i del patriotismo, para rechazar los peligros á que estaba expuesta la patria. Los pares respondieron convenientemente. No sucedió lo mismo con la segunda cámara, porque, á pesar de los últimos esfuerzos de los imperialistas, la respuesta al discurso del trono contenía una fuerte impresion de los sentimientos del partido opuesto. La cámara prometió, á la verdad, su unánime socorro para rechazar al enemigo; pero anunció la intencion de examinar la constitucion reconocida por el acta adicional, i señalar los defectos i las imperfecciones, como igualmente las correcciones necesarias. Añadía tambien algunas expresiones comedidas contra la ambicion de Napoleon. »La nacion, decia la cámara, no alimenta ningun deseo de engrandecimiento. Ni aun la misma voluntad de un príncipe victorioso no la conducirá mas allá de los límites de su defensa.» Napoleon no dejó escapar aquellas insinuaciones en su réplica. Se esforzó en convidar á aquella asamblea refractaria para que respetase su constitucion, que llamó »la estrella polar en la tempestad,» i observó juiciosamente »que no habia motivo para preveer las seducciones de la gloria, cuando estaban en el punto de pelear por la existencia. Convino en que era inminente la crisis, i advirtió á la cámara que no imitase al pueblo romano de los últimos tiempos del imperio, que se entregaba con furor á las discusiones abstractas cuando los arietes del enemigo comun batian las puertas de la capital.»

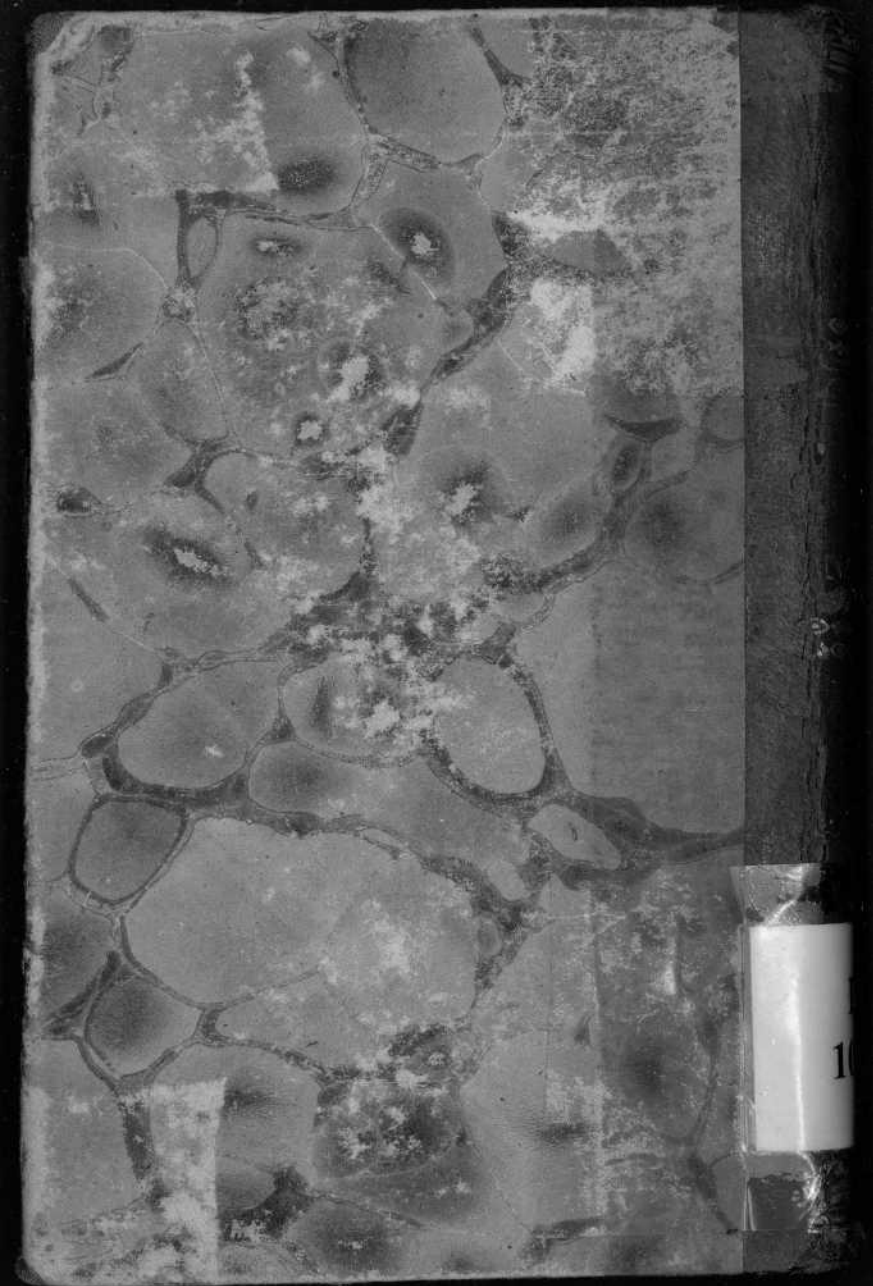
De este modo se separaron Bonaparte i sus cámaras legislativas; él, para tentar su fortuna en el campo de batalla; ellas, para cambiar i modificar sus leyes, con la intencion de darlas un aire mas popular, i sustituir la dictadura de los jacobinos á la dictadura del emperador. Se supo que los imperialistas i los republicanos no esperaban mas que un campo de batalla ganado para disputarse los despojos, i la nacion estaba tan poco dispuesta á simpatizar con aquellos turbulentos demagogos que se obstinaban en oponerse al emperador, que se predecia con indiferencia su probable expulsion, fuese por la espada de Bonaparte, fuese por la vuelta de los Borbones.

FIN DEL TOMO OCTAVO.

Biblioteca Pública de Soria



71656177 DR 10060 (V.8)



VIDA
DE
NAPOLI

DR
10060